

*Ray*

**BRADBURY**

*Ahora  
y siempre*



**Lectulandia**

*Ahora y siempre* consta de dos novelas cortas de larga gestación, para fans de las imágenes más místicas tatuadas en *El hombre ilustrado* del maestro Ray Bradbury. En la primera de ellas, *En algún lugar toca una banda...*, un periodista portador de una noticia terrible salta de un tren en marcha en un pueblecito que esconde secretos maravillosos e imposibles. En la segunda, *Leviatán 99*, la tripulación de una nave estelar sigue a su capitán, ciego y loco, en su búsqueda por el espacio profundo para enfrentarse al destino, la eternidad e incluso a Dios.

*Ahora y siempre* es la obra de un artista incomparable cuyas historias han dado forma al paisaje literario norteamericano. Dos fascinantes novelas cortas (cada una de ellas única y diferente, pero puro Bradbury) que demuestran su sorprendente talento y la incontenible vitalidad de la mente, el espíritu y el corazón de este destacado narrador estadounidense.

**Lectulandia**

Ray Bradbury

# **Ahora y siempre**

ePub r1.0

Titivillus 06.10.17

Título original: *Now and Forever*  
Ray Bradbury, 2009  
Traducción: Rafael Marín  
Diseño de cubierta: Lucrecia Demaestri

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## EN ALGÚN LUGAR

Uno se da cuenta de que algunas historias, ya sean relatos, novelas cortas o novelas, se escriben como resultado de un único impulso, claro e inmediato. Otras se desgajan a partir de varios hechos a lo largo de la vida y se unen mucho más tarde para crear un conjunto.

Cuando yo tenía seis años mi padre, que sentía pasión por los viajes, llevó a nuestra familia en tren hasta Tucson, Arizona, donde vivimos durante un año en un entorno próspero; para mí, fue fabuloso. La ciudad era muy pequeña y aún estaba creciendo. No hay nada más emocionante que tomar parte en la evolución de un lugar. Allí experimenté una gran sensación de libertad e hice muchos amigos maravillosos.

Un año más tarde, regresamos a Waukegan, Illinois, donde yo había nacido y donde pasé los primeros años de mi vida. Pero regresamos a Tucson cuando tenía doce años; esta vez la vida allí me pareció aún más emocionante, porque nos instalamos a las afueras de la ciudad y tenía que ir caminando al colegio todos los días a través del desierto. Camino de mi clase de séptimo curso, pasaba ante fantásticas variedades de cactus, encontraba lagartos, arañas y, en ocasiones, serpientes, camino de mi clase de séptimo curso; ése fue el año en que empecé a escribir.

Luego, mucho más tarde, cuando viví en Irlanda durante casi un año, escribiendo para John Houston el guión de *Moby Dick*, conocí las obras de Stephen Leacock, el humorista canadiense. Entre ellas había un librito encantador titulado *Sunshine Sketches of a Little Town*.

Me entusiasmó tanto el libro que intenté que MGM hiciera una película con él. Escribí unas cuantas páginas preliminares para mostrarle al estudio cómo veía la adaptación al cine. Cuando el interés de MGM no cuajó, me quedé con el principio de un guión que capturaba el sabor de una ciudad pequeña. Al mismo tiempo, no podía dejar de recordar el Tucson que yo había conocido y amado cuando tenía seis años y cuando tenía doce, y empecé a escribir mi propio guión y un relato sobre un pueblo en algún lugar del desierto.

Durante esos años no paraba de encontrarme con Katharine Hepburn, bien en persona o bien en la pantalla, y me sentía terriblemente atraído por el hecho de que su aspecto continuara siendo tan juvenil aunque pasaran los años.

Hacia 1956, cuando ella tenía cuarenta y tantos, hizo la película *Locuras de*

verano. Esto me hizo colocarla en el centro de una historia para la que todavía no tenía título, pero *En algún lugar toca una banda* estaba obviamente evolucionando.

Hace unos treinta años vi una película llamada *El viento y el león*, protagonizada por Sean Connery y con una fabulosa banda sonora de Jerry Goldsmith. Me gustó tanto la banda sonora que me senté, la puse, y escribí un largo poema basado en aquella música cautivadora.

Esto se convirtió en otro elemento de *En algún lugar toca una banda*. Durante un tiempo, tuve el principio de una historia que todavía no había comprendido por completo, pero parecía como si por fin todos los elementos encajaran: el año que pasé en Tucson, a los seis años; el año que pasé cuando tenía doce; los diversos encuentros con Katharine Hepburn, incluyendo su mágica aparición en *Locuras de verano*; y mi largo poema basado en la banda sonora de *El viento y el león*. Todo esto acabó por unirse y me animó a escribir un largo prólogo para la novela corta que vino a continuación.

Hoy, al mirar atrás, me doy cuenta de lo afortunado que soy al haber podido recopilar esos elementos, al haberlos tenido preparados y haberlos unido para crear este producto final, *En algún lugar toca una banda*. He tenido la suerte de contar con muchos «ayudantes» por el camino. Uno de ellos, en el caso de esta historia, es mi querida amiga Anne Hardin, que me ha ofrecido su inmenso apoyo a lo largo de los últimos años para ver publicada esta novela corta. Por eso comparte la dedicatoria de esta obra.

Naturalmente, durante todos estos años, esperaba terminar la historia a tiempo para que Katharine Hepburn, no importa lo mayor que fuera, interpretara el papel de la protagonista en el teatro o en una adaptación para el cine. Katie esperó pacientemente, pero los años pasaron, y al final se cansó, y dejó este mundo. No puedo dejar de pensar que merece que le dedique esta historia.

EN ALGÚN LUGAR TOCA UNA BANDA...

*Para Anne Hardin y Katharine Hepburn,  
con amor.*

# CAPÍTULO 1

Había una pradera desértica llena de viento y sol y artemisa, y un silencio que crecía dulcemente entre las flores silvestres. Había una vía férrea extendida a través de este silencio y ahora la vía se estremeció.

Poco después un tren oscuro surgió del este con fuego y vapor y entró como un trueno en la estación. AL pasar redujo la marcha en un andén cubierto de confeti, los restos de antiguos billetes perforados por los revisores de turno.

La locomotora redujo la velocidad lo suficiente para que una maleta saliera catapultada y para que un joven con un arrugado traje de verano saltara detrás y corriera por tierra, mientras el tren, con un rugido, continuaba su marcha como si la estación no existiera, ni el equipaje, ni su propietario, que ahora había detenido su carrera entrecortada para echar un vistazo mientras el polvo se posaba a su alrededor y, en la distancia, se revelaban los oscuros contornos de unas casas pequeñas.

—Vaya —susurró—. Hay alguien aquí después de todo.

El polvo siguió revoloteando, revelando más tejados, torres y árboles.

—¿Por qué? —susurró el hombre—. ¿Por qué he venido aquí?

Se respondió a sí mismo en voz aún más baja:

—Porque sí.

## CAPÍTULO 2

Porque sí.

La noche pasada, medio dormido, sintió como si algo se fuera escribiendo en el interior de sus ojos.

Sin abrir los párpados leyó las palabras mientras iban pasando:

*En algún lugar toca una banda,  
toca las canciones más extrañas,  
sobre semillas de girasol y marinos.  
En algún lugar un tambor redobla  
y tiembla con tiempos pasados,  
recordando días de verano  
en días aún no nacidos.*

—Espera —se oyó decir.

Abrió los ojos y el texto cesó.

Medio levantó la cabeza de la almohada y luego, pensándoselo mejor, se volvió a acostar.

Cuando cerró los ojos el texto comenzó de nuevo en el interior de sus párpados.

*Futuros tan lejanos que son antiguos  
y llenos de polvo egipcio,  
ese olor de la tumba y la lila,  
y semillas gastadas por el deseo,  
y el albaricoque que cuelga de la rama de un árbol  
en el cielo, lejos del alcance de nadie,  
hay momias tan hermosas como langostas  
que recuerdan viejos futuros y enseñan.*

Durante un momento sintió que sus párpados temblaban y los apretó con fuerza, como para cambiar las líneas o hacerlas desaparecer.

Entonces, mientras contemplaba la oscuridad, volvieron a formarse las palabras

en el crepúsculo interno de su cabeza, y eran éstas:

*Y los niños se sientan junto al suelo de piedra  
y dibujan sus vidas en la arena,  
recordando muertes que no ocurrirán  
en futuros no vistos en tierras lejanas.  
En algún lugar toca una banda,  
donde la luna nunca se pone en el cielo  
y nadie duerme en el verano  
y nadie se tiende a morir;  
y el Tiempo continúa eternamente  
y los corazones siguen latiendo  
al compás del tambor de la vieja luna  
y el deslizarse de los pies de la Eternidad.*

—Demasiado —se oyó susurrar—. Demasiado. No puedo.

¿Es así como se producen los poemas? ¿Y de dónde sale? ¿Está terminado? —se preguntó.

E inseguro, volvió a recostar la cabeza y cerró los ojos, y aparecieron estas palabras:

*En algún lugar los viejos deambulan  
y se someten al mediodía  
y duermen en los campos de trigo de más allá  
para levantarse como niños nuevos con la luna.  
En algún lugar los niños, viejos, susurran  
y saben lo que es estar muerto  
y se revuelven en su llanto para preguntarse  
el olvido guardado bajo su cama.  
Y se sientan a la gran mesa del comedor  
donde la Vida celebra un banquete de carne,  
donde lo incapaz se vuelve capaz  
y lo corrompido se pone nuevas máscaras de carne.  
En algún lugar toca una banda.  
¡Oh, escucha, escucha esa canción!  
Si la aprendes, bailarás para siempre,  
en junio...  
Y todavía junio...  
Y más... junio...*

*Y la Muerte será tonta y no será lista.  
Y la Muerte guardará silencio eterno  
en junio y junio y más junio.*

La oscuridad era ahora completa. El crepúsculo estaba en silencio.

Abrió los ojos del todo y se quedó mirando el techo, lleno de incredulidad. Se volvió en la cama, cogió una postal que había en la mesilla de noche y contempló la imagen.

Por fin, dijo medio en voz alta:

¿Soy feliz?

Y se respondió a si mismo:

—No soy feliz.

Muy lentamente se levantó de la cama, se vistió, bajó las escaleras, se dirigió a la estación de tren, compró un billete y cogió el primer tren que se dirigía al oeste.

## CAPÍTULO 3

Porque sí.

«Bueno —pensó, mientras contemplaba las vías—. Este lugar no está en el mapa. Pero cuando el tren redujo la marcha, salté, porque...»

Se dio la vuelta y vio un cascado cartel sobre la débil estación, que parecía a punto de hundirse bajo olas de arena: SUMMERTON, ARIZONA.

—Sí, señor —dijo una voz.

El viajero bajó la mirada para encontrar a un hombre de mediana edad de pelo rubio y ojos claros que estaba sentado en el porche de la ajada estación, recostado a la sombra. Un puñado de sombreros colgaba sobre él, y decían: EXPENDEDOR DE BILLETES, JEFE DE EQUIPAJES, GUARDAGUJAS, VIGILANTE NOCTURNO, TAXI. En la cabeza llevaba una gorra con las palabras JEFE DE ESTACIÓN bordadas con brillante hilo rojo.

—¿Qué va a ser? —dijo el hombre de mediana edad, mirando fijamente al forastero—. ¿Un billete para el próximo tren? ¿O un taxi que lo lleve dos manzanas hasta el Gran Mirador Egipcio?

—Dios, no lo sé —el joven se secó la frente y parpadeó en todas direcciones—. Acabo de llegar. Salté del tren. No sé por qué.

—No discuta con los impulsos —respondió el jefe de estación—. Con suerte, en lugar de asarse a la parrilla, encontrará un bonito y fresco lago un día caluroso. Bueno, ¿qué va a ser?

El hombre esperó.

—Taxi, dos manzanas, al Gran Mirador Egipcio —dijo el joven rápidamente—. ¡Si!

—Bien, dado que no hay egipcios que mirar, ni delta del Nilo. Y Cairo, Illinois, está a mil quinientos kilómetros al este. Pero supongo que tenemos cosas bastante grandes.

El viejo se levantó, se quitó de la cabeza la gorra de JEFE DE ESTACIÓN y la sustituyó por la de TAXI. Se agachaba para recoger la maleta cuando el joven dijo:

—¿No irá a dejar...?

—¿La estación? Cuidará de sí misma. Las vías no van a ir a ninguna parte, no hay nada que llevarse de dentro, y pasarán unos cuantos días antes de que nos sorprenda otro tren. Vamos.

Se echó la maleta al hombro y salió de la penumbra y dobló la esquina.

Tras la estación no había ningún taxi. En cambio, un gran caballo blanco bastante hermoso esperaba pacientemente. Y detrás del caballo había una pequeña carreta con las palabras «PANADERÍA KELLY, PAN FRESCO» pintadas en el costado.

El taxista lo llamó y el joven subió a la carreta y se acomodó a la cálida sombra. El forastero inspiró.

—¿A que huele bien? —dijo el taxista—. ¡Acabo de repartir cinco docenas de hogazas!

—Ese es el perfume del Edén la primera mañana —contestó el joven.

El hombre mayor alzó las cejas.

—Bueno —preguntó—, ¿por qué ha venido un periodista con aspiraciones de novelista a Summerton, Arizona?

—Porque sí —dijo el joven.

—¿Porque sí? Es una de las mejores razones del mundo. Deja un margen muy amplio a las decisiones.

Subió al asiento del conductor, miró con ojos amables al caballo que esperaba, chasqueó la lengua suavemente y dijo:

—*Claude*.

Y el caballo, al oír su nombre, los llevó hacia Summerton, Arizona.

## CAPÍTULO 4

El aire era caluroso cuando la carreta de la panadería se puso en marcha y luego, cuando llegaron a la sombra de los árboles, empezó a refrescar.

El joven se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—¿El qué? —preguntó el conductor.

—Que soy escritor —dijo el joven.

El taxista miró los árboles que pasaban y asintió.

—Su lengua mejora las palabras al salir. Siga hablando.

—He oído rumores sobre Summerton.

—Mucha gente oye, poca llega.

—He oído que su pueblo es otro tiempo y lugar, que desaparece, tal vez. Espero que sobreviva.

—Déjeme mirarlo a los ojos —dijo el conductor.

El periodista se volvió y lo miró a la cara.

El conductor volvió a asentir.

—No, todavía no está perdido. Creo que ve lo que mira, dice lo que siente. Bienvenido. Me llamo Culpepper. Elías.

Señor Culpepper —el joven tocó el hombro del anciano—. James Cardiff.

Vaya por Dios —dijo Culpepper—. Menuda pareja. Culpepper y Cardiff. Podríamos ser abogados de postín, arquitectos, editores. Nombres como éstos no se dan por parejas. Culpepper y, ahora, Cardiff.

Y *Claude* el caballo trotó un poco más rápido a través de la sombra de los árboles.

El caballo continuó su camino, y Elías Culpepper señalaba a izquierda y derecha, charlando sin parar.

—Esa es la fábrica de sobres. Todo nuestro correo empieza ahí. Esa es la fábrica de vapor, hubo un tiempo en que hacía vapor, he olvidado para qué. Y ahora mismo, pasamos ante el *Culpepper Summerton News*. ¡Si hay noticias una vez al mes, las imprimimos! Cuatro páginas formato sábana, fáciles de leer. Así que ya ve, usted y yo, en cierto modo, nos dedicamos a lo mismo. Usted, claro, no conduce también caballos y perfora billetes de tren.

—Desdeluego que no —dijo James Cardiff, y los dos se rieron en voz baja.

—Y —dijo Elías Culpepper, mientras *Claude* tomaba una curva para llegar a un sendero donde olmos y robles y arces teñían el cielo de tonos verdes y azules,

formando un hermoso tejado—, éste es el Camino del Nuevo Amanecer. Las mejores familias viven aquí. Allí viven los Ribtree, y allí los Townway. Y...

—Dios mío —dijo James Cardiff—. ¡Esos jardines! ¡Mire, señor Culpepper!

Y pasaron ante una verja tras la cual montones de girasoles alzaban sus enormes caras de reloj en sincronía con el sol, para abrirse con el amanecer y cerrarse con el ocaso; un centenar en aquel sendero bajo un olmo, doscientos en el patio de al lado y quinientos más allá.

Cada curva estaba flanqueada por altos tallos verdes que terminaban en enormes caras oscuras y flecos amarillos.

—Es como una multitud viendo una cabalgata —dijo James Cardiff.

—Ahora que lo dice... —dijo Elías Culpepper.

Agitó amablemente la mano.

—Bueno, señor Cardiff. Es el primer periodista que nos visita en años. Aquí no ha pasado nada desde 1903, el año de la Pequeña Riada. O 1902, si prefiere la Grande. Señor Cardiff, ¿qué puede querer un periodista de una población como ésta, donde nunca pasa nada?

—Podría pasar algo —dijo Cardiff, inquieto.

Alzó la mirada y contempló el pueblo. —«Estás aquí —pensó—, pero tal vez no lo estés. Lo sé, pero no lo diré. Es una verdad terrible que podría borrarte. Mi mente está abierta, pero mi boca está cerrada. El futuro es inseguro e incierto.»

El señor Cardiff se sacó del bolsillo de la camisa una barra de chicle de hierbabuena, le quitó el envoltorio, se lo metió en la boca y masticó.

—¿Sabe usted algo que yo no sé, señor Cardiff?

—Tal vez —respondió Cardiff— usted sepa cosas sobre Summerton que no me ha dicho.

—Entonces espero que los dos nos informemos pronto.

Y con esas palabras, Elías Culpepper dirigió suavemente a *Claude* hacia el camino de grava del patio cubierto de girasoles de una casa privada que tenía un cartel sobre el porche: Gran Mirador Egipcio. Pensión.

Y no había mentido.

No había ningún río Nilo a la vista.

## CAPÍTULO 5

En ese momento un anticuado carromato de hielo con una oscura boca cavernosa de escarcha entró en el patio, tirado por un caballo que necesitaba con urgencia su cargamento antártico. Cardiff pudo saborear el hielo de treinta veranos ya perdidos.

—Justo a tiempo —dijo el hombre del hielo—. Un día caluroso. Vaya y coja.

Señaló la parte trasera de su carromato.

Cardiff, por puro instinto, saltó de la carreta del pan y se fue directamente a la parte de atrás del carromato del hielo, y sintió su mano de niño de diez años extenderse y agarrar un frío cubito. Dio un paso atrás y se frotó con él la frente. Su otra mano sacó por instinto un pañuelo del bolsillo para envolver el hielo. Sorbiéndolo, se retiró.

—¿A qué sabe? —oyó decir a Culpepper.

Cardiff le dio otro lametón al hielo.

—A lino.

Sólo entonces volvió a mirar la calle.

No podía dar crédito a lo que veían sus ojos. En la calle, no había una sola casa cuyo tejado no acabara de ser alquitranado o reparado o recubierto de tejas. Ni un columpio que no colgara recto en los porches. Ni una ventana que no brillara como un escudo en los salones del Valhalla, todo dorado al amanecer y el ocaso, todo arroyo claro al mediodía. Ni un ventanal que no mostrara libros apoyando su silenciosa sabiduría contra la de otro en estanterías interiores. Ni una tubería de desagüe sin su barril de lluvia acumulando las estaciones. Ni un patio trasero que no estuviera, aquel día, lleno de alfombras que se sacudían de modo que el tiempo las limpiara de polvo y los viejos dibujos giraran con ritmo rococó. Ni una cocina que no mostrara promesas de hambre aplacada y tranquilas tardes de reflexión sobre provisiones guardadas al sur-sureste del alma.

Todo, todo perfecto, todo pintado, todo fresco, todo nuevo, todo hermoso: una población perfecta en una mezcla perfecta de silencio y actividad y bullicio invisibles.

—Un penique por sus pensamientos —dijo Elías Culpepper.

Cardiff sacudió la cabeza, los ojos cerrados, porque no había visto nada, pero había imaginado mucho.

—No puedo decírselo —dijo Cardiff en un susurro.

—Inténtelo —dijo Culpepper.

Cardiff sacudió de nuevo la cabeza, casi sufriendo de inexplicable felicidad.

Tras retirar el pañuelo de alrededor del hielo, se metió el último trocito en la boca y lo mordió, y empezó a subir los escalones del porche dando la espalda al pueblo, preguntándose qué encontraría a continuación.

## CAPÍTULO 6

James Cardiff se detuvo, lleno de silencioso asombro.

El porche delantero del Gran Mirador Egipcio era el más largo que había visto jamás. Tenía tantas mecedoras blancas de mimbre que dejó de contar. Ocupando algunas de las mecedoras había un grupito de caballeros de aspecto juvenil, aún no del todo maduros, perfectamente vestidos, con el pelo alisado hacia atrás, recién salidos de la ducha. Y entre los hombres había mujeres de treinta y tantos años, ninguna había cumplido aún los cuarenta, cuyos vestidos de verano parecían haber sido hechos a partir del mismo papel de pared de rosas u orquídeas o gardenias. Los hombres lucían cortes de pelo realizados por el mismo barbero. Las mujeres llevaban sus trenzas como cascos brillantes diseñados por algún parisino, planchadas y rizadas mucho antes de que Cardiff hubiera nacido. Y todas las mecedoras se movían hacia adelante y luego hacia atrás al unísono, en una silenciosa marea, como balanceadas por la misma brisa oceánica, serena y sin sonido.

Cuando Cardiff puso el pie en la entrada del porche, todas las mecedoras se detuvieron, todos los rostros se alzaron; hubo un destello de sonrisas y todas las manos se alzaron en un silencioso saludo de bienvenida. Él asintió con la cabeza y las blancas mecedoras de mimbre continuaron su movimiento, y se reanudó el murmullo de las conversaciones.

Al contemplar la larga fila de gente guapa, pensó: «Qué extraño, tantos hombres en casa a esta hora del día. Qué peculiar.»

Una diminuta campanita de cristal tintineó en la puerta de pantalla.

—La sopa está lista —anunció una voz de mujer.

En cuestión de segundos, las sillas de mimbre se vaciaron, y toda la gente del verano atravesó la puerta de pantalla con un zumbido.

Cardiff estaba a punto de seguirlos cuando se detuvo, volvió la cabeza y miró atrás.

—¿Qué...? —susurró.

Elías Culpepper estaba a su lado, colocando suavemente en el suelo la maleta de Cardiff.

—Ese sonido —dijo Cardiff—. En alguna parte...

Elías Culpepper se rió en voz baja.

—Es la banda del pueblo; ensaya la representación del jueves por la noche de *Tosca* abreviada. Cuando ella salta, sólo tarda dos minutos en llegar al suelo.

—*Tosca* —dijo Cardiff, y escuchó la lejana música de percusión—. En algún lugar...

—Pase —dijo Cardiff, que sujetaba la puerta de pantalla para James Cardiff.

## CAPÍTULO 7

Al pasar al salón en penumbra, a Cardiff le pareció haber entrado en el fresco cobertizo de una lechería que en verano olierá a grandes tinajas de nata ocultas al sol, y a neveras que gotearan sus licores secretos, y a pan extendido en mesas de cocina, y a tartas enfriándose en los alféizares de las ventanas.

Cardiff dio otro paso y supo que allí dormiría nueve horas cada noche y despertaría como un niño al amanecer, emocionado por estar vivo; que el mundo volvería a comenzar cada mañana, y él estaría alegre por sentir el corazón latir en su cuerpo y el pulso en sus muñecas.

Oyó reír a alguien. Y era él mismo, abrumado por una alegría que no podía explicar.

Hubo un ligerísimo movimiento en el piso de arriba. Cardiff alzó la cabeza.

Bajando las escaleras, y deteniéndose ahora al verlo, estaba la mujer más hermosa del mundo.

En algún lugar, en algún momento, había oído decir a alguien: «Agarra la imagen antes de que se desvanezca.» Eso dijeron las primeras cámaras que capturaron la luz y llevaron esa iluminación a cámaras oscuras donde los productos químicos vertidos en porcelana hacían que los fantasmas atrapados despertaran. Rostros captados al mediodía eran convocados en baños agrios para restablecer sus ojos, sus bocas, y luego la carne fantasmagórica de la belleza o la arrogancia, o la impaciencia de un niño quieto. En la oscuridad, los fantasmas acechaban en los productos químicos hasta que algunos gestos salían del tiempo a la superficie, a una eternidad que podía sujetarse en las manos mucho después de que la cálida carne se hubiera desvanecido.

Fue así con aquella mujer, esa brillante maravilla del mediodía que bajaba las escaleras a la fresca sombra del salón sólo para volver a emerger con un haz de luz en la puerta del comedor. Su mano se dirigió a la mano de Cardiff; y luego su muñeca y su brazo y su hombro y, por fin, como surgido de aquella química de un cuarto oscuro, el espectro de un rostro tan hermoso que ardió en él como una flor cuando el amanecer aumenta su belleza. Sus ojos brillantes y eléctricos de verano brillaron de alegría, midiéndolo, mirándolo, como si también él acabara de surgir de aquellas milagrosas aguas donde nada la memoria, como diciendo: «¿Me recuerdas?»

«¡Sí!», pensó él.

«¿Sí?», le pareció oírla decir.

«¡Sí! —exclamó él, sin hablar—. Siempre esperé poder recordarte.»

«Bueno, pues —dijeron los ojos de ella—, seremos amigos. Tal vez nos conocimos en otro tiempo.»

—Nos están esperando —dijo ella en voz alta.

«Sí —pensó él—, ¡a los dos!»

Y ahora él habló:

—¿Su nombre?

«Pero si ya lo sabes», respondió su silencio.

Y era el nombre de una mujer muerta hacía cuatro mil años, perdida en las arenas de Egipto, y ahora revivida al mediodía en otro desierto cerca de una estación vacía y unas vías silenciosas.

Nefertiti —dijo él—. Bonito nombre. Significa «La Bella está aquí»

—Ali —dijo ella—, lo sabe.

—Tutankamón vino de la tumba cuando yo tenía tres años —dijo él—. Vi su máscara de oro y quise que mi cara fuera la suya.

—Pero si lo es —dijo ella—. Nunca se dio cuenta.

—¿Puedo creer eso?

—Créalo y sucederá en mitad de su creencia. ¿Tiene hambre?

«Estoy que me caigo», pensó él, mirándola.

—Antes de que se caiga —rió ella—, venga.

Y lo condujo al festín de los dioses del verano.

## CAPÍTULO 8

El comedor, como el porche, era el más largo que había visto jamás.

Toda la gente del porche estaba alineada a un lado de una mesa increíble, mirando a Culpepper y Cardiff mientras atravesaban la puerta.

Al fondo había dos sillas esperándolos y en cuanto Culpepper y Cardiff se sentaron, comenzó un hervidero de actividad, con la gente alzando los cubiertos y pasándose los platos.

Había una ensalada increíble, una tortilla sorprendente y una sopa suave como el terciopelo. De la cocina llegaba un olor que prometía un postre dulce como la ambrosía.

En mitad de su asombro, Cardiff dijo:

—Un momento, esto es demasiado. Tengo que verlo.

Se levantó y se dirigió a la puerta al fondo del salón, que daba a la cocina.

Al entrar en la cocina, vio al otro lado de la habitación una puerta que le era familiar.

Sabía adónde conducía.

La despensa.

Y no una despensa cualquiera, sino la despensa de su abuela, o una parecida. ¿Cómo era posible?

Avanzó y empujó la puerta, casi esperando encontrar a su abuela dentro, adentrándose en aquella jungla especial donde colgaban bananas moteadas, donde las rosquillas estaban enterradas en arenas movedizas de azúcar en polvo. Donde las manzanas brillaban en sus cestas y los melocotones mostraban sus cálidas mejillas de verano. Donde fila tras fila, estante tras estante, condimentos y especias se alzaban hacia un techo siempre en penumbra.

Se oyó a sí mismo pronunciar los nombres que iba leyendo en las etiquetas de los frascos, los apodos de príncipes indios y vagabundos árabes.

Allí había cardamomo y anís y canela, y cayena y curry. Y había también jengibre y pimentón y tomillo y celimonia.

Casi podría haber cantado las sílabas y despertado de noche para oírse canturrear los sonidos una y otra vez.

Observó y volvió a observar los estantes, inspiró profundamente y se volvió, mirando de nuevo la cocina, seguro de que iba a encontrar una figura familiar inclinada sobre la mesa, preparando los últimos platos para el sorprendente almuerzo.

Vio a una mujer gruesa espolvoreando con chocolate negro una tarta amarilla, y pensó que si gritaba su nombre, su abuela se daría la vuelta y correría a abrazarlo.

Pero no dijo nada y vio cómo la mujer terminaba el trabajo con una floritura y le entregaba la tarta a una criada, quien se la llevó al comedor.

Volvió con Nef, sin apetito, tras haberse alimentado en la jungla de la despensa, lo cual era más que suficiente.

«Nef —pensó, mirándola— es una mujer que es todas las mujeres, una belleza que es todas las bellezas. Ese campo de trigo pintado una y otra vez por Monet que se convertía en *el* campo de trigo. Esa fachada de iglesia pintada una y otra vez hasta ser la fachada más perfecta en la historia de todas las iglesias. Esa brillante manzana y esa fabulosa naranja de Cézanne que nunca se pudren.»

—Señor Cardiff —la oyó decir—. Siéntese, coma. No debe hacerme esperar. Llevo esperando demasiados años.

Él se acercó, incapaz de apartar los ojos de ella.

—Santo Dios —dijo—. ¿Qué edad tiene?

—Dígamelo usted.

—Oh, demonios —exclamó él—. Tal vez nació hace veinte años. Treinta. O anteayer.

—Todo a la vez.

—¿Cómo?

—Soy su hermana, su hija y alguien que conoció hace años en el colegio, ¿verdad? Soy la chica a la que invitó al baile de graduación pero se había comprometido con otro.

—Esa es mi vida. Eso pasó. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Nunca adivino —replicó ella—. Sé. Lo importante es que está usted aquí por fin.

—Habla como si me esperase.

—Siempre —dijo ella.

—Pero no supe que iba a venir aquí hasta anoche, en mitad de un sueño. Me decidí sólo en el último momento. Decidí escribir una historia...

Ella se rió suavemente.

—¿Cómo es posible? Se parece tanto a esos romances insanos escritos por sanas amas de casa. ¿Qué le hizo elegir Summerton? ¿Fue nuestro nombre? <sup>[1]</sup>

—Vi una postal que debió de comprar alguien de paso.

—Oh, eso debió de ser hace años.

—Parecía un pueblo bonito... un lugar arogedor para turistas en busca de un sitio donde relajarse y disfrutar del aire del desierto. Pero entonces lo busqué en un mapa. ¿Y sabe una cosa? No aparecía en ninguno que yo pudiera encontrar.

—Bueno, el tren no para aquí.

—No paró hoy —admitió él—. Sólo dos cosas bajaron: mi maleta y yo.

—Viaja ligero.

—Vengo sólo a pasar una noche. Cuando pase el siguiente tren, aunque no pare, lo tomaré.

—No —dijo ella en voz baja—. No es así como ha de ser.

—Tengo que ir a casa y terminar mi historia —insistió él.

—Ah, sí. ¿Y qué dirá de este pueblo que nadie puede encontrar?

Una nube cruzó el cielo y las ventanas del comedor se oscurecieron, y una sombra cayó sobre el rostro de Cardiff. Había dos verdades que contar, pero sólo podía contar una.

—Que es un pueblo precioso —dijo mansamente—. De los que ya no existen. De los que la gente debería recordar y celebrar. ¿Pero cómo sabía que yo iba a venir?

—Me desperté al amanecer —respondió ella—. Oí su tren desde muy lejos. Al mediodía el tren estaba tras las montañas, y oí su silbato.

—¿Y esperaba a alguien llamado Cardiff?

—¿Cardiff? —se preguntó ella—. Hubo una vez un gigante...

—En todos los periódicos. Un fraude.

—¿Y es *usted* un fraude? —dijo ella.

Él no pudo mirarla a los ojos.

## CAPÍTULO 9

Cuando alzó la mirada, la silla de Nef estaba vacía. También los otros comensales habían abandonado la mesa para volver a sus mecedoras o, tal vez, para echarse una siesta.

—¡Señor! —murmuró—. Esa mujer es joven, ¿pero cómo de joven? Es vieja, ¿pero cómo de vieja?

De repente, Elías Culpepper le tocó el codo.

—¿Quiere dar un auténtico paseo por nuestro pueblo? *Claude* tiene que entregar más pan recién horneado. ¡En pie!



La carreta estaba llena de un cargamento oloroso. Las hogazas calientes habían sido pulcramente apiladas fila tras fila dentro del carro con olor a horno, treinta o cuarenta hogazas en total, con nombres escritos en los envoltorios de papel de cera. Además había cajas enceradas de bollos y dulces, cuidadosamente atadas con una cinta.

Cardiff inspiró intensamente tres veces y casi se cayó del atracón.

Culpepper le tendió un paquetito y un cuchillo.

—¿Qué es esto? —preguntó Cardiff.

—No habrá recorrido ni una manzana antes de que el pan pueda con usted. Esto es un cuchillo de mantequilla. Esto es una hogaza. No la devuelva.

—Me estropeará la cena.

—No. La hará mejor. Verano fuera. Verano dentro.

Le entregó una libreta con nombres y direcciones.

—Por si acaso —dijo Culpepper.

—¿Me envía solo? ¿Cómo sabré adónde ir?

—No se preocupe. *Claude* conoce el camino. No se ha perdido nunca todavía. ¿Verdad, *Claude*?

*Claude* volvió la cabeza, ni divertido ni serio, sólo *preparado*.

—Maneje con suavidad con las riendas. *Claude* tiene su propio sistema. Usted sígale el ritmo. Es la única forma de ver el pueblo sin que yo le dé la lata. ¡Arre!

Cardiff saltó a bordo. *Claude* tiró y el carromato se puso en marcha.

—Demonios —reparó la libreta, escrutando los nombres y direcciones—. ¿Cuál

es la primera parada?

—¡Vamos!

La carreta del pan se marchó, calentando el aire con los suaves olores de la levadura y el trigo.

*Claude* trotaba como si apenas pudiera esperar para hacer su trabajo.

## CAPÍTULO 10

*Claude* trotó a buen ritmo durante dos manzanas y giró suavemente a la derecha.

Sus ojos se volvieron hacia el buzón de correos de uno de los patios: *Abercrombie*.

Cardiff comprobó la lista.

¡*Abercrombie*!

—¡Maldición!

Saltó de la carreta, la hogaza en la mano, cuando una voz de mujer exclamó:

—Gracias, *Claude*.

Una mujer de unos cuarenta años esperaba en la puerta para recibir el pan.

—Y a usted también, naturalmente —dijo—. ¿Señor...?

—Cardiff, señora.

—*Claude* —exclamó ella—, cuida bien del señor Cardiff. Y usted, señor Cardiff, cuide bien de *Claude*. ¡Buenos días!

Y la carreta continuó sacudiéndose bajo un congreso de árboles que se entrelazaban para cubrir el sol.

—A continuación, Fillmore —Cardiff miró la lista, preparado para tirar de las riendas, cuando el caballo se detuvo ante una segunda puerta.

Cardiff metió el pan en el buzón de Fillmore y corrió para alcanzar a *Claude*, que ya había retomado su ruta sin esperar a su conductor.

Así continuaron. Bramble. Jones. Williams. Isaacson. Meredith. Pan. Pastel. Pan. Bollitos. Pan. Pastel. Pan.

*Claude* dobló una última esquina.

Y allí había una escuela.

—¡Espera, *Claude*!

Cardiff corrió y entró en el patio para encontrar un balancín, su vieja pintura azul descascarillada, junto a un viejo columpio, sus asientos de madera ajada suspendidos de oxidadas cadenas de hierro.

—Vaya —susurró Cardiff.

La escuela tenía dos plantas. Sus puertas dobles estaban cerradas y sus ocho ventanas estaban cubiertas de polvo.

Cardiff sacudió las puertas. Cerradas a cal y canto.

—Sólo es mayo —se dijo Cardiff—. Todavía no ha terminado la escuela.

*Claude* relinchó irritado, quizá molesto, empezó a apartarse lentamente del

colegio.

—¡*Claude!* —Cardiff se puso serio—. ¡Quieto!

*Claude* se paró y empezó a golpear el empedrado con ambas patas delanteras.

Cardiff se volvió hacia el edificio. Tallado en el dintel, sobre la puerta principal, se veían las palabras: «ESCUELA PRIMARIA DE SUMMERTON, FUNDADA EL 1 DE ENERO DE 1888.»

—Mil ochocientos ochenta y ocho —murmuró Cardiff—. Vaya.

Echó una última mirada a las ventanas cubiertas de polvo y las oxidadas cadenas del columpio, y dijo:

—Una última ojeada, *Claude*.

*Claude* no se movió.

—Nos hemos quedado sin pan y sin nombres, ¿no es así? ¿Sólo transportas pedidos de la panadería, nada más?

La sombra de *Claude* no se movió.

—Bueno, entonces nos quedaremos aquí hasta que me hagas un favor. Tu nuevo cochero quiere recorrer toda la ciudad. ¿Qué te parece? No habrá ni agua ni avena sin un recorrido completo.

El agua y la avena lo consiguieron.

Recorrido completo.

Bajaron por Clover Avenue y subieron por Hibiscus Way, y llegaron a Rosewood Place y siguieron a la derecha por Juneglade, y de nuevo a la izquierda por Sandalwood y luego por Ravine, que pasaba justo por el borde de un barranco poco profundo abierto por lluvias antiguas. Cardiff contempló jardín tras jardín, todos ellos tupidos, verdes, perfectos. No había bates de béisbol. Ni pelotas de béisbol. No había canastas de baloncesto. Ni pelotas de baloncesto. No había raquetas de tenis. Ni mazas de *croquet*. No había marcas de rayuela en las aceras. Ni columpios de neumáticos en los árboles.

*Claude* lo llevó de regreso al Gran Mirador Egipcio, donde Elías Culpepper estaba esperando.

Cardiff se bajó del carromato del pan.

—¿Bien?

Cardiff miró el brillo veraniego de los jardines verdes y los verdes setos y los girasoles dorados y dijo:

—¿Dónde están los niños?

## CAPÍTULO 11

El señor Culpepper no respondió inmediatamente.

Pues justo delante esperaba la merienda, con tartas de melocotón y albaricoque y delicias de fresa, y café en vez de té, y luego hubo oporto en vez de café, y luego empezó la cena, un auténtico festín que duró hasta bien pasadas las nueve, y luego los habitantes del Gran Mirador Egipcio se dirigieron uno a uno a sus cómodas y frescas camas de verano, y Cardiff se sentó en el césped sin *croquet* ni aros, viendo al señor Culpepper en el porche, fumando varias pipas, esperando.

Por fin Culpepper, con paso tranquilo, llegó al pie de la barandilla del porche y esperó.

—¿Preguntaba por qué no hay ningún niño? —dijo Elías Culpepper.

Cardiff asintió.

—Un buen periodista no dejaría pasar tanto tiempo tras hacer una pregunta tan importante.

—Ahora mismo está pasando aún más tiempo —dijo Cardiff amablemente, mientras subía las escaleras del porche.

—Es verdad. Tome.

Colocó sobre la barandilla una botella de vino y dos vasos.

Cardiff apuró el suyo de golpe y se sentó junio a Elías Culpepper.

Culpepper siguió fumando.

—Hemos enviado a todos los niños a la escuela —dijo, y parecía pronunciar sus palabras con cuidado.

Cardiff se lo quedó mirando.

—¿El pueblo entero? ¿A todos los niños?

—Así es. Hay ciento cincuenta kilómetros hasta Phoenix en una dirección. Cien hasta Tucson. Nada más que arena y bosque petrificado en medio. Los niños necesitan escuelas con árboles adecuados. Tenemos árboles adecuados aquí, sí, pero no podemos contratar maestros para que les enseñen. Lo hicimos en una ocasión, pero se sentían demasiado solos. No quieren venir, así que nuestros niños tuvieron que irse.

—¿Si volviera a finales de junio vería a los niños que han regresado a casa para pasar el verano?

Culpepper se quedó quieto, muy parecido a *Claude*.

—He dicho...

—Lo he oído —Culpepper vació la ceniza chispeante de su pipa—. Si dijera que sí, ¿me creería?

Culpepper negó con la cabeza.

—¿Está dando a entender que no digo la verdad?

—Sólo estoy dando a entender —respondió Cardiff— que estamos estirando la verdad. Estoy esperando a ver hasta dónde.

Culpepper sonrió.

—Los niños no van a volver a casa. Han elegido escuelas de verano en Amherst, Providence y Sag Harbor. Incluso una está en Mystic Seaport. ¿No suena bien? Mystic. Estuve allí una vez en medio de una tormenta leyendo los capítulos de *Moby Dick*.

—Los niños no van a volver a casa —dijo Cardiff—. ¿Puedo adivinar por qué?

El hombre mayor asintió, la pipa en la boca, sin encender.

Cardiff sacó su libreta y la miró.

—Los niños de este pueblo —dijo por fin— no van a volver a casa. Ninguno. Ni uno solo. Nunca.

Cerró la libreta y continuó:

—El motivo por el que los niños no van a volver nunca a casa —dijo con dificultad— es que no hay ningún niño. Algo sucedió hace mucho tiempo, Dios sabe qué, pero sucedió. Y este pueblo es un pueblo donde nadie vuelve a casa. El último niño se marchó hace mucho tiempo, o el último niño finalmente creció. Y usted es uno de ellos.

—¿Eso es una pregunta?

—No —dijo Cardiff—. Es una respuesta.

Culpepper se acomodó en su silla y cerró los ojos.

—Usted —dijo, el humo desaparecido hacía tiempo de su pipa— es un periodista de cuatro estrellas.

## CAPÍTULO 12

—Yo... —dijo Cardiff.

—Ya basta —interrumpió Culpepper—. Por esta noche.

Le ofreció otro vaso de brillante vino ámbar. Cardiff bebió. Cuando alzó la mirada, la puerta de pantalla del Gran Mirador Egipcio se cerró. Alguien subía las escaleras. Su acompañante se quedó.

Culpepper volvió a llenar su vaso.

—Nunca vuelven a casa. Nunca más —susurró.

Y se fue a la cama.

«Que duermas bien», dijo alguien en algún lugar de la casa. Pero no pudo dormir. Permaneció tumbado, completamente vestido, haciendo sumas filosóficas en el techo, borrando, sumando, borrando de nuevo, hasta que se sentó bruscamente y contempló el prado de miles de flores en medio del cual se alzaban y hundían las casas sólo para volver a elevarse, barcos en un mar de verano.

«Me levantaré y me marcharé ahora —pensó Cardiff—, pero no a un claro resonante de abejas. Más bien, a un lugar de silencio terrenal con un ruido de polillas de calavera con las alas cubiertas de polvo.»

Bajó descalzo los escalones del porche y, una vez fuera, dejó que la puerta de pantalla se cerrara en silencio y, tras sentarse en el césped, se puso los zapatos mientras salía la luna.

«Bien —pensó—, no necesitaré linterna.»

En mitad de la calle, se volvió a mirar atrás. ¿Había alguien en la puerta, una sombra, observando? Echó a andar y luego empezó a correr.

«Imagina que eres *Claude*, —pensó, jadeando entrecortadamente—. Gira aquí, ahora allá, ahora otra vez a la derecha y...»

El cementerio.

Todo aquel frío mármol aplastó su corazón y detuvo su respiración. No había ninguna verja de hierro alrededor del camposanto.

Entró silenciosamente y se agachó para tocar la primera lápida. Sus dedos rozaron el nombre: BIANCA SHERMAN BATES.

Y la fecha: NACIDA EL 3 DE JULIO DE 1882.

Pero no aparecía la fecha de su muerte.

Las nubes cubrieron la luna. Él se dirigió a la siguiente lápida.

WILLIAM HENRY CLAY

1883-

R.I.P.

Y, de nuevo, ninguna fecha que indicara su muerte.

Palpó una tercera lápida y encontró:

HENRIETTA PARKS

*13 de agosto, 1881*

*Marchó con Dios*

Pero, Cardiff lo sabía, aún no se había marchado con Dios.

La luna se oscureció y tomó fuerzas de sí misma. Brilló sobre una pequeña tumba griega a cincuenta pasos de distancia, un tesoro de arquitectura exquisita, una Acrópolis en miniatura sostenida por cuatro vírgenes vestales, o diosas, doncellas hermosas, mujeres maravillosas. El corazón de Cardiff palpitó con fuerza. Las cuatro mujeres de mármol parecieron súbitamente vivas, como si la pálida luz las hubiera despertado y fueran capaces de dar un paso adelante, descalzas, hacia el llano de piedras con nombres y sin fechas.

Cardiff contuvo la respiración. Su corazón volvió a palpar.

Pues mientras miraba, una de las diosas, una de las doncellas para siempre hermosas, tembló con el escalofrío de la noche y se volvió hacia la luz de la luna.

No pudo decir si estaba aterrorizado o encantado. Después de todo, era tarde en ese patio de los muertos. ¿Pero ella? Estaba desnuda, o casi: una bruma de seda cubría sus pechos y envolvía su cintura mientras se apartaba de las otras estatuas pálidas.

Se movió entre las lápidas, silenciosa como el mármol que había sido pero ya no era, hasta plantarse ante él con su oscuro cabello recogido sobre sus pequeñas orejas y sus grandes ojos del color de las lilas. Alzó la mano con ternura y sonrió.

—Tú —susurró él—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Ella replicó tranquilamente:

—¿Dónde si no debería estar?

Extendió la mano y lo sacó en silencio del cementerio.

Al mirar atrás, él vio el rompecabezas abandonado de nombres y el enigma de fechas.

«Todos nacidos —pensó—, pero ninguno ha muerto. Las lápidas están en blanco, esperando que alguien ponga la fecha a sus fantasmas condenados a la Eternidad.»

—¿Sí? —dijo alguien. Pero los labios de ella no se habían movido.

«Y tú me seguiste —pensó él—, para impedirme que leyera las lápidas e hiciera preguntas. ¿Y qué hay de los niños ausentes, que nunca vuelven a casa?»

Y como si se deslizaran sobre hielo, por un vasto mar de luz de luna, pasaron junto a un grupo de girasoles que apenas se agitó, y sus pies no hicieron ruido mientras avanzaban por el sendero hasta el porche, y cruzaron el porche y subieron los escalones, uno, dos, tres pisos, hasta que llegaron a una habitación en una torre.

La puerta se abrió de par en par para revelar una cama tan brillante como un glaciar, las colchas retiradas, toda nieve en la calurosa noche de verano.

—Sí —dijo ella.

Él recorrió absorto el resto del camino. Tras él, vio sus ropas, como los juguetes de un niño descuidado desperdigados por el *parquet*. Se detuvo junto a la cama blanca de nieve y pensó: «Una última pregunta. El cementerio. ¿Hay cuerpos bajo las lápidas? ¿Hay alguien allí?»

Pero era demasiado tarde. Mientras abría la boca para hacer la pregunta, se desplomó en la nieve.

Se ahogaba en la blancura, gritaba mientras inhalaba la luz y, en medio de la tormenta, sintió una calidez; fue acariciado y abrazado, pero no podía ver qué o quién lo abrazaba, y se relajó, se ahogó.

Cuando volvió en sí, no nadaba, sino que llotaba. De algún modo había saltado de un acantilado, y había alguien con él, invisible; y mientras él ascendía hasta golpear el rayo, ese alguien tiraba de él medio con terror, medio con alegría, para caer y golpear la cama con todo su cuerpo y toda su alma.

Cuando volvió en sí de nuevo, la tormenta había terminado y ya no volaba. Encontró una mano pequeña en la suya, y sin abrir los ojos supo que *ella* yacía a su lado, su respiración acompasada. Aún no había amanecido.

Ella habló.

—¿Querías preguntar algo?

—Mañana —susurró él—. Te lo preguntaré entonces.

—Sí —respondió ella en voz baja—. Entonces.

Y en ese momento pareció que, por primera vez, la boca de ella acariciaba la suya.

## CAPÍTULO 13

Despertó con el sol entrando por el ventanal del ático. Las preguntas se acumularon en su lengua.

Junto a él, la cama estaba vacía.

Se ha ido.

«¿Temerosa de la verdad?», se preguntó.

«No —pensó—, habrá dejado una nota en la puerta de la nevera.» De algún modo, lo supo. «Ve a mirar.»

La nota estaba allí:

*Señor Cardiff:*

*Llegan muchos turistas. Debo darles la bienvenida. Preguntas en el desayuno.*

*Nef.*

En la distancia, ¿no sonaba el levísimo gemido del silbato de una locomotora, el suavísimo zumbido de una gran máquina?

En el porche, Cardiff prestó atención, y de nuevo el leve gemido de la locomotora se agitó más allá del horizonte.

Miró hacia el piso de arriba. ¿Había corrido ella hacia aquel sonido? ¿Lo habían oído también los inquilinos?

Corrió a la estación de tren y esperó en mitad de las ardientes vías de hierro, desafiando al silbato a volver a sonar. Pero esta vez, silencio.

«¿Trenes separados que traen qué?», se preguntó.

«Yo llegué primero —pensó—, el que intenta ser bueno.»

«¿Y qué viene a continuación?»

Esperó, pero el aire continuó en silencio y la línea del horizonte serena, así que regresó al Gran Mirador Egipcio.

Había inquilinos en todas las ventanas, esperando.

—No pasa nada —dijo él—. No era nada.

Alguien respondió desde arriba, en voz baja.

—¿Está seguro?

## CAPÍTULO 14

Nef no estuvo en el desayuno, ni en el almuerzo, ni en la cena.  
Él se fue a la cama con hambre.

## CAPÍTULO 15

A medianoche el viento soplaba suavemente en la ventana, susurrando a las cortinas, ensombreciendo la luz de la luna.

Allí, al otro lado del pueblo, se hallaba el cementerio, inmensos dientes blancos repartidos por un prado de hierba fresca, plateada como la luna.

Cuatro docenas de lápidas de muertos, pero no muertos.

«Todo mentiras», pensó Cardiff.

Y se encontró a medio camino de las escaleras de la pensión, rodeado por las exhalaciones de la gente dormida. No había más sonido que el del goteo de la bandeja bajo la nevera, en la cocina iluminada por la luna. La casa resplandecía con la iluminación de limón y lila de las ventanas sobre la entrada principal.

Se encontró en el camino polvoriento, solo con su sombra.

Se encontró a la puerta del cementerio.

En mitad del cementerio, se encontró con una pala en sus manos.

Cavó hasta...

Hubo un golpe hueco bajo el polvo.

Trabajó con rapidez, retirando la tierra; y se agachó para tirar del borde del ataúd, y en ese momento oyó un sonido.

Una pisada.

«¡Sí!», pensó salvaje, felizmente.

«Ella está aquí otra vez. Ha venido a buscarme y a llevarme a casa. Ella...»

Su corazón martilleó y luego frenó su ritmo.

Lentamente, Cardiff se irguió junto a la tumba abierta.

Elías Culpepper estaba en la verja de hierro, tratando de decidir qué decirle a Cardiff, que cavaba donde no debería cavar nadie.

Cardiff dejó caer la pala.

—¿Señor Culpepper?

Elías Culpepper respondió.

—Oh, Dios, Dios, continúe. Levante la tapa. ¡Hágalo!

Y como Cardiff vacilaba, insistió.

—¡Ahora!

Cardiff se agachó y tiró de la tapa del ataúd. No estaba clavada ni cerrada. Retiró la tapa y contempló el interior.

Elías Culpepper se detuvo a su lado.

Los dos contemplaron...

Un ataúd vacío.

—Sospecho —dijo Elías Culpepper—, que necesita un trago.

—Dos me vendrían bien —respondió Cardiff.

## CAPÍTULO 16

Fumaban buenos cigarros y bebían vino sin nombre en mitad de la noche. Cardiff se acomodó en su silla de mimbre, los ojos cerrados.

—¿Ha estado advirtiendo cosas? —inquirió Elías Culpepper.

—Unas cuantas. Cuando *Claude* me llevó a dar el paseo no pude dejar de advertir que no hay, en ninguna parte, placas de médicos. Y tampoco pude ver ninguna funeraria.

—Debe de haberlas en alguna parte —dijo Culpepper.

—¿Cómo es que no las hay en las páginas amarillas de la guía telefónica? Ni médicos, ni cirujanos, ni funerarias.

—Un despiste.

Cardiff estudió sus notas.

—¡Dios, ni siquiera tienen hospital en esta ciudad casi fantasma!

—Tenemos uno pequeño.

Cardiff subrayó una entrada en su lista.

—¿Una clínica para pacientes externos de seis metros cuadrados? ¿No hay enfermedades graves, y por eso no necesitan unas instalaciones más grandes?

—Esa más o menos es la explicación —dijo Culpepper.

—¿Sólo tienen que curar cortes en los dedos, picaduras de abeja y, ocasionalmente, algún esguince de tobillo?

—Lo ha resumido bien —dijo el otro—, pero ésa es la suma. Continúe.

—¿Y eso explica por qué todas las lápidas del cementerio están sin terminar y todos los ataúdes están vacíos? —dijo Cardiff, contemplando el pueblo desde el porche.

—Sólo cavó en una.

—No necesito abrir más. ¿Verdad?

En silencio, Culpepper negó con la cabeza.

—¡Demonios, señor Culpepper! —dijo Cardiff—. ¡Me quedo sin habla!

—Para ser sinceros, yo también. Es la primera vez que alguien pregunta lo que usted ha preguntado. ¡Nosotros hemos estado tan ocupados viviendo, que nunca imaginamos que alguien vendría, se arremangaría, cogería una pala y se pondría a cavar!

—Mis disculpas.

—Ahora querrá una explicación. Se la daré. Anótela, señor Cardiff, anótela. A lo

largo de los años, cuando llegaban visitantes, se aburrían rápido y se marchaban aún más rápido. Tratamos de parecer como cualquier otro pueblo. Pusimos bonitas fachadas de funerarias falsas, con coches fúnebres y todo, flores de verdad, música de órgano en directo, pero ataúdes vacíos con tapas cerradas, sólo para impresionar. Íbamos a fingir un funeral mañana, para alardear, y para que usted se convenciera de que a veces morimos...

—¿A veces? —exclamó Cardiff.

—Bueno, ha pasado cierto tiempo. Los coches nos atropellan de vez en cuando. Alguien podría caerse de una escalera.

—¿No hay enfermedades, tosferina, neumonía?

—No tosemos ni enfermamos. Nos desgastamos... despacio.

—¿Cómo de despacio?

—Oh, la última vez que conté, eran unos...

—¿Cómo de despacio?

—Cien, doscientos años.

—¿Qué?

—Calculamos que unos doscientos años. Todavía es demasiado pronto para decirlo. Sólo llevamos en esto desde 1864 o 1865, la época de Lincoln.

—¿Todos ustedes?

—Todos.

—¿También Nef?

—No le miento.

—¡Pero si es más joven que yo!

—Su abuela, tal vez.

—¡Dios mío!

—Dios nos puso aquí. Pero es el clima, principalmente. Y bueno, el vino.

Cardiff miró su vaso vacío.

—¿El vino les hace vivir hasta los doscientos años?

—A menos que lo mate antes del desayuno. Termine su vaso, señor Cardiff, termine su vaso.

## CAPÍTULO 17

Elías Culpepper se inclinó hacia adelante para echarle un vistazo a la libreta de Cardiff.

—¿Tiene alguna otra duda, indecisión u opinión?

Cardiff reflexionó ante sus notas.

—No parece haber ningún negocio pujante en Summerton.

—Unos cuantos ratones pero ningún búfalo.

—No hay agencias de viajes, sólo una estación de tren a punto de hundirse en el polvo. La carretera probablemente está llena de baches. Nadie parece marcharse, y muy pocos llegan. ¿Cómo demonios sobreviven?

—Piense —Culpepper chupó su pipa.

—¡Lo hago, maldición!

—Ya habrá oído hablar de los lirios del valle. No trabajamos, ni nos esforzamos. Igual que usted. No tiene que hacer nada, ¿no? En ocasiones, como esta noche. Pero sobre todo viaja de un lado a otro entre sus orejas. ¿No?

—¡Dios mío! —exclamó Cardiff, agarrando su libreta—. Ermitaños. Solitarios. Reclusos. Docenas y docenas. ¡Son ustedes escritores!

—Puede volver a decirlo.

—¡Escritores!

—En cada habitación, desván, escobero, o sótano, a ambos lados de la calle hasta el final del pueblo.

—¿Todo el pueblo, todo el mundo?

—Todos menos unos cuantos analfabetos perezosos.

—Eso es inaudito.

—Ahora lo está oyendo.

—Salzburgo, una ciudad llena de músicos, compositores, directores de orquesta. Ginebra, atestada de banqueros, relojeros, heridos de accidentes de esquí. Nantucket, una vez al menos, barcos, marineros y viudas de balleneros. ¡Pero esto, *esto!*

Cardiff se levantó de un salto y contempló salvajemente el pueblo a media noche.

—No escuchará máquinas de escribir —advirtió Culpepper—. Sólo cosas silenciosas.

«Plumas, lápices, libretas, papel —pensó Cardiff—. Susurros de plomo o tinta. Tranquilos pensamientos de verano o tranquilos mediodías de verano.»

—Escritores —murmuró Cardiff, escrutando las casas, al otro lado de la calle—.

Nunca tienen que levantarse y marchar. Y nadie sabe de qué color eres por correo, ni qué sexo tienes, ni si eres alto o bajo. Podría ser una compañía de gigantes, un espectáculo de enanos. Escritores. ¡Madre de Dios!

—Cuide su lenguaje.

Cardiff se volvió para mirar a su acompañante.

—Pero no todos pueden tener éxito.

—Casi todos.

—¿Conoceré algunos de sus nombres?

—Si se los dijera, pero no lo haré.

—Un enjambre de talento —resopló Cardiff-. ¿Pero cómo acabaron todos aquí?

—Genes, cromosomas, necesidad. ¿Ha oído hablar de esas pequeñas colonias de escritores? Bueno, ésta es grande. Somos almas gemelas. Gente similar. Nadie se ríe de lo que escribe otro. No hay alcohólicos, por cierto, ni autores malditos, ni fiestas salvajes.

—¿F. Scott Fitzgerald no puede entrar?

—Mejor que no lo intente.

—Parece aburrido.

—Sólo si se pierde la libreta y el lápiz.

—¿Es usted uno de ellos?

—A mi modo silencioso.

—¡Un poeta!

—No lo diga tan alto. Alguien podría oírlo.

—Un poeta —susurró Cardiff.

—Haikus, sobre todo. A medianoche cuando me pongo las gafas y busco mi lápiz. Semi-haikus, demasiadas sílabas.

—¿Ejemplo?

Culpepper recitó:

*Oh, gato que amo de verdad,  
oh, ruiseñor que amo con locura.  
¿Qué haces en la boca del gato?*

Cardiff aulló de placer.

—¡Yo nunca podría escribir eso!

—No lo intente. Hágalo.

—Que me aspen. ¡Más!

*Una almohada de nieve junto a mi rostro caliente.  
Un copo de nieve ante mis dedos.*

*Te vas.*

Culpepper volvió a llenar en silencio su pipa para cubrir su vergüenza.

—Éste no lo recito muy a menudo. Es triste.

Para romper el silencio, Cardiff dijo:

—¿Cómo se ponen ustedes en contacto con el mundo exterior?

Cardiff contempló en la distancia las vías de tren vacías más allá de la carretera silenciosa.

—Llevo una camioneta llena de manuscritos a Gila Springs una vez al mes, así que los enviamos por correo desde donde no estamos y traigo de vuelta chaparrones de cheques, nevadas de rechazos. El trigo y la paja van a nuestro banco, que es un contable y un presidente. El dinero espera allí, por si algún día tenemos que marchamos.

Cardiff sintió que de pronto todo su cuerpo se llenaba de sudor.

—¿Tiene algo que decir, señor Cardiff?

—Pronto.

—No insistiré.

Culpepper encendió de nuevo su pipa y recitó:

*Una madre recuerda a su hijo muerto.  
Hasta dónde podría haber llegado hoy  
mi poderoso cazador de libélulas.*

—Ése no es mío. Ojalá lo fuera. Japonés. Lleva por ahí toda la vida.

Cardiff caminó de un lado a otro del porche y entonces se volvió.

—Santo cielo, todo encaja. Escribir es la única actividad que podría mantener a un pueblo como éste, tan apartado. Como un negocio de pedidos por correo.

—Escribir es un negocio de pedidos por correo. Si quieres algo, escribes un cheque, lo envías y, antes de que te des cuenta, la compañía Johnson Smith de Racine, Wisconsin te envía lo que necesitas. Gafas con visión de 360 grados. Giroscopios. Máscaras de carnaval. Muñecas de Anita la huerfanita. Escenas de *El jorobado de Notre Dame*. Cartas que desaparecen. Esqueletos que regresan.

—Todas esas cosas buenas —sonrió Cardiff.

—Todas esas cosas buenas.

Se rieron juntos.

Cardiff resopló.

—Así que esto es una población de escritores.

—¿Está pensando en quedarse?

—No, en *marcharme*.

Cardiff se detuvo y cubrió la boca con la mano como si hubiera dicho algo que no debería haber dicho.

—¿Qué significa eso? —Elías Culpepper casi se levantó de un salto de la silla.

Pero antes de que Cardiff pudiera hablar, una pálida figura apareció en el césped bajo el porche y empezó a subir los escalones.

Cardiff la llamó por su nombre.

Junto a la puerta, la hija de Elías Culpepper habló.

—Cuando estés preparado, sube.

«¿Cuándo esté preparado? —pensó Cardiff salvajemente—. ¡*Cuando esté preparado!*»

La puerta de pantalla se cerró.

Necesitará esto —dijo Elías Culpepper.

Le tendió un último trago, que Cardiff aceptó.

## CAPÍTULO 18

De nuevo, la gran cama fue un banco de nieve en una cálida noche de verano. Ella estaba tumbada en un lado, mirando al techo, y no se movía. Él se sentó en el otro extremo, sin decir nada, y por fin se acostó y apoyó la cabeza en la almohada, y esperó.

Finalmente, Nef dijo:

—Me parece que has pasado mucho tiempo en el cementerio del pueblo desde que llegaste. ¿Buscando qué?

Él escrutó el techo vacío y respondió.

—Me parece que has estado en esa estación de tren donde rara vez llega algún tren. ¿Por qué?

Ella no se volvió, pero dijo:

—Parece que ambos estábamos buscando algo y que no queremos o no podemos decir qué o por qué.

—Eso parece.

Otro silencio. Ahora, por fin, ella lo miró.

—¿Quién de nosotros va a confesar?

—Tú primero.

Ella se rió en voz baja.

—Mi verdad es más grande y más increíble que la tuya.

Él se unió a su risa pero negó con la cabeza.

—Oh, no, mi verdad es más terrible.

—No me asustes.

—No quiero hacerlo. Pero es así. Y si te lo digo, me temo que saldrás corriendo y no volveré a verte.

—¿Nunca? —murmuró Nef.

—Nunca.

—Entonces dime lo que puedas, pero no me asustes.

Pero en ese momento, muy lejos en el mundo de la noche, se oyó el gemido de un tren, una locomotora, acercándose.

—¿Has oído eso? ¿Es el tren que viene a llevarte?

Hubo un segundo gemido de un silbato más allá del horizonte.

—No —dijo él—, tal vez es el tren que viene, espero por Dios que no, con terribles noticias.

Lentamente, ella se sentó en el borde de la cama, los ojos cerrados.

—No —dijo él—. No vayas. Déjame.

—Pero primero... —murmuró ella.

Su mano tiró suavemente de él hasta su extremo de la cama.

## CAPÍTULO 19

En algún momento durante la noche, sintió que estaba solo otra vez.

Despertó lleno de pánico, al amanecer, pensando: «He perdido el tren. Ha venido y se ha ido. Pero, no...»

Oyó el silbato de la locomotora ululando a través del cielo, gimiendo como un tren fúnebre mientras el sol se alzaba sobre las arenas del desierto.

¿Oyó o no oyó cómo una maleta, similar a la suya, era catapultada desde un tren en marcha y se estrellaba contra el andén de la estación?

¿Oyó o no oyó a alguien aterrizar como un yunque de ciento cincuenta kilos sobre los tablones del andén?

Y entonces Cardiff lo supo. Dejó caer la cabeza, como si se la hubieran cortado.

—¡Santo Dios, o santo y vengativo Dios!

## CAPÍTULO 20

Se encontraban en el andén de la estación vacía, Cardiff en un extremo, el hombre alto en el otro.

—¿James Edward McCoy? —dijo Cardiff.

—Cardiff —contestó McCoy—, ¿eres tú?

Ambos sonrieron con sonrisas falsas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Cardiff.

—Tendrías que haber sabido que te seguiría —dijo James Edward McCoy—. Cuando dejaste la ciudad, supe que alguien había muerto, y que habías ido a darle un entierro adecuado. Así que hice la maleta.

—¿Por qué lo has hecho?

—Para que sigas siendo honrado. Hace mucho tiempo aprendí que tú te inclinas hacia un lado y yo hacia el otro. Tú te equivocas siempre, yo siempre tengo razón. Odio a los mentirosos.

—«Optimista» es la palabra que buscas.

—No me extraña que te odie. El mundo es una fosa séptica y tú sigues nadando en ella, buscando la orilla. Santo Dios, ¿dónde está la orilla? ¡No la encontrarás nunca porque la orilla no existe! Somos ratas que se ahogan en una alcantarilla, pero tú ves faros donde no hay ninguno. Dices que el *Titanic* es el barco de vapor de Mark Twain. ¡Para ti Svengali, Raskolnikov y Hitler eran los Tres Mendrugos! Lo siento por ti. Así que estoy aquí para volverte honrado.

—¿Desde cuándo crees en la honradez?

—Honradez, dinero y sentido común. Nunca juegues con máquinas tragaperras, no lances peniques al rojo vivo a los pobres, ni empujes a tu casera escaleras abajo. ¿Hermosos futuros? Demonios, el futuro es ahora, y está podrido. Bueno, ¿qué estás haciendo en este pueblo de mala muerte?

McCoy echó un vistazo a la estación desierta.

—Será mejor que te marches en el próximo tren —dijo Cardiff.

—Tengo veinticuatro horas para robar tu artículo —McCoy contempló los girasoles cerrados que cubrían la carretera que llevaba al pueblo—. Guíame. Yo te seguiré y pasaré por encima de los cadáveres.

McCoy se echó la bolsa al hombro y empezó a andar, y Cardiff, después de un par de segundos, corrió para alcanzarlo.

—Mi editor dice que será mejor que vuelva con un titular... mil pavos si es

bueno, tres mil si es colosal.

Mientras caminaban, McCoy observó los columpios inmóviles con la primera brisa de la mañana y los ventanales que no reflejaban ninguna luz.

—Sabes, parece la hora de la cena.

Cardiff lo siguió, pensando: «No respires. No llames la atención.»

El pueblo oyó.

Ninguna hoja tembló. Ninguna fruta cayó. Bajo los matorrales había sombras de perro, pero ningún perro. La hierba se alisó como el pelaje de un gato nervioso. Todo era quietud.

Complacido con el silencio que notaba haber causado, McCoy se detuvo en el cruce de dos calles, bajo un dosel de árboles. Contempló la verde arquitectura y murmuró:

—Ya entiendo.

Soltó la bolsa, sacó un lápiz del bolsillo de su camisa, lo lamió y empezó a escribir en su libreta, pronunciando las sílabas que escribía.

—Ciudad de sobras. Nacida muerta, Nebraska. Recuerdo, Ohio. Impulsada al oeste en 1880, impulso perdido en 1890. Fin del trayecto 1900. Perdida hace tiempo.

Cardiff mantuvo cerrada la boca.

McCoy lo miró.

—No voy descaminado, ¿verdad? Puedo verlo en tu cara. Viniste a enterrar a César. Yo vine a remover sus huesos. Tú seguiste tu intuición; yo vine porque tuve una corazonada. Te gustó lo que viste y probablemente habrías vuelto a casa y no habrías dicho nada. A mí no me gusta lo que veo, punto final.

Se colocó el lápiz detrás de la oreja, se guardó la libreta en el bolsillo del pantalón y se agachó para recoger la bolsa otra vez. Como impulsado por el sonido de su propia voz, continuó recorriendo las calles de Summerton, diciendo:

—Mira esa piojosa arquitectura, esa horrible marquetería barroca y esos postes. ¿Has visto alguna vez tantos carámbanos de madera? Cristo, ¿no sería espantoso estar atrapado aquí eternamente, incluso sólo dos semanas cada verano? Eh, vaya, ¿qué es esto?

Se detuvo en seco, alzó la cabeza.

El cartel sobre el porche decía «GRAN MIRADOR EGIPCIO. PENSIÓN».

McCoy miró a Cardiff, quien se envaró.

—Ésta debe de ser tu guarida. Veamos.

Y antes de que Cardiff pudiera moverse, McCoy subió los escalones y atravesó la puerta.

Cardiff cogió la puerta antes de que se cerrara y entró también.

Silencio. Las honras fúnebres terminadas. Los queridos difuntos desaparecidos.

Ni siquiera el polvo del vestíbulo se movió, si es que alguna vez había habido polvo. Todas las lámparas Tiffany estaban apagadas y todos los floreros vacíos. Oyó a McCoy en la cocina y fue a buscarlo.

McCoy estaba delante de la nevera, que estaba abierta de par en par. No había hielo dentro, ni crema, ni leche, ni mantequilla y no había ninguna bandeja bajo la nevera para que un perro sediento bebiera de ella después de medianoche. Tampoco la despensa mostraba bananas moteadas, ni especias de la India o de Ceilán. Un río de viento silencioso había entrado en la casa y se había marchado con sus tesoros incalculables.

McCoy murmuró, garabateando:

—Es prueba suficiente.

—¿Prueba?

—Todo el mundo está escondido. Todo está guardado. Cuando me marche, ¡bingo!, la hierba se corta, la nevera gotea. ¿Cómo sabían que iba a venir? No creo que haya un Western Union en este pueblo sin caballos, ¿no?

Vio un teléfono en el pasillo, lo cogió.

—No hay tono.

Miró a través de la puerta de pantalla.

—Ningún cartero a la vista. Estoy dentro de una gran cabina de aislamiento.

McCoy salió a sentarse en el balancín del porche, que gimió como si amenazara con caerse. McCoy leyó la expresión de Cardiff.

—Pareces un bienhechor —dijo—. Vas por ahí salvando a gente que no se merece ser salvada. ¿Qué tiene este pueblucho para merecerse al Ejército de Salvación de Cardiff? Ésa no puede ser toda la historia. Tiene que haber un villano en alguna parte.

Cardiff contuvo la respiración.

McCoy sacó la libreta y se la quedó mirando.

—Creo que conozco el nombre del villano —murmuró—. El Departamento de...

Hizo esperar a Cardiff.

—...Carreteras?

Cardiff resopló.

—Bingo —susurró McCoy—. Ya veo los titulares: «REPORTERO ESTRELLA DEFIENDE PUEBLO PERFECTO DE LA DESTRUCCIÓN.» Letra pequeña: «El Departamento de Carreteras insiste en pillaje y ruina.» Próxima semana: «SUMMERTON DEMANDA Y PIERDE. Reportero estrella se ahoga en ginebra.»

Cerró la libreta.

—Está bastante bien para sólo una hora de trabajo, ¿eh? —dijo.

—Bastante —dijo Cardiff.

## CAPÍTULO 21

Esto va a ser magnífico —dijo James Edward McCoy—. Ya puedo verlo: haré un puñado de artículos sobre cómo Summerton, Arizona, golpea las rocas y se hunde. Inundación de Johnston, hazte a un lado. Terremoto de San Francisco, olvídale. Revelaré cómo el gobierno destruyó a los inocentes y sembró sus jardines de sal. Primero el *New York Times*, luego periódicos de Londres, Moscú, incluso Canadá. A los adictos a las noticias les encanta leer los misterios de los demás: aquí hay una ciudad entera estrangulada hasta la muerte por la avaricia del gobierno. Y yo voy a decírselo al mundo.

—¿Es todo lo que puedes ver en esto? —dijo Cardiff.

—¡Visión perfecta!

—Mira alrededor —dijo Cardiff—. Es un pueblo sin gente. No hay gente, no hay historia. A nadie le importa si un pueblo cae y no hay gente en él. Tu «historia» durará un día, tal vez. No habrá contrato de libros, ni serie de televisión, ni película para ti. Ciudad vacía. Cuenta corriente vacía.

Una mueca deformó el rostro de McCoy.

—Hijo de puta —murmuró—. ¿Dónde demonios está todo el mundo?

—Nunca estuvieron aquí.

—¿No hay nadie y las casas están pintadas, y los céspedes cortados? Estaban aquí, tienen que haber estado. Lo sabes y me estás mintiendo. Sabes lo que está pasando.

—No lo sabía hasta ahora.

—¿Y no me lo vas a decir? ¿Te quedas los titulares para ti para proteger a este patético pueblecito fantasma?

Cardiff asintió.

—Maldito idiota. Vamos, sigue siendo pobre y recto. Contigo o sin ti, voy a llegar al fondo de esto. ¡Aparta!

McCoy bajó los escalones del porche, salió a la calle. Corrió a la casa de al lado y abrió la puerta, asomó la cabeza, luego entró. Salió un momento después, cerró de golpe la puerta, y corrió a la siguiente casa, abrió la puerta de pantalla, entró, salió, el rostro colorado citando salmos oscuros. Una y otra vez abrió y cerró las puertas de media docena de casas vacías.

Finalmente, McCoy regresó al patio delantero del Gran Mirador Egipcio. Se quedó allí de pie, jadeando, murmurando para sí. Mientras su voz se perdía en el

silencio, un pájaro revoloteó y dejó caer una tarjeta de visita en el chaleco de James Edward McCoy.

Cardiff contempló las calles desiertas. Imaginó los alaridos de los trenes que llegaban cargados de reporteros bulliciosos. Mentalmente vio un remolino de prensa que aspiraba la ciudad y se la llevaba girando hacia la nada.

—Bien —McCoy se plantó ante él—. ¿Dónde está la gente?

—Parece que eso es un misterio —dijo Cardiff.

—¡Voy a enviar mi primer artículo ahora!

—¿Y cómo lo vas a hacer? No hay telégrafo ni teléfono.

—¡Santo cielo! ¿Cómo demonios viven?

—Son aerófilos, orquídeas, respiran el aire. No lo has examinado todo. Antes de que te marches con el rabo entre las piernas, hay un sitio que debo enseñarte.

## CAPÍTULO 22

Cardiff condujo a McCoy al enorme patio de piedras inmóviles y ángeles sin vuelo. McCoy contempló las lápidas.

—Maldición. Hay montones de nombres, pero ninguna fecha. ¿Cuándo murieron?

—No lo han hecho —dijo Cardiff en voz baja.

—Santo Dios, déjame mirarlo bien.

McCoy dio seis pasos al oeste, cuatro pasos al este, y llegó hasta...

La tumba abierta con un ataúd abierto y una pala arrojada a un lado.

—¿Qué es esto? ¿Hay un funeral hoy?

—La cavé yo —dijo Cardiff—. Estaba buscando algo.

—¿Algo? —McCoy lanzó de una patada varios terrones de tierra a la tumba—.

Sabes más de lo que dices. ¿Por qué estás protegiendo a este pueblo?

—Todo lo que sé es que podría quedarme.

—Si te quedas, no podrás decirle a esta gente toda la verdad: que vienen las excavadoras y las mezcladoras de cemento, los directores funerarios del progreso. Y si te marchas, ¿se lo dirás antes de irte?

Cardiff sacudió la cabeza.

—Entonces ¿eso me deja a mí como guardián de sus virtudes? —dijo McCoy.

—Dios, espero que no —Cardiff se agitó junto a la tumba abierta. Los terrones tamborilearon sobre el ataúd.

McCoy retrocedió, mirando nervioso la tumba abierta y el ataúd vacío.

—Espera —una extraña expresión asomó a su cara—. ¡Dios mío, apuesto a que me has traído aquí para impedir que telefonee, o incluso que intente marcharme del pueblo! Tú...

Al decir esto, McCoy giró, perdió pie y cayó.

—¡No! —exclamó Cardiff.

McCoy cayó despatarrado en el ataúd, los ojos muy abiertos, y vio caer la pala, tal vez por accidente o quizá lanzada con ímpetu asesino, nunca lo supo. La pala le golpeó la frente. La sacudida cerró la tapa del ataúd. Se cerró sobre sus ojos aturridos y ahora sin color.

El golpe de la tapa del ataúd sacudió la tumba y provocó lluvias de tierra, que cubrieron la caja.

Cardiff se quedó allí, sorprendido y aturrido, un kilómetro por encima.

¿Había resbalado McCoy, se preguntó, o había sido *empujado*?

Su pie desplazó otra lluvia de tierra. ¿Oyó a alguien chillando bajo la tapa? Cardiff vio a sus zapatos lanzar más tierra al silencio. Con la caja ahora oculta, retrocedió, gimiendo, miró la lápida marcada con el nombre de otro, y pensó: «Hay que cambiar eso.»

Y entonces se dio la vuelta y salió corriendo, tropezando, del cementerio.

## CAPÍTULO 23

«He cometido un asesinato», pensó Cardiff.

«No, no. McCoy se enterró solo. Resbaló, cayó, y cerró la tapa.»

Cardiff caminó casi de espaldas por el centro de la calle, incapaz de apartar la mirada del cementerio, como si esperase que McCoy apareciera, resucitado como Lázaro.

Cuando llegó al Gran Mirador Egipcio, subió tambaleándose por el camino de acceso y entró en la casa, inspiró profundamente y se dirigió a la cocina.

Algo rico se estaba cociendo en el horno. Una tarta de albaricoque caliente aguardaba en el alféizar de la despensa. Había un suave susurro bajo la nevera, donde el perro lamía el agua fresca al calor del verano. Cardiff dio marcha atrás. «Como un cangrejo —pensó—, nunca hacia adelante.»

Al otro lado del ventanal vio, en el enorme prado tras la casa, dos docenas de mantas brillantes dispuestas como un tablero de ajedrez con los cubiertos colocados, platos vacíos esperando, jarras de cristal con limonada y vino, todo preparado para un picnic. Fuera oyó el suave tamborileo de unos cascos.

Tras salir al porche, Cardiff miró la acera. *Claude*, el amable e inteligentísimo caballo, estaba allí, junto a la carreta del pan vacía.

*Claude* lo miró.

—¿No hay pan que repartir? —preguntó Cardiff.

*Claude* lo miró con grandes ojos marrones húmedos, y guardó silencio.

—¿No seré yo a quien hay que transportar? —dijo Cardiff, en voz lo más baja posible.

Se acercó y subió a la carreta.

«Sí» fue la respuesta.

*Claude* echó a andar y lo llevó por la ciudad.

## CAPÍTULO 24

Estaban pasando junto al cementerio.

«He cometido un asesinato», pensó Cardiff.

Y, siguiendo su impulso, exclamó:

—¡*Claude!*

*Claude* se detuvo y Cardiff saltó de la carreta y corrió al cementerio.

Descendió a la tumba y, lleno de pánico, extendió las manos para alzar la tapa.

McCoy estaba allí, no muerto sino dormido tras haberse rendido, y ahora echaba una siesta.

Resoplando, Cardiff le habló a su terrible enemigo, alegre de que estuviera vivo.

—Quédate aquí —dijo—. No lo sabes, pero vas a irte a casa.

Dejó caer suavemente la tapa, cuidando de insertar una ramita en el hueco entre la parte superior y la inferior para que entrara aire.

Corrió de regreso con *Claude*, quien, al sentir que habían acabado, echó a andar de nuevo a buen trote.

Alrededor, los porches y patios estaban vacíos.

«¿Dónde ha ido todo el mundo?», se preguntó Cardiff.

Tuvo su respuesta cuando *Claude* se detuvo.

Se encontraban ante un edificio de ladrillo, grande y bastante bonito, su entrada flanqueada por dos esfinges egipcias tendidas, medio leonas y medio diosas, con rostros a los que casi podía darles nombre.

Cardiff leyó estas palabras: «BIBLIOTECA MEMORIAL ESPERANZA.»

Y en letras más pequeñas, debajo: «CONOCED LA ESPERANZA, TODOS LOS QUE ENTRÉIS AQUÍ.»

Subió los escalones de la biblioteca y se encontró a Elías Culpepper de pie ante las grandes puertas dobles. Culpepper parecía estar esperándole, y le indicó que se sentara en los escalones.

—Le hemos estado esperando —dijo.

—¿Hemos? —preguntó Cardiff.

—Toda la ciudad, o casi —dijo Culpepper—. ¿Dónde ha estado?

—En el cementerio.

—Pasa demasiado tiempo allí. ¿Hay algún problema?

—Ya no, si puede ayudarme a enviar algo a casa por correo. ¿Pasará algún tren mañana?

—Debería pasar uno hoy en cualquier momento —dijo Elías Culpepper—. Pero no se parará. Eso no ha sucedido desde...

—¿Puede hacersele parar?

—Podríamos intentarlo con bengalas.

—Tengo un paquete que quiero enviar, si puede detenerlo.

—Encenderé las bengalas —dijo Culpepper—. ¿Adónde va el paquete?

—A casa —repitió Cardiff—. Chicago.

Escribió un nombre y una dirección en una hoja arrancada de su libreta, y le entregó a Culpepper el trozo de papel.

—Considérelo hecho —dijo Culpepper. Se puso en pie—. Ahora creo que debería entrar.

Cardiff se volvió, empujó las grandes puertas de la biblioteca y entró.

Leyó un cartel sobre el mostrador principal: «*CARPE DIEM. APROVECHA EL DÍA.*» También podría haber dicho: «*COGE UN LIBRO. ENCUENTRA UNA VIDA. CREA UNA METÁFORA.*»

Paseó la mirada para encontrar a gran parte de la población sentada ante docenas de mesas, los libros abiertos, leyendo y manteniendo el SILENCIO que otros carteles sugerían.

Como tirados por una sola cuerda, se volvieron, saludaron a Cardiff con la cabeza, y volvieron a sus libros.

La joven tras el mostrador principal de la biblioteca era de una belleza increíble.

—Dios mío —susurró él—. ¡Nef!

Ella levantó la mano y señaló, y luego le invitó a seguirla.

Caminó ante él y bien podría haber tenido una linterna en la mano para iluminar los tenues montones de libros, pues su rostro era luz. Dondequiera que mirara, la oscuridad retrocedía y una suave luz acariciaba las letras de oro en los estantes.

El primer montón estaba marcado: «*ALEJANDRÍA UNO.*»

Y el segundo: «*ALEJANDRÍA DOS.*»

Y el último: «*ALEJANDRÍA TRES.*»

—No lo digas —dijo él en voz baja—. Déjame a mí. Las bibliotecas de Alejandría, quinientos o mil años antes de Cristo, sufrieron tres incendios, quizá más, y todo ardió.

—Sí —dijo Nef—. Este primer montón contiene todos o la mayoría de los libros que se quemaron en el primer incendio, un accidente.

»Esta segunda pila contiene todos los libros perdidos y todos los textos destruidos en el terrible año del segundo incendio, también un accidente.

»Y el último, el tercero, contiene todos los libros perdidos en la tercera conflagración... un incendio provocado por la turba, con el que se destruyeron adrede obras de historia, arte, poesía en el año 455 antes de Cristo.

»En el año 455 antes de Cristo —repitió en voz baja.

—Dios mío —dijo él—, ¿cómo se salvaron, cómo llegaron aquí?

—Nosotros los trajimos.

—¿Cómo?

—Somos ladrones de tumbas —Nef pasó los dedos por los estantes—. Para beneficio de la mente, la extensión del alma, sea lo que sea el alma. Sólo podemos intentar describir el misterio. Mucho antes de Schliemann, que descubrió no una sino veinte Troyas, nuestros antepasados fueron los descubridores y guardianes de la más grande biblioteca de todos los tiempos, una que nunca ardería, que duraría eternamente y que brindaría a todos los que entraran en ella a investigar la oportunidad de correr tras una pieza extra de la existencia. Este edificio es absolutamente a prueba de incendios. De un modo u otro, ha viajado desde Moisés, César, Cristo, y continuará hacia el nuevo Apolo y la luna que alcanzará el cohete auriga.

—Pero, de todas formas —dijo él—, esas bibliotecas se perdieron. ¿Son estos duplicados de duplicados? Lo perdido se encontró, ¿pero cómo?

Nef se rió en voz baja.

—Fue una tarea difícil. Ha llevado siglos; un libro aquí y otro allá, una obra de teatro en un sitio, un poema en otro. Un enorme rompecabezas, donde hay que encajar las piezas.

Se acercó a la cómoda luz del ocaso que entraba por los ventanales de la biblioteca, pasando los dedos por los nombres y los títulos.

—¿Recuerdas cuando la esposa de Hemingway dejó olvidada en un tren su novela manuscrita, perdida para siempre?

—¿Se divorció de ella o la mató?

—El matrimonio sobrevivió algún tiempo. Pero ese manuscrito está aquí.

Él miró la ajada etiqueta mecanografiada: «AL PIE DEL KILIMANJARO.»

—¿La has leído?

—Tememos hacerlo. Si es tan buena como otras obras tuyas, nos romperá el corazón porque debe permanecer perdida. Si es mala, podríamos sentirnos aún peor. Quizá Papá sabía que lo mejor era que permaneciera perdida. Escribió otro Kilimanjaro, esta vez con Nieves.

—¿Cómo demonios lo encontrasteis?

—La semana que se perdió pusimos un anuncio, lo cual es más de lo que hizo Papá. Le enviamos una copia. Nunca respondió, y las «Nieves» se publicó un año más tarde.

Ella acarició otros volúmenes.

—El último poema de Edgar Allan Poe, rechazado. El último relato de Herman Melville, inédito.

—¿Cómo?

—Los visitamos en su lecho de muerte en sus últimas horas. El moribundo a veces delira. Si se conoce el lenguaje de los delirios es posible traducir sus extrañas y tristes verdades. Los asistimos como guardianes especiales por la noche; y

convocamos una última chispa vital y escuchamos con atención; y conservamos sus palabras. ¿Por qué? Puesto que somos pasajeros del tiempo, pensamos que es adecuado salvar lo que pueda salvarse en nuestro camino hacia la eternidad, conservar lo que podría perderse si se descuida, y añadir un poquito de nuestra larga y viajera vida. No sólo hemos guardado Troya y sus ruinas y removido las arenas egipcias en busca de sabias piedras que ponemos bajo la lengua para hablar de forma más clara, sino que, como los gatos, hemos inhalado el aliento de los mortales, aspirado y publicado sus susurros. Como nos han concedido largas vidas, lo menos que podemos hacer es pasar ese don a objetos inanimados (novelas, poemas, obras), libros que cobran vida cuando los escruta un ojo vivo. Nunca debes recibir un regalo, nunca, sin devolverlo dos veces. Desde Jesús de Nazaret hasta mañana al mediodía, nuestro bagaje es la biblioteca y su habla silenciosa. Cada libro es Lázaro, ¿sabes? Y el lector, al abrir sus páginas, llama a Lázaro para que se presente. Y él vuelve a vivir, el libro vive de nuevo, las palabras muertas calentadas por la mirada.

—Nunca pensé... —dijo Cardiff.

—Piensa —ella sonrió—. Ahora creo que es hora de un picnic, para celebrar no sabemos qué. Pero debemos celebrar.

## CAPÍTULO 25

El picnic estaba preparado sobre el césped del patio trasero del GRAN MIRADOR EGIPCIO.

—¡Que hable! —exclamó alguien.

—No sé por dónde empezar —dijo Cardiff.

—¡Por el principio!

Hubo risas amables.

Cardiff tomó aire y se lanzó.

—Como quizá sepan, el Departamento de Carreteras del Estado ha estado haciendo mediciones desde Phoenix hacia el este y el norte, y desde Gallup hacia el norte y el oeste. Las medidas exactas de una nueva autopista alcanzarán la latitud 89 a ciento veinte kilómetros al oeste de la longitud 40.

Alguien al otro lado del picnic dejó caer su sándwich y exclamó:

—¡Dios mío, ahí estamos nosotros!

—¡No! —gritó alguien más. Y una docena susurró:

—¡No!

—Eso no es posible —dijo alguien.

—Con el gobierno, todo es posible —dijo Cardiff, tranquilamente.

—No pueden hacer eso —gimió una de las damas.

—Sí que pueden. Ninguna de las carreteras que hay en su estado ha sido sometida nunca a votación. Los constructores son su propia conciencia.

—¿Ha venido hasta aquí para avisarnos? —dijo Elías Culpepper.

Cardiff se ruborizó.

—No.

—¿Iba a mantenerlo en secreto?

—Quería ver su pueblo. No planeé nada. Supuse que todos lo sabían.

—No sabíamos nada —dijo Elías Culpepper—. Dios todopoderoso. ¡Bien podría decir que el Vesubio amenaza con entrar en erupción en los límites de nuestra población!

—He de admitir que cuando vi sus caras, desayuné, almorcé y cené con ustedes, supe que no podría marcharme sin decírselo —dijo Cardiff.

—Díganoslo otra vez —dijo Elías Culpepper.

Cardiff miró a Nef, quien le hizo un levísimo gesto con la cabeza.

—El Departamento de Carreteras del Estado...

Cayó un rayo. El suelo tembló. Un cometa golpeó la Tierra. Los gatos saltaron de los tejados. Los perros se mordieron las colas y murieron.

Y el terreno del picnic, la dulce hierba, quedó vacío.

«Jesús —pensó Cardiff—, ¿he hecho yo esto?»

—Necio, idiota, estúpido, tonto, idiota, necio —murmuró.

Abrió los ojos y vio a Nef, que lo llamaba desde un promontorio de verde césped.

—Ven a la sombra. Morirás de insolación.

Y él se internó en la sombra.

## CAPÍTULO 26

«Dios mío, —pensó Cardiff—, incluso los girasoles se han vuelto.» No podía verles la cara, pero estaba seguro de que le dirigían una mirada feroz.

—Estoy vacío —dijo por fin—. He contado todos mis secretos. Ahora, Nef, debes contarme los tuyos.

—Bueno —dijo ella, y empezó a sacar sándwiches de una cesta, cortó pan, lo untó de mantequilla y se lo ofreció mientras hablaba—. Todos los de este pueblo estuvieron alguna vez en otro sitio —dijo—. Llegamos uno a uno. Hace mucho, mucho tiempo, nos cruzamos en Roma o París o Atenas o Dallas o Portland hasta que, mucho después, descubrimos que había un sitio donde podíamos reunirnos. Santuario, Arizona, fue uno de los nombres, pero era una tontería. Supongo que Summerton es igual de tonto, pero encaja. Tiene que ver con las flores y la supervivencia. Todos crecimos en Madrid o o Dublín o Milwaukee, algunos en Francia o Italia. Al principio, hace muchísimo tiempo, hubo algunos niños, pero a medida que fue pasando el tiempo les entró fiebre. No tenía nada que ver con el vino o las flores, nada que ver con el entorno o las familias, aunque parece que fue genético. Supongo que nos podrías llamar «mutaciones». Ese término que se aplica a lo que no se puede explicar. Los darwinianos decían que la evolución consistía en saltos genéticos, sin relaciones intermedias. De repente, miembros de una familia cuyos antepasados habían vivido hasta los setenta años vivían hasta los noventa, hasta los cien. Otros, aún más. Pero lo curioso, naturalmente, era que había gente entre nosotros (hombres y mujeres jóvenes) que no cambiaban mucho, y luego simplemente no cambiaron nada. Mientras todos nuestros amigos sufrían la enfermedad y la vejez, los extraños nos quedamos atrás. Fue un largo picnic extendido por todo el continente americano y toda Europa. Y nosotros, los solitarios, fuimos la excepción a la regla de «crecer, envejecer y luego morir». Durante un tiempo, apenas percibimos esta peculiar longevidad nosotros mismos, excepto para advertir que nos sentíamos bien y teníamos buen aspecto mientras nuestros amigos saltaban de cabeza a la tumba. Los peculiares nos deteníamos a media primavera con el verano siempre a la vuelta de la esquina, y el otoño más lejos al final del camino, ni siquiera un rumor. ¿Tiene sentido algo de esto?

Cardiff asintió, fascinado por lo que ella estaba contando; el fluir y la belleza de su narración hacían que, de algún modo, fuera creíble.

—La mayoría de nuestros encuentros fueron por casualidad —continuó ella—.

Un trayecto en ferry, un viaje en barco, coincidir en un ascensor, chocar al atravesar una puerta, un lugar a la mesa, una mirada de pasada en una calle del siglo XVII; pero en algún lugar del tiempo nos detuvimos y preguntamos de dónde veníamos, qué estábamos haciendo y qué edad teníamos, y vimos la mentira en los rostros de cada uno. «Tengo veinte años, tengo veintidós, tengo treinta», decíamos mientras tomábamos el té o una copa en un bar, pero la verdad no estaba allí. Habíamos nacido durante el reinado de Victoria, o cuando asesinaron a Lincoln, o cuando Enrique VIII colocó la cabeza de su reina en el cadalso. La verdad tardó muchos años en alzarse, uno aquí, dos allí, hasta que nuestros verdaderos nacimientos se revelaron. «Santo Dios», —exclamamos—. «Somos los gemelos del Tiempo. Tú tienes noventa y cinco, sí, y yo ciento diez.» Y estudiamos la cara del otro, como en un espejo, y vimos las suaves lluvias de abril y el soleado mayo en vez del lluvioso octubre, el oscuro noviembre y la Navidad sin ninguna luz. Lloramos. Y cuando el llanto cesó comparamos infancias largamente perdidas y los matones que nos habían atormentado por ser diferentes, y no saber por qué. Los amigos nos abandonaban cuando de pronto tenían cincuenta o sesenta y nosotros aún parecíamos recién salidos del instituto. Los matrimonios fracasaron y la tumba nos negó todo descanso. Y nos quedamos atrapados en un gran mausoleo que resonaba con risas de viejos amigos de colegio ahora incinerados o que, si aún vivían, llevaban muletas y pilotaban sillas de ruedas. Pronto descubrimos, por instinto, que era mejor seguir moviéndose, ir a nuevas ciudades donde emprender nuevas vidas, almas viejas en cuerpos nuevos, mentir sobre nuestro pasado. No fuimos felices, entonces. Nos volvimos felices. ¿Cómo? Después de siglos, nos llegó el rumor de una nueva población. El mito de un hombre que cruzó a caballo un gran desierto y se perdió en el vacío, que construyó una cabaña y esperó a que llegaran otros. Colocó un anuncio en una revista que promociaba el clima joven, los tiempos nuevos, las nuevas circunstancias. Contenía multitud de pistas que podían ser descubiertas por rarezas semejantes en Oswego y en Peoria, por compañeros solitarios que veían la decadencia de sus amigos por todas partes y oían la tierra resonar sobre demasiados ataúdes. Se palparon los miembros, aún tan duros como el día de su graduación, y se preguntaron por su desolación. Leyeron y volvieron a leer el extraño anuncio que prometía un refugio, un nuevo lugar, aún sin nombre. Un pueblo que era pequeño, pero crecía. Sólo podían acudir personas que tuvieran veintiún años. Bueno, ¿ves? ¡Pistas! No declaraciones directas. Pero los solitarios de todas partes, desde Deadfall, Dakota, y Wintersshade, Inglaterra, sintieron que el pelo de sus nuca se erizaba e hicieron las maletas. Tal vez, pensaron, merecería la pena el tiempo y el viaje. Y lo que fue una vez un alto en el camino se convirtió en una estafeta, una posta del Pony Express, y luego una remota estación de tren, donde los desconocidos se miraban a la cara y encontraban el amanecer de ayer en vez de la medianoche de mañana. Los impulsaba algo más que el derecho de nacimiento. Los impulsaba un hecho terrible y final: ninguno podía engendrar hijos.

—¿Se redujo a eso? —susurró Cardiff.

—Sí, finalmente sucedió. Vivíamos más tiempo pero a un precio. Tuvimos que ser nuestros propios hijos, al no tener ninguno. Así, año tras año, los forasteros se fueron bajando del tren, o llegaron a caballo, o recorrieron el largo camino y nunca miraron atrás. Hacia 1900 Summerton tenía plantadas sus cosechas, sus huertos llenos, sus templetos contruidos, su vida social establecida, y las comunicaciones del mundo pasaban pero no entraban. No había radios, ni television, ni periódicos, bueno, casi ninguno. Existía y existe el *Culpepper Summerton News*, con pocas noticias, pues nadie nacía y casi nadie moría. De vez en cuando alguien se caía por las escaleras, o de una escalerilla, pero solíamos curarnos rápido. No había coches, no había accidentes. Pero todos estábamos ocupados, ocupados cultivando comida, socializando, escribiendo, soñando. Y luego, claro, estaban los romances, pues aunque no pudiéramos reproducimos, aún podíamos vivir la pasión. Una población perfecta, reunida desde los cuatro rincones de la creación, un rompecabezas hermosamente encajado y sin aristas. Todo el mundo tenía un empleo, algunos escribían poemas, otros novelas, todos eran publicados en lugares lejanos, principalmente fantasías de ciudades increíbles; los lectores pensaban que los relatos eran producto de una imaginación descabellada, pero nosotros estábamos viviéndolos. Y así es. Es esto. Un clima perfecto, un pueblo perfecto, unas vidas perfectas. Vidas largas. La mayoría de nosotros le estrechó la mano a Lincoln, asistió a las honras fúnebres en la tumba de Grant, y ahora...

—¿Ahora? —dijo Cardiff.

—Eres un mensajero del destino que viene a destruirnos.

—No soy el mensaje, Nef. Aunque lo haya traído, sí.

—Lo sé —dijo Nef, en voz baja—. Pero cómo desearía que te marcharas y volvieras con una verdad mejor.

—Si pudiera, Dios me ayude, Nef, gustosamente os la traería.

—Ve —dijo ella—. Por favor. Encuéntrala y tráela aquí.

Pero sólo pudo permanecer sentado en la hierba verde del verano eterno y dejar que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

## CAPÍTULO 27

—Y ahora... —dijo Nef.

—¿Ahora? —dijo Cardiff.

—Debo demostrar que no deseo matar al portador de malas noticias. Ven.

Y ella lo guió a través del prado donde las mantas del picnic aún yacían tendidas como después de una tormenta, apartadas y medio enrolladas; y unos cuantos perros habían llegado con un ejército de hormigas mientras varios gatos esperaban a que las bestias se marcharan; y Nef caminó entre ellos y abrió la puerta principal del Gran Mirador Egipcio y, agachando la cabeza, ruborizándose, Cardiff entró rápidamente, pero ella ya se hallaba en las escaleras, y casi las había subido antes de que él llegara al primer escalón; y entonces se encontraron en la habitación de la torre, y él miró y vio que la enorme cama estaba deshecha, y la ventana abierta con las cortinas agitadas por el viento, y en el reloj de la torre dieron las cuatro de la tarde; y Nef alzó los brazos y una gran y suave flor de sábana se alzó como una nube de verano sobre la cama, y él agarró su mitad y entre los dos la colocaron suavemente, convirtiendo la cama en un campo blanco, para cubrir su cara. Y dieron un paso atrás y vieron la tarde exhalar e hinchar los encajes y agitar las cortinas hacia la cama, como un otoño con nieves que no llegan nunca, y había un vaso de limonada en cada mesilla de noche, y la mirada interrogante de él hizo que ella se riera y sacudiera la cabeza. Sólo limonada, nada más.

—Porque yo te emborracharé —dijo.

Fue una larga caída hasta la cama. Ella llegó una eternidad después. Él se hundió bajo blancas sábanas de nieve y recordó toda su vida, en un latigazo de memoria.

—Dilo —la oyó exclamar, desde muy lejos.

—Oh, Nef, Nef —gritó él—. ¡Te quiero!



Anochecía. Las cortinas de encaje continuaban moviéndose en una nevada blanca sobre ellos. Los adornillos de cristal chino del porche tintineaban. Yacían cogidos de la mano, queridos amigos amorosamente reencontrados, los ojos cerrados, bebiendo el silencio, vestidos sólo por la luz del sol de la tarde y el clima, y por fin ella dijo:

—¿Qué te parecería vivir unos cuantos cientos de años? —Y añadió—: O para siempre, lo que prefieras.

—Para siempre, creo —dijo él.

—Bien —su mano se tensó sobre la suya—. ¿Confías en mí?

—Sí. No. Sí.

—¿Qué?

—Estoy confuso. No soy una de vuestras milagrosas «mutaciones» históricas de larga vida. ¿Podéis convertirme en una?

—Viniste a nosotros, recuerda.

—Pero por dos motivos. Para ver vuestro pueblo antes de que queda... enterrado bajo el cemento. Y para traer la noticia de vuestra destrucción, que no conocíais, y tenía que contaros. Dos motivos.

—Tres —dijo ella—. Había en ti una sensación, como en la mayoría de nosotros, como el palomo que vuelve a casa, algo impreso en tu sangre o tras tu rostro, un fantasma en la cabeza. ¿Y por qué no? El espectro de una necesidad, igual que a nosotros nuestros fantasmas nos obligan a movernos y nos permitían reconocernos unos a otros cuando nos encontrábamos en las esquinas de las calles o en los trenes de paso. Tu tercer motivo para venir aquí fue tan natural como respirar. Viniste buscando tu lugar, pero como no podías admitirlo, buscaste otros motivos. Eres como nosotros, o casi. Tienes la inclinación, la gramática necesaria impresa en tus genes para vivir cuatro veces la edad que tienes ahora. Sólo podemos animarla con nuestra compañía y, por supuesto, el clima, la comida, y el vino.

—¿Acaso puede embotellarse la fuente de la juventud?

—No, no —se rió ella en voz baja—. No existe esa medicina, ninguna cura. Sólo administramos lo que Dios nos dio primero. Algunas personas no se resfrían nunca, nunca se rompen un hueso, no les duele la cabeza, beben sin tener resaca, escalan montañas sin tener que detenerse a descansar, siguen siendo apasionados, todo un regalo de Dios. El regalo que a nosotros nos hizo el Dios de Darwin o el Darwin de Dios fue simplemente formar parte de una fiesta en movimiento, de una herencia que nada corriente arriba contra la muerte. Oh, Señor —se rió suavemente—. ¿Cómo pueden las fiestas en movimiento nadar contra corriente? Pero ya entiendes lo que quiero decir. Niegas esa oscura marea que se hunde en la noche. De otro modo no estarías aquí, escuchando a una idiota.

—Amada idiota, loca dama, hermosa lunática —murmuró él.

—Ahora, déjame ofrecerte la explicación final de mi misma y de todos los amigos que has conocido aquí. La gran «medicina» fue descubrir que estábamos vivos y que nos encantaba. Hemos celebrado cada día de nuestras vidas. La celebración, el júbilo de adorar ese regalo, nos ha mantenido jóvenes. ¿Parece imposible? Simplemente saber que estás vivo y mirar al sol y disfrutar del clima y expresarlo en cada momento de tu existencia, eso asegura nuestra longevidad. Vivimos cada momento de nuestra existencia al máximo, y eso es una medicina magnífica. De ese modo negamos la oscuridad. Ahora piensa en lo que he dicho y háblame de tu futuro.

Él se recostó y contempló el techo en busca de respuestas.

—¡Santo cielo! —dijo—. No lo sé. Tengo obligaciones allá en casa. Muchos amigos. Mis padres aún viven. Hay una mujer con quien llevo prometido casi dos años... ¡dos años, piénsalo! He estado arrastrando los pies, ganando tiempo, el varón típico. Tantos cabos sueltos, tantos nudos por atar, adioses que decir. Intento pensar y no sé qué pensar. Sé que amo a este pueblo, a esta gente, y a ti. Dios, estoy en medio del amor y temo seguir cayendo. Es demasiado en tan pocos días.

Ella esperó y también vio en el techo un atisbo de su futuro.

—No seré el gato en tu pecho que te roba el aire que necesitas respirar —dijo—. Pero tienes que decidir. Y he reservado una última cosa para el final. Si te quedas serás en muchos aspectos el centro de nuestra existencia. Desde luego, serás el centro de la mía. Porque, como bien sabes, no nacen niños en este pueblo desde hace mucho, mucho tiempo.

—Y pronto —intervino él por fin— nacerá el primer niño nuevo y alguien debe de ser el padre. Quizá ese padre sea yo.

—Quizá lo seas —ella se colocó las manos sobre el vientre, como tratando de sentir una presencia—. Quizá lo eres.

—Sería toda una responsabilidad.

—Bien —dijo ella—. He puesto una gran carga sobre ti. Debo dejarte marchar y esperar que regreses. Pero debes decidir pronto. No estaremos aquí mucho tiempo, pronto el pueblo desaparecerá. Nos marchamos.

—¿Es posible?

—Sí. Ha sucedido muchas veces antes, antes incluso de que Summerton existiera. Llevamos nuestros hogares en nuestras cabezas. Por todo el país, desde Providence hasta Kansas, a lugares más al oeste. Si no podemos salvar este pueblo, lo quemaremos y dispersaremos las cenizas. No volveremos a ser descubiertos. Los matones nunca deben saber que existimos.

—Oh, Dios —dijo él—. Es una carga. Déjame dormir. A veces en sueños encuentro las respuestas.

—Duerme, entonces.

—Tú —dijo él—. No el clima, ni la genética, tú, querida Nef —hizo una pausa—, eres la fuente de mi juventud.

—Déjame que vuelva a hacerte joven otra vez —dijo ella.

Y selló su boca con la suya.

## CAPÍTULO 28

Él durmió y soñó.

Estaba en el tren, viajaba hacia el este, y de repente estuvo en Chicago, y todavía más de repente estuvo delante del Instituto de Arte; y subió las escaleras y atravesó los pasillos hasta detenerse delante del gran cuadro *Domingo en el parque*.

Había una mujer junto al cuadro; se dio la vuelta y era su prometida.

Mientras la miraba, ella se hizo vieja, ajándose ante sus ojos, y le dijo:

—Has cambiado.

—No —respondió él—, no he cambiado nada.

—Tu cara es diferente. Has venido a decir adiós.

—No, sólo a ver cómo estás —dijo él.

—No, has venido a decir adiós.

Y mientras la miraba, ella se hizo aún más vieja y él se sintió muy pequeño, allí de pie delante del cuadro y tratando de pensar algo que decir.

De golpe desapareció.

Él salió del edificio y allí, al pie de las escalinatas, había siete u ocho amigos suyos.

Mientras los miraba, se hicieron viejos y dijeron las mismas cosas que ella había dicho.

—Has venido a decir adiós.

—No —insistió él—. No, no he venido por eso.

Entonces se dio la vuelta y corrió de vuelta al edificio, un joven súbitamente viejo entre viejos cuadros.

Y entonces despertó.

## CAPÍTULO 29

Permaneció sentado durante largo rato escuchando al viento aullar en la chimenea y los canalones para recoger la lluvia.

La vieja casa crujía en la marea de la noche y luego se sumergió y desapareció, fuera de la vista de la tierra y la luz.

Las ratas pintaron grafiti en las paredes y las arañas tocaron arpas tan agudas que sólo los pelos dentro de las orejas oían y temblaban.

«¿Qué se pierde y qué se gana? —se preguntó—. ¿Cuánto se marcha y cuánto permanece?»

«¿Qué decidir?», pensó.

«Muy bien -se dijo—. ¿Qué? ¿Cuál?»

Ni una sacudida de la oscuridad en su cabeza. Ni un eco.

Sólo un susurro: *duerme*.

Y volvió a dormir y apagó la luz tras sus oídos.

Oyó silbar una locomotora a través de sus sueños.

El tren se deslizaba, corriendo en la noche, tomando las curvas bajo la luna, golpeando las largas rectas, lanzando polvo, esparciendo chispas, trazando ecos, y él estaba dormido y ausente, y de algún modo las palabras familiares volvieron a su cabeza:

*Un beso y todo el tiempo es tu dominio,  
una caricia y ninguna muerte puede ser fría.  
Una noche aleja la opinión del cementerio,  
una hora y nunca envejecerás.  
Bebe a fondo el vino de la eternidad,  
donde todo hombre es docto y listo,  
y dos mil millones de amores no bastan.*

Gritó en su sueño: «¡No!» Y luego otra vez: «Oh, Dios, sí.» Y unas últimas palabras deletrearon sus sueños:

*En algún lugar toca una banda,*

*toca las canciones más extrañas,  
sobre semillas de girasol y marinos,  
que crecen con las lunas más extrañas.*

Ahora estaba caminando. Su boca suspiró:

*En algún lugar toca una banda,  
¡Oh, escucha, escucha esa canción!  
Si la aprendes, bailarás para siempre,  
en junio y todavía junio y más... junio.*

El tren ya no estaba lejos. Rodeaba algunas colinas. El sol se alzaba y él supo que había cambiado de opinión.

Contempló un amanecer que era sangriento, un pueblo lleno de la luz de la despedida y un clima que era tan extraño que no lo olvidaría durante mil días.

Vio su rostro en el espejo del cuarto de baño mientras se afeitaba, y sus ojos parecían inmensamente tristes.

Bajó a desayunar, y se sentó ante el montón de rosquillas, y no comió.

Nef, frente a él, vio lo que él había visto en el espejo y se acomodó en su asiento.

—¿Te lo has pensado? —preguntó.

Él inspiró profundamente. Hasta este momento no supo qué saldría de su boca.

—Quédate —dijo ella, antes de que pudiera hablar.

—Ojalá pudiera.

—Quédate.

Y le cogió la mano.

Y era una mano cálida y la suya estaba fría. Ella parecía una diosa que se inclinara para buscar en su tumba y ayudarlo a salir.

—Por favor.

—Oh, Dios —exclamó él—. ¡Oh, Cristo, déjame! —Lloraba por dentro—. No lo comprendes. No estoy hecho para no envejecer.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Cada uno de nosotros lo sabe. Nací para vivir y morir a los setenta años. Entonces estaré saciado. El fuego de la vida, lo bueno, sube por la chimenea. Los pecados, la tristeza, lo que sea, se queda como hollín en las paredes de la chimenea. Sólo se puede acumular cierta cantidad de oscuridad. Yo he acumulado demasiada. ¿Cómo se limpia el hollín de las paredes del interior de tu alma?

—Con un deshollinador —dijo ella—. Déjame que limpie y derribe esas paredes hasta que te rías. Puedo hacerlo, si me dejas.

—No lo permitiré.

—No —dijo ella, en voz baja—. No creo que puedas. Oh, Dios, podría llorar. Pero no lo haré. Adiós.

—No me marcho todavía.

Pero yo sí. No puedo verte partir. Vuelve algún día.

—¿Crees que no regresaré nunca?

Ella asintió, los ojos cerrados.

—Lo siento —dijo él—. Es tan duro. No sé si estoy preparado para vivir ciento treinta años. Me pregunto si alguien lo está, o si puede. Es que parece tan... solitario. Dejar a todos atrás. Llegar al día en que el último amigo se marcha a la tumba.

—Harás nuevos amigos.

—Sí, pero no hay amigos como los antiguos. No se les puede sustituir.

—No. No se puede.

Ella miró hacia la puerta.

—Si te vas y decides volver para intentar encontrarnos, no esperes demasiado.

—¿O no funcionará? Lo sé. Seré demasiado viejo. Debo decidirme antes de tener... ¿cincuenta?

—Vuelve con nosotros —dijo ella.

Y de repente su silla quedó vacía.

## CAPÍTULO 30

En la estación, había girasoles en las vías. Alguien se le había adelantado y si fue Elías Culpepper, nunca lo supo.

El tren se detuvo esta vez; subió a bordo y, mientras compraba el billete al revisor, preguntó:

—¿Me recuerda?

El hombre lo miró intensamente, frunció el ceño, volvió a mirarlo y dijo:

—No puedo decir que sí.

Y el tren aumentó vapor y se marchó de la estación; y Summerton, Arizona, quedó atrás.

## CAPÍTULO 31

El tren voló sobre llanos maizales, sobre el horizonte, junto al lago y hasta la gran ciudad turbulenta situada a sus orillas; y el subió los escalones del museo y caminó entre los cuadros para sentarse ante el infinitamente intrigante Seurat, donde los paseantes del domingo permanecían inmóviles en un parque eterno.

Junto a él estaba sentada Laura, que miró el parque verde y luego a él, aturdida e insegura.

Por fin, dijo:

—¿Qué te has hecho en la cara?

—¿En la cara? —preguntó él.

—Ha cambiado.

—Yo no la he cambiado.

—¿Qué ha pasado entonces?

—Cosas. La cambiaron cosas.

—¿Puedes volver a cambiarla?

—Lo intentaré.

Y entonces, como en el sueño, pero ahora en la realidad, bajó las escalinatas del museo y todos sus amigos estaban esperando al pie de las escaleras.

Eran Tom y Pete y Will y Sam, y todos los demás, y dijeron:

—Vayamos a cenar.

—No, no tengo tiempo —dijo él.

—Sólo nos has dicho hola —dijeron ellos.

—No es fácil. Os conozco de toda la vida. Pero he cambiado. Y ahora tengo que irme.

Miró hacia atrás y en lo alto de las escalinatas estaba Laura. Una lágrima resbalaba por su mejilla mientras contemplaba su rostro tan familiar y, sin embargo, tan distinto.

Él sonrió, y se dio la vuelta y recorrió la calle hacia la estación de tren.

## CAPÍTULO 32

El tren salió del este y, sin pensar en tiempo ni lugar, se deslizó lentamente hacia más allá de un punto marcado sólo por polvo, cactus, un puñado de hojas y un montón de billetes perforados convertidos en confeti, que revolotearon por el aire y se posaron cuando el tren se marchó.

Mientras tanto, una maleta familiar cayó sobre las ruinas de un ajado andén, unas cuantas tablas de *surf* en una marea de arena, seguida de un hombre con un arrugado traje de verano que se tambaleaba como un acróbata, gritando de orgullo cuando aterrizó, tembloroso pero intacto.

—¡Maldición, lo conseguí!

Recogió su endeble maleta y contempló la desolación; se secó la frente y miró el extremo del andén donde estaba la estafeta de correos. Vio un sobre blanco en su brazo de acero y lo cogió. En el anverso del sobre vio su nombre. Miró alrededor, estudiando treinta mil acres de polvo revoloteante, sin camino que saliera o llegara de la desolación.

—Bien —susurró—. He regresado. Así que...

Abrió el sobre y leyó:

«Mi querido James. Así que has vuelto. ¡Tenías que hacerlo! Han pasado muchas cosas desde que te marchaste.»

Se detuvo y contempló el desierto vacío donde una vez se había alzado Summerton, Arizona.

Regresó a la carta:

«Cuando leas esto, nos habremos ido. No quedará más que arena y unas cuantas huellas que pronto borrará el viento. No esperamos a que llegaran las máquinas y sus operarios. Recogimos nuestras raíces y desaparecimos. ¿Has oído hablar de esos huertos que antes crecían cerca de ciertos pueblecitos de California? A medida que las pequeñas poblaciones se convirtieron en grandes ciudades, los naranjos desaparecieron. Sin embargo, cuando los conductores que pasan por allí miran hacia las montañas ven que, de algún modo, esos huertos han volado y se han posado al pie de las colinas, verdes y florecientes, lejos de la estampida de la gasolina.

»Bien, querido James, así somos nosotros. Somos como esos huertos. Hemos oído, a lo largo de los años, a altas horas de la noche, a la gran boa constrictor, la terrible serpiente interminable de asfalto, cernirse sobre nosotros casi sin sonido,

ningún hombre maldiciendo ni gritando, ningún tractor acelerando, ni el motor de ningún camión en marcha, sino sólo un terrible siseo oleoso, el sonido de los reptiles serpenteando por la hierba o agitando la arena, sin nadie montando sus bucles y pliegues; la fatalidad misma, sin mente pero atraída por el calor de los cuerpos, el calor de la gente. Y así, atraída por el calor como los reptiles, vino buscando perturbar nuestro sueño, expulsarnos de nuestros hogares. Todo esto lo imaginamos en nuestros sueños mucho antes de que tú llegaras con tu horrible carga de noticias. No dejes que eso pese demasiado en tu alma. Ya sabíamos que llegaría este día; sólo era cuestión de tiempo.

»Hace años, querido James, empezamos a prepararnos para la muerte de nuestro pueblo y el éxodo de nuestra gente. Llegamos en centenares de gigantescas ruedas de madera unidas por un montón de pesados maderos y engarces de hierro. Las ruedas esperaron a las afueras de nuestro pueblo durante años, junto con los maderos que se secaban al sol.

»Y entonces sonó la trompeta final, para decirlo con tu humor, en el picnic del Apocalipsis, y viste cómo palidecían los rostros ante ti con cada nueva revelación. Hubo un momento mientras hablabas en que pensé que ibas a interrumpirte y echar a correr, lleno de pánico por nuestro pánico. Sin embargo, te quedaste. Cuando terminaste, pensé que ibas a caerte y morir para así no ser testigo de nuestras muertes.

»Y cuando alzaste la cabeza nos habíamos ido.

»Sabíamos que tu corazón estaba enfermo, así que te di la medicina que tenía, mi atención y mis palabras piadosas. Y cuando te marchaste en el tren de mediodía, tomándolo en marcha, miramos todas esas ruedas de hierro y madera más allá de la ciudad, y los maderos del andén, e imaginamos nuestras casas, graneros y huertos transportados tan lejos que nadie pudiera sospechar que este lugar había existido y ya no existía.

»Habrás visto esos desfiles solitarios, esas casas erguidas sobre plataformas de madera y tiradas como juguetes por las calles, a la espera de ocupar solares vacíos mientras sus antiguos emplazamientos se convierten en polvo, ¿verdad? Multiplícalo por trescientas casas y serás testigo de un desfile de paquidermos, un pueblo entero deslizándose hacia el pie de las montañas, seguido por los árboles de los huertos.

»Suenan imposibles. Sin embargo, piensa en los preparativos que se hacen en tiempos de guerra, en los planos, los logros finales; en los miles de barcos, las decenas de miles de tanques y cañones; en las docenas de miles de rifles, de balas; en los millones de cascos de hierro, las decenas de millones de camisetas y chaquetas. Qué complicado pero qué necesario cuando la guerra estalla y nosotros corremos. Cuánto más simple nuestra tarea de desenraizar un pueblo, huir y hacerlo renacer con ruedas.

»Con el tiempo, nuestras fiebres se convirtieron en un himno triunfal en vez de una marcha fúnebre. Nos vimos empujados por el trueno imaginado, el siseo amenazante de esa nueva carretera más allá de la cordillera oriental. De noche podíamos oír la carretera viniendo hacia nosotros a toda máquina, corriendo para

alcanzamos antes de que desapareciéramos.

»Bien, las máquinas que vomitan asfalto y que remueven tierra no nos alcanzaron. El último día de nuestra huida la estación en ruinas se quedó allí, donde tú estás, rodeada por una jungla de naranjos y limoneros. Fueron los últimos en irse, una hermosa excursión de huertos de dulces olores que cruzó el desierto en columnas de a cuatro para nutrir nuestra población recién oculta.

»Ahí lo tienes, querido James. Nos marchamos y no dejamos ningún guijarro, ninguna piedra, ninguna escalera de sótano, ninguna lápida del cementerio. Todo, todo fue transportado.

»Y cuando llegue la carretera, ¿qué encontrarán? ¿Existió alguna vez un Summerton, Arizona, un juzgado, un ayuntamiento, unos terrenos para hacer picnics, una escuela vacía? No, nunca. Mira el polvo.

»Dejaré esta carta en la estafeta del andén de la estación con la esperanza de que te llegue. si regresas. De algún modo, sé que volverás. Puedo sentir tu contacto en este sobre mientras lo firmo y lo cierro.

»Cuando termines de leer esto, querido amigo y amor, entrégaselo al tiempo.»

Y debajo estaba su firma: Nef.

Él rompió la carta en cuatro, y luego en cuartas partes de cuartas partes, y otra vez más, y lanzó el confeti al aire.

«Y ahora, ¿hacia adónde?» , pensó.

Escrutó el norte del desierto, donde se extendía un puñado de bajas colinas medio verdes. Imaginó los huertos.

«Allí», pensó.

Apenas había dado un paso cuando se volvió a mirar atrás.

Como un viejo perro marrón, su maleta yacía en el andén cubierto de polvo.

«No —pensó—, eres de otro tiempo.»

El equipaje seguía esperando.

—Quédate —dijo.

El equipaje se quedó.

Él continuó caminando.

## CAPÍTULO 33

Anohecía cuando llegó a la primera hilera de naranjos.

Oscurecía ya cuando vio los familiares grupos de girasoles en cada patio y el cartel, «GRAN MIRADOR EGIPCIO», oscilando sobre el porche.

El sol casi había desaparecido cuando recorrió la última acera, subió los escalones del porche, se plantó ante la puerta y llamó al timbre. Sonó suavemente. Una esbelta sombra apareció en la escalera del salón.

—Nef —dijo él por fin, en voz baja—. Nef, estoy en casa.

# SUEÑO RADIOFÓNICO

En 1939, cuando yo tenía diecinueve años, me enamoré de los dramas radiofónicos de Norman Corwin.

Lo conocí después, cuando tenía veintisiete, y él me animó a escribir mis historias de Marte, haciendo así que naciera *Crónicas marcianas*.

Durante años, mi sueño fue que un día Norman Corwin dirigiera uno de mis dramas radiofónicos.

Cuando regresé de mi año en Irlanda, después de escribir el guión para *Moby Dick* de John Houston, todavía estaba profundamente influido por Herman Melville y su ballena gigantesca. Igualmente, seguía hechizado por Shakespeare, que había entrado en mi vida cuando estaba en el instituto.

Después de llevar un tiempo en casa, empecé a pensar en tomar la mitología de Melville y llevarla al espacio exterior.

Hacia poco, la NBC nos había animado a Norman Corwin y a mí a colaborar en un drama radiofónico de una hora. Cuando terminé mi primer guión de *Leviatán 99*, con naves espaciales en vez de barcos de vela, capitanes astronautas locos en vez de capitanes marinos, y el cegador cometa blanco sustituyendo a la gran ballena blanca, se lo entregué a Norman, quien lo envió a la NBC.

En esa época la televisión aumentaba en popularidad, desplazando a la radio, y la NBC respondió a mi guión diciendo: «¿Pueden reducirlo a fragmentos de tres minutos, que podamos emitir durante varios días?»

Aturdidos, Norman y yo retiramos el guión y lo envié a la BBC Radio en Londres, que lo produjo, con Christopher Lee interpretando el loco capitán de la nave espacial *Cetus*.

La producción radiofónica fue excelente, pero naturalmente mi sueño de que Corwin produjera y dirigiera algo mío para la radio siguió sin cumplirse. Sufriendo de lo que ahora llamo mi «delirio de Shakespeare», me atreví a doblar la longitud de mi guión de *Leviatán 99* y le di forma teatral para el estudio de Samuel Goldwyn en la primavera de 1972. Por desgracia, añadir cuarenta páginas más al guión destruyó mi intención original. La esencia de la historia se perdió. Las opiniones de los críticos fueron unánimes en su vitriolo.

En los años que siguieron produje *Leviatán 99* aquí y allí, eliminando gradualmente páginas sobrantes en un intento de recuperar la versión de una hora hecha para la radio.

Treinta años más tarde esta novela corta es mi esfuerzo final para concentrar y revitalizar lo que empezó siendo un sueño radiofónico para Norman Corwin. Ustedes deben decidir si merece la pena o no que se encarne en esta forma.

# LEVIATÁN 99

*DEDICADO CON GRAN ADMIRACIÓN  
a Herman Melville.*

# CAPÍTULO 1

Llamadme Ismael.

¿Ismael? ¿En este año 2099 en el que extrañas naves nuevas se dirigen más allá de las estrellas en vez de simplemente hacia ellas? ¿Atacar las estrellas en vez de temerlas? ¿Un nombre como Ismael?

Sí.

Mis padres volaron a Marte con los primeros valientes. Allí fueron menos que valientes, añoraron la Tierra, regresaron a casa. Concebido en ese viaje, nací en el espacio.

Mi padre conocía la Biblia y recordó a otro paria que deambuló por los mares muertos muchos años antes de Cristo.

Y siendo yo en ese momento el único niño engendrado y nacido en el espacio, qué mejor nombre ponerme que el que me puso mi padre.

Y, en efecto, me llamó Ismael.

Hace años pensaba que cabalgaría todos los mares de viento que surcan este mundo. Cada vez que en mi alma hay un noviembre húmedo, sé que es hora de enfrentarme de nuevo a los cielos.

Así que navegué entre gritos de aves, brillantes cometas y tormentas un sábado, a finales de verano de este año de 2099, impulsado por la energía de mi propia mochila-jet. Volé hacia Cabo Kennedy en mi salvaje viaje por el aire. un pájaro veloz entre los recuerdos de los antiguos sueños aéreos de Da Vinci. Me calentaba el verdadero fuego de los grandes pájaros de acero, y sentía que las compuertas del enorme universo que me esperaba abrían de par en par mi alma.

Había grandes conmociones en la distancia: el calor de horno del Kennedy y sus miles de cohetes, ardiendo en torres por todas partes. Cuando los fuegos murieron por fin, sólo susurró un simple viento.

Entonces, rápida y tranquilamente, descendí a la ciudad, donde un río fluía para que yo caminara, una acera móvil.

Las sombras se agitaron a mi alrededor mientras me deslizaba sobre puertas y arcos arquitectónicos. ¿Adónde iba? No a un frío barracón de metal para cansados hombres del espacio, no, sino a un hermoso y silenciosamente programado Jardín del Edén mecánico. Acudía a una academia para astronautas, donde me entrenaría para un gran viaje más allá de las estrellas, una misión de la que todavía no sabía nada.

Ese lugar es un mundo intermedio: en parte un jardín para la mente, en parte un

gimnasio para la carne y en parte un seminario teológico, mirando siempre hacia el cielo en sus pensamientos. ¿No tiene el espacio el aspecto de una enorme catedral?

Así que caminé entre sombras cambiantes y entré en el vestíbulo del dormitorio de la escuela. Me registré presionando la mano en un panel de identidad, que leyó mis huellas sudorosas como una moderna bruja quiromántica, y al instante eligió a mi compañero de habitación para mi inminente misión.

Se oyó un zumbido, un murmullo, un timbre y una voz (femenina, sibilante, mecánica) surgió desde las alturas:

Ismael Hunnicot Jones, veintinueve años. Altura: un metro noventa; ojos azules; cabello castaño; constitución ósea ligera. Por favor, atienda: primera planta, habitación nueve. Compañero de cubículo, Quell.

Y yo repetí:

—Quell.

—¿Quell? —repitió otra voz a mis espaldas—. Dios mío, eso es terrible.

Y otra voz más añadió:

—Que Dios le ayude, señor Jones.

Me di la vuelta y encontré a tres astronautas de diversos tamaños y aspectos, todos algo mayores que yo, que me miraban mientras sostenían bebidas en la mano. Me tendieron una.

—Tome esto, Ismael Jones —dijo el primer hombre, que era alto y delgado—. Lo necesitará si va a subir a conocer a ese monstruo. Beba.

—Pero primero —dijo el segundo, extendiendo la mano para cogerme por el brazo—, ¿cómo vuela, superficial o profundo?

—Bueno, profundo, creo —contesté—. Espacio profundo.

—¿Por el tímido kilómetro o el gran año-luz?

—Año-luz, sí —dije después de pensarlo.

—Entonces puede beber con nosotros.

El tercer hombre, que había guardado silencio hasta ese momento, habló.

—Me llamo John Redleigh. Este tipo de aquí —señaló con la cabeza al hombre alto— es Sam Small. Y el —indicó al otro hombre— es Jim Downs.

Y bebimos.

—Le damos permiso para compartir nuestro espacio —declaró Small—, también con el permiso de Dios. ¿Va a deshacer la cola de un cometa?

—Creo que sí.

—¿Ha buscado cometas antes?

—Ahora es mi momento.

—Bien dicho. Mire esto.

Los tres hombres se volvieron y señalaron una enorme pantalla de vídeo al otro lado de la sala de recepción. Como si fuera consciente de nuestras miradas, cobró vida y mostró una inmensa foto de un cegador cometa blanco que arrastraba planetas en su estela.

—El hermoso destructor del universo —dijo Small—. El devorador del sol.

—¿Pueden hacer eso los cometas? —pregunté.

—Eso y más. Sobre todo, ése.

—Vaya, si Dios fuera a manifestarse aquí —dijo Downs—, vendría en forma de cometa. ¿Está preparado para saltar a la garganta de esa sagrada presencia, muchacho, y bailar en sus brillantes tripas?

—Lo estoy —dije de mala gana—, si es absolutamente inevitable.

—Entonces bebamos por él, ¿eh, amigos? Bebamos por el joven Ismael Hunnicut Jones.

En ese momento oí un leve zumbido electrónico, un pulso, a cierta distancia. Presté atención y el zumbido se hizo más fuerte con cada palpitación, como si se acercara.

—Eso —dije—. ¿Qué es?

—¿Eso? —contestó Redleigh—. ¿Ese sonido como el de una bandada de langostas en vuelo?

Asentí.

—¿Una bandada de langostas? —dijo Small—. Bonita forma de referirse a nuestro capitán.

—¿Capitán? —dije yo—. ¿Quién es?

—Déjelo correr por ahora, señor Jones —dijo Redleigh—. Será mejor que suba a su habitación y vaya a conocer a Quell. Dios mío, sí, vaya a conocer a Quell.

—Es de más allá de la gran Nebulosa de Andrómeda —dijo Downs, en tono confidencial—. Alto, enorme, inmenso y...

—Una araña —interrumpió el primer oficial.

—Sí, sí —continuó Downs—. Una enorme, alta y gigantesca araña verde.

—Pero... —dijo Small, frunciendo levemente el ceño a sus compañeros— casi siempre benévolo. Le gustará, señor Jones.

—¿Sí? —respondí.

—Vaya —dijo Redleigh—. Volveremos a vernos. Vaya a conocer a su araña compañera de habitación. Buena suerte.

Di un último sorbo a mi vaso y entonces me di la vuelta, cerré los ojos, y me dije: «Suerte. ¡Dios mío!»

Toqué un botón junto a un panel de la puerta, que se deslizó para abrirse, y me interné en un pasillo tenuemente iluminado hasta llegar a la habitación número 9. Toqué el lector de identidad y la puerta se abrió.

«Pero espera —me dije—. No puedo entrar. Mira mis manos. Santo Dios, están temblando.»

Me quedé allí, inmóvil. Mi compañero de habitación estaba dentro, lo supe. Procedía de un mundo lejano y era una araña gigante, o eso habían dicho. «Demonios, —pensé—, entra.»

Di tres pasos y me detuve.

Al fondo del cubículo había una sombra enorme. Estaba pero no estaba allí.  
«No puede ser —murmuré para mis adentros—. Simplemente no puede ser.»  
—Una araña —algo susurró desde el otro lado de la habitación.

La enorme sombra tembló.

Retrocedí hacia la puerta.

—Y —continuó el susurro—, ¿una sombra de una araña? No. Quédate quieto.

Me quedé quieto como me ordenaban y vi cómo la habitación se iluminaba y la sombra retrocedía y ante mí se alzaba una figura grande, una figura de unos tres metros de estatura y coloreada con el tono más peculiar de verde.

—Bien —se oyó de nuevo el susurro.

Repliqué con la mayor firmeza posible:

—¿Qué puedo decir?

—Lo que sea —dijo el susurro.

—Una vez —respondí—, fui a ver el *David* de Miguel Ángel. Era alto. Lo rodeé.

—¿Y?

—Parece que es usted al menos igual de grande que esa gran obra.

Avancé y empecé a rodear a la criatura, que no se movió. Sin embargo, estaba temblando.

Las sombras continuaron derritiéndose y la forma de la criatura se hizo más visible.

—Quell —dijo de nuevo el susurro—. Ese es mi nombre. Vengo de muy lejos, unos quince millones de kilómetros y cinco años-luz. Aquí en su mundo, a juzgar por su tamaño, yo diría que su dios apenas tiene un ojo entreabierto. En nuestro mundo, Dios saltó con un grito de creación, de ahí nuestro gran tamaño.

Y la criatura se irguió, aún más alta.

Le miré a la cara y dije:

—Su... su boca apenas se mueve.

La cosa llamada Quell respondió:

—Pero mis pensamientos se mueven como los suyos. Bien, dígame, Jack —dijo la criatura—, ¿mataría al gigante?

—Yo... —tartamudeé.

—Leo el tallo de habichuelas en su mente.

—¡Maldición! —exclamé—. Perdóneme. Es mi primer encuentro con un telépata.

—Déjeme salvarlo de la maldición —dijo mi compañero de habitación—. Una vez más, mi nombre es Quell. ¿Y el suyo?

—Conoce usted mi nombre. Lee las mentes.

—Pero por cortesía —respondió Quell—, finjo lo contrario.

La gran criatura extendió uno de sus apéndices. Yo extendí la mano, y nos tocamos.

—Ismael Hunnicut Jones —dijo.

—Bien —dijo Quell—. ¿Ese nombre ha viajado desde su Biblia hasta esta era

espacial?

—Más o menos como usted.

—Cinco años-luz menos —dijo Quell—. Estuve congelado durante cinco años enteros, frío como la muerte. Dormí todo ese tiempo. Es bueno volver a estar despierto. ¿No soy extraño?

—Oh, no.

—Oh, sí —dijo Quell, con algo parecido a una risa—. Si los pensamientos vuelan, yo los pillo. Eso debe de ser extraño para usted. Y también debe de estar pensando que tengo demasiados ojos, demasiados oídos, demasiados dedos, piel verdosa... ciertamente extraño. Y sin embargo, lo miro y veo que sólo tiene dos ojos, dos orejas diminutas, cinco dedos en cada una de sus únicas dos manos. Entonces los dos somos, mírenos, bastante divertidos. Y ambos, finalmente... humanos.

—Sí —dije yo, viendo la verdad en esto—. Oh, sí, eso es humano.

Quell estaba de buen humor, pues continuó diciendo:

—Bien, Ismael, ¿aplasto sus huesos para hacerme pan, o seremos amigos?

Di un respingo, preparado para retroceder, pero me detuve a tiempo y me eché a reír, y dije:

—Amigos, sí, amigos, creo.

Y Quell repitió:

—Amigos.



Más tarde dejamos nuestro cubículo y fuimos a explorar, hasta los niveles inferiores de la inmensa academia.

Caminamos entre los robots filosóficos que estaban sentados entre luces de luciérnagas hablando en lenguas de tiempos antiguos.

—Platón —dije—. Aristóteles —continué—. Mírennos. ¿Qué ven?

Y el Platón robot dijo:

—Dos terribles y lindos, feos y hermosos hijos de la naturaleza.

Y Quell preguntó:

—Ah, ¿pero qué es la naturaleza?

Sócrates respondió, echando chispas.

—Dios sorprendiéndose a sí mismo con extraños milagros de la carne.

Y Aristóteles, un extraño robotito de plástico, continuó:

—Y la suya entonces no es más extraña o milagrosa.

Quell me tocó la frente con uno de sus largos dedos-piernas de finos mechones y dijo:

—Ismael.

Yo respondí cálidamente, y toqué el pecho peludo de mi nuevo amigo.

—Quell, de las lejanas islas de la gran Nebulosa de Andrómeda. Quell.

—Estudiaremos juntos —dijo Quell.

—Escucharemos juntos, aprenderemos juntos, exploraremos juntos —añadí.

Y en efecto, escuchamos las voces de nuestros maestros filósofos robóticos, que continuaron hablando en lenguas diversas y extrañas durante los siguientes días, semanas, y meses de nuestra formación. Nadie nos dijo adónde íbamos a ir, qué se esperaba de nosotros ni cuánto tiempo permaneceríamos atados a la Tierra en aquellas inmensas cavernas de aprendizaje.

Pero finalmente llegó el día en que la charla de los instructores robóticos, su parloteo, sus murmullos, se desvanecieron. Llegamos a la sala de conferencias una mañana y todo estaba en silencio. En la pantalla de vídeo estaban nuestros nombres y las palabras: «Órdenes recibidas. Preséntense al servicio.»

—Parece que nuestros estudios han terminado —observó Quell.

—Si es así, nuestra vida comienza —dije yo—. Vamos a buscar nuestro cohete.

Regresamos a nuestra habitación, donde nos esperaban nuestras órdenes. Recogimos nuestras cosas, nos pusimos nuestras mochilas-jet, saltamos al aire y volamos. Las nubes se apartaron, los pájaros nos cedieron paso, y por fin aterrizamos en la gran zona de lanzamiento de Cabo Kennedy. Nos rodeaban rascacielos de grúas, cohetes brillantes, el persistente zumbido de la actividad intensa.

Miré a mi alrededor, aturdido por el inmenso tamaño de todo aquello.

—¡Mira, Quell, allí, y allí! ¡Cohetes! Al menos dos docenas. Escucha los nombres: *Apolo 149*, *Mercurio 77*, *Júpiter 215*. Y allí...

Quell terminó por mí.

—El *Cetus 7*.

Contempló el brillante cilindro, que se alzaba sobre todas las demás naves.

—La nave interestelar más grande jamás construida —dije, asombrado.

—Me pregunto si, en sus sueños, vuestros Bach y Beethoven alguna vez construyeron cosas como éstas —musitó Quell.

Una voz interrumpió nuestro asombro.

—Lo hicieron, oh, sí, lo hicieron.

Nos volvimos y encontramos a un viejo con un ajado traje de astronauta que salía de la sombra de una pasarela. Habló, diciendo simplemente:

—Hola, amigos.

Quell debió escrutar la mente del desconocido, pues replicó:

—No somos amigos suyos.

El viejo se rió sin humor y continuó.

—Eres rápido en juzgarme, telémeta. Sé aún más rápido. ¿La *Cetus 7* va a ser vuestra nave?

—Sí —respondí.

El viejo gimió.

—Ah, camináis por el borde del Abismo. Retroceded, si sabéis lo que es bueno.

Quell murmuró una maldición de su lejano mundo y me tiró del codo.

—Vámonos, Ismael. No es necesario que escuchemos las falsas advertencias de este tipo.

El viejo nos siguió.

—Tú ,joven. ¿conoces al capitán de esa nave?

—No cara a cara —respondí, y me di media vuelta, curioso.

—¡Cara a cara! Dios mío, has puesto el dedo en la llaga. Cuando te lo encuentres, no lo mires a los ojos. Te lo advierto... no tiene ninguno.

—¿Ninguno? —pregunté—. ¿Es ciego?

—No, más bien cegado. Se quemó y se quedó ciego en el espacio hace algunos años. Ah, pero tú lo sabías —dijo el viejo, volviéndose hacia Quell.

—No, no lo sabía —replicó Quell, tirándome de nuevo del brazo—. No queremos oír nada más de usted.

Pero el viejo no quería callarse.

—Ya lo has oído, amigo mío, pues acabas de leerlo todo dentro de mi mente, Has visto. Ahora cuéntale a tu joven amigo lo que has aprendido. Dile lo que le aguarda.

Me zafé de la mano de Quell y esperé.

El viejo astronauta se acercó y habló muy claramente.

—¿Qué quemó al capitán y lo dejó ciego? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Puedes preguntar. ¿Era un sacerdote del espacio, que buscaba a Dios, y Dios se giró y lo hundió en la oscuridad de un solo golpe? ¿Está vuestro capitán de una sola pieza, o se notan los costurones de cuando volvieron a coserlo? ¿Asoma aún la medianoche por esos agujeros que los médicos no pudieron reparar? ¿Nació albino, o lo blanqueó el terror como una nevada terrible?

Me volví a mirar a Quell para ver cómo se estaba tomando todo aquello, y la inmensa sombra que era Quell temblaba a la luz del sol pero no me ofreció ninguna respuesta.

El viejo astronauta, triunfante, se acercó todavía más.

—Ahora escuchad esto: a bordo de esa nave, sumergidos en el espacio, llegará un momento en que veréis tierra, un mundo en el horizonte, donde no hay ninguna tierra; encontraréis tiempo donde no hay ningún tiempo. Cuando los reyes antiguos devuelvan la carne a sus huesos y vuelvan a colocarse sus coronas, ¡entonces, oh, entonces, la nave, el capitán de la nave, los hombres de la nave, todos serán destruidos! Todos menos uno.

Cerré los puños. Avancé airado hacia el viejo, pero él retrocedió para poder terminar.

—Creedme. La *Cetus 7* no es una buena nave. Es digna de su capitán. Y el capitán está condenado.

Y, finalmente, se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—Espera —grité—. Aguarda ¿Cómo te llamas?

—Elías. Mi nombre es Elías. Buenos días, amigos, buenos días.

Extendió los brazos y, un momento después, donde había estado hubo oscuridad.

Quell y yo nos quedamos allí de pie, abandonados, y una rápida sombra pasó sobre nosotros, y la voz llegó una vez más desde arriba, desvaneciéndose.

—Días, días...

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir una palabra, llegó el sonido inmenso de un trueno mientras un cohete, quizá a ocho kilómetros de distancia, despegaba estremeciéndose, llenando el cielo de color; los destellos blancos y escarlatas de la ascensión. Mientras el sonido se apagaba, fuimos conscientes de una súbita actividad a nuestro alrededor, el bullir de técnicos y robots y astronautas, los sonidos de las radios y los pulsos electrónicos, las sombras de cohetes conectados a las plataformas, listos para lanzarse al universo.

—Es hora de irnos —dijo Quell por fin—. Nuestra nave está esperando. Ismael, atiende, debemos subir a bordo.

Y continuamos hacia la *Cetus 7*.

## CAPÍTULO 2

Oh, la logística del cohete. Computeriza las mil millones y una decisiones. Diez mil biberones llenos de papilla superhomogeneizada para los niños del espacio. Aire fresco producido por jardines botánicos enclaustrados en cristal. El sudor reciclado por las máquinas en dulce agua.

Que suenen todas las sirenas y bocinas. Que destellen todas las luces y se preparen los truenos. Que corran hombres y mujeres.

Quell y yo estábamos junto a la plataforma, contemplando la nave gigantesca. Había pasado una semana desde nuestro extraño encuentro con Elías, siete días llenos de intensa actividad como tripulantes de la *Cetus 7*, de la cual éramos ahora miembros, preparando la nave para el viaje.

—Quell —dije—, en ningún momento de la semana pasada, con todo el ajetreo y el trabajo, ni en la nave ni cerca de ella, hemos visto, ciego o como sea, al profetizado capitán de nuestra nave.

Quell cerró los ojos y ladeó su extraña cabeza.

—Él —susurró.

—¿Qué? —le apremié—. ¿Qué?

—Está cerca —murmuró Quell, y se volvió y señaló la plataforma. Un ascensor subía lentamente y, dentro de la cabina, vimos una figura oscura y solitaria. —Ahí está nuestro capitán —dijo Quell.



La capilla del hombre del espacio. Yo había ido a rezar una oración antes del despegue de la mañana siguiente. Quell me acompañó, aunque yo no sabía a qué dios rezaba, si rezaba a alguno. La luz mutada aliviaba nuestros ojos tras el brillo cegador de la plataforma de lanzamiento. Dentro del espacio silencioso y sagrado contemplamos el techo curvo y panorámico y allí vimos, flotando, las formas transparentes de hombres y mujeres largamente perdidos en el espacio. De ellos emanaban suaves murmullos, un susurro multitudinario.

—¿Y ésos? ¿Por qué? —dijo Quell.

Contemplé las formas flotantes.

—Memoriales, imágenes y voces de aquellos que han muerto y han sido enterrados para siempre en el espacio. Aquí, en el aire elevado de la catedral, al

amanecer y en el ocaso, se proyectan sus sombras, se emiten sus voces, para recordarlos.

Quell y yo nos quedamos y escuchamos y contemplamos.

Una voz recitó:

—David Smith, perdido cerca de Marte, julio de 2050.

Otra voz, más aguda, más cálida, dijo:

—Elizabeth Ball, perdida más allá de Júpiter, 2087.

Y una tercera, sonora, una y otra vez:

—Robert Hinkston, muerto por un enjambre de meteoros, 2063, enterrado en el espacio.

Otro susurro:

—Enterrado.

Un sonido más:

—Perdido.

Y todos los susurros a la vez, repitiendo:

—En el espacio, en el espacio, en el espacio.

Cogí el brazo de Quell y lo hice volverse hacia la parte delantera de la capilla.

—Allí —dije, señalando—. En el púlpito, en cualquier momento, veremos a un hombre que murió hace casi cien años, pero era un hombre tan notable que computerizaron su alma, registraron su voz, hicieron circuitos de su mismo aliento.

En ese instante, las luces se movieron para iluminar una figura que se alzaba tras el púlpito.

—El padre Ellery Colworth —murmuré.

—¿Un robot? —preguntó Quell, en voz baja.

—Sí —respondí—, pero algo más. Ante nosotros está la amable *esencia* del hombre.

Las luces titilaron un poco cuando el increíble duplicado tridimensional del padre Ellery Colworth empezó a hablar.

—¿Ha muerto Dios? —dijo—. Una vieja pregunta. Pero una vez, cuando la oí, me eché a reír y respondí: «¡No está muerto, sólo está durmiendo hasta que cerréis la boca, pelmazos!»

Hubo un suave rumor de risas a nuestro alrededor, que se difuminó cuando el padre Colworth continuó.

—Una respuesta mejor es hacer otra pregunta: ¿Estáis muertos vosotros? ¿Circula la sangre por vuestra mano, se mueve esa mano para tocar metal, se mueve ese metal para tocar el Espacio? ¿Se agitan en vuestra alma pensamientos descabellados de viaje y migración? Sí. Por tanto, vivís. Por tanto, Dios vive. Sois la fina piel de la vida en una Tierra insensible, sois ese filo creciente de Dios que se manifiesta en el ansia por el Espacio. Gran parte de Dios duerme vibrantemente. La materia misma de mundos y galaxias que no se conocen a sí mismas. Pero aquí, Dios se agita en su sueño. Vosotros os agitáis. Él despierta, vosotros sois ese despertar. Dios se extiende

hacia las estrellas. Vosotros sois su mano. Creación manifiesta, vais en su búsqueda. Él va a buscar, vosotros vais a buscar. Todo lo que toquéis por el camino, por tanto, será sagrado. En mundos lejanos encontraréis vuestra propia carne aterradora y extraña, pero seguirá siendo vuestra. Tratadla bien. Bajo esa forma, compartís la divinidad.

»Vosotros, Jonás viajando en el vientre de una nueva ballena hecha de metal, los nadadores de los lejanos mares del espacio profundo, no blasfeméis contra vosotros mismos ni contra los aterradores gemelos de vosotros mismos que encontraréis entre las estrellas, pero pedid comprender los milagros que son el Espacio, el Tiempo y la Vida en los altos desvanes y los lugares de nacimiento perdidos de la Eternidad. Llorad si no consideráis toda la vida sagrada, y al postraros no podéis decir «Oh, Padre, me has despertado. Yo Te despierto». Inmortales, juntos, caminaremos entonces en la nueva mañana por las aguas del espacio profundo que se llama a sí mismo: «Para siempre.»

La congregación, sobre nosotros y debajo, repitió en voz baja las palabras:

—Para siempre, para siempre.

Una suave música llegó desde alguna parte en los cielos. mientras el padre Ellery Colworth terminaba, su figura se oscurecía y se veía su silueta descender en silencio tras el podio.

En el largo silencio que se hizo sobre nosotros, lloré.



Estuve despierto en mi camastro esa noche a bordo de la *Cetus 7*.

Quell dormía ya. Pautas de lluvia, simuladas para ayudar al sueño, caían sobre nuestros rostros y detrás de nosotros en la pared.

La voz de un reloj repetía, muy bajito:

—Tic tac, las dos... tic tac, las dos.

Por fin, hablé.

—Quell, ¿estás despierto?

Y su mente me habló en silencio desde el otro lado de la habitación.

—Parte de mi mente, sí, el resto duerme. Soñé con el viejo que nos advirtió.

—¿Elías? ¿Lo crees, crees que nuestro capitán está ciego?

—Sí. Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Y que está loco?

—Eso tendremos que descubrirlo por nosotros mismos.

—¿Pero no será ya demasiado tarde, Quell?

Las tranquilizadoras pautas de lluvia continuaban cayendo sobre mis mejillas y las paredes. Había un leve rumor de truenos más allá.

—¿Quell? ¿Qué, estás dormido entero ahora? Buen compañero, descansa. Tu cuerpo del extraño color de un mundo que nunca veré. Sangre fría pero corazón

caliente: tu boca silenciosa pero tu mente, incluso en sueños, respirando amistad.

La voz de Quell, dentro de mi cabeza,,murmuró amodorrada:

—Ismael.

—Quell, le doy gracias a Dios por tenerte en los días que nos esperan.

A mi alrededor, la voz de Quell repitió:

—Ismael... Ismael.

## CAPÍTULO 3

Una voz resonó por los intercomunicadores.

—El capitán está en su camarote, preparados para la cuenta atrás.

Toda la tripulación corrió a sus puestos, se colocó los trajes y se amarró. Las grandes puertas se cerraron y sellaron, las plataformas se retiraron, los motores entraron en ignición.

—Menos uno y contando.

Permanecimos tumbados, esperando que el viento de fuego prendiera y nos lanzara al cielo.

Y prendió y nos lanzó.

«Oh, Dios mío —pensé—. Ayúdame a gritar: Nos elevamos, nos elevamos.»

Pero el silencio se apoderó de nosotros y nos llevó, como monjes penitentes, a su seno.

Pues incluso el rugiente cohete, que desgarró el alma en la Tierra, camina en silencio a unos kilómetros de altura, camina entre las estrellas sin pisarlas, como asombrado ante la gran catedral del espacio.

«Libre —pensé—. No hay gravedad. ¡No hay gravedad! Libre. Oh, Quell, es tan agradable estar... vivo.»

A salvo en órbita, libres de nuestras restricciones, pregunté:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Bueno, recopilar datos —dijo uno de los tripulantes.

—Sumar y restar constelaciones —dijo otro.

—Fotografiar cometas —dijo un tercero—. Lo que significa capturar el esqueleto de Dios en una radiografía.

—Yo atrapé un destello de uno de esos cometas de paso —dijo otro miembro de la tripulación—. Extraigo tacitas de energía para nuestra nave de esos enormes espectros de soles. Dulce alquimia, mi juego, pero la diversión me corre por las venas. Alrededor hay muerte, pero saludo incluso a la Muerte, mirad, con esta mueca.

Era el primer oficial John Redleigh. Toqué una pantalla de ordenador, que susurró su nombre, y vi allí su bitácora de las primeras horas de nuestro viaje: *22 de agosto de 2099. Nuestro primer avistamiento de tierra, sí, desde fuera de la vista de la bendita Tierra, que significa toda la Tierra y todos aquellos a quienes queremos en ella. Todos los rastros, nombres, almas, recuerdos, calles, casas, pueblos, prados, mares... atrás. Todas las longitudes, latitudes, meridianos, horas, noches, días, todo*

*el tiempo, sí, también el tiempo, ha desaparecido. Señor protege mi alma. Cuánta soledad.*

Y Quell liberó para mí sus pensamientos:

—Amigo, yo leo mentes, no el futuro. El espacio es grande. Dicen que se curva. Tal vez nuestro final es nuestro principio. Nuestro destino: muy, muy lejos, debemos encontrar tres cometas misteriosos en una constelación. Seguir su curso y cartografiar sus rutas, tomar sus temperaturas.

—¿Cuánto tiempo viajaremos? —pregunté.

—Diez años —fue la respuesta.

—Dios mío, qué aburrido.

—No —dijo Quell—, ya verás cómo Dios envía sus meteoritos para entretenernos.

—¡Impacto de meteorito! —gritó una voz—. Cubierta siete. ¡Que todos presenten sus informes!

Corrimos. Todos corrimos al oír el sonido de las campanas y bocinas y trabajamos para reparar el casco de la nave.

Y por fin, dentro de la escotilla, me quité el casco junto con el resto de la tripulación.

Y así fue, día sí y día también, nuestra nave surcaba el espacio, cada uno de nosotros con su tarea asignada, midiendo, escrutando, calculando, planeando una ruta segura entre las estrellas rotas.

Y sin embargo, con todo esto en marcha, después de cuarenta días en el espacio, no habíamos visto ni una sola vez a nuestro capitán. Permanecía encerrado en su camarote. Pero a veces, sobre las tres de la madrugada, yo oía el susurro del ascensor, como un largo suspiro, y sabía que él pasaba, subiendo desde los habitáculos interiores y los niveles de trabajo hasta la cubierta más externa de su gran nave, donde todos menos nuestro líder fantasma teníamos prohibida la entrada.

Todos prestábamos atención y escuchábamos.

—¿Qué hace allá arriba? —dijo Downs, en privado—. He oído que se pone el traje y sale solo, anclado por un solo cable.

—Idiota —respondió alguien—, juega con meteoros, extendiendo las manos como para cogerlos, aunque probablemente no puede verlos venir.

—No confía en las pantallas radar —añadió Quell—. Ciego, cree ver con mayor claridad y más allá que el ojo humano.

—¿Ver qué? —pregunté—. Quell, tú copias sus pensamientos. ¿Qué?

Quell guardó silencio durante unos instantes, y luego dijo:

—Mi mente oye, pero la boca del capitán debe hablar. No soy yo quien tiene que decirlo. Cuando encuentre lo que busca, nos lo hará saber. Él...

De repente Quell se llevó a la cara sus extrañas manos en la distancia, oímos el grito del capitán por el intercomunicador.

—¡No, no! —chilló Quell, y cayó de rodillas. Se desplomó ante nosotros, y una

de sus manos se retorció hasta convertirse en un puño, los ojos cerrados.

Quell agitó los puños ante las invisibles estrellas.

—¡Ah! —exclamó, como poseído—. ¡Ya basta, basta!

Y, de repente, todo quedó en silencio. Ningún sonido llegó por el intercomunicador, y el brazo de Quell bajó hasta la cubierta. Se levantó, debilitado, estremecido por esa extraña cosa que había sucedido.

Acudí junto a mi amigo.

—Quell —dije—. Cuéntame lo que ha pasado. No eras tú, ¿verdad? Era el capitán. Conociste la mente del capitán, actuaste como lo hace él, ¿verdad?

—No —dijo Quell en voz baja.

—Sí —insistí—. Tú no tienes ningún motivo para desafiar a las estrellas. Fue él quien alzó el puño contra el universo.

Pero Quell se negó a responder y, en cambio, volvió la mirada hacia arriba.



De la bitácora del primer oficial John Redleigh: *Cincuenta días fuera. Corrección: mil doscientas horas fuera de la Tierra. Estudiante, haz tus cuentas. Ordenador, electropsicoanaliza mi alma. Primer oficial Redleigh, mete el dedo en un contacto de ordenador ¿Qué encontrarías? John Redleigh, nacido en 2050, Reedwater, Wisconsin. Padre, fabricante de motores fueraborda. Madre, panadera de hijos; una docena en total, de los cuales el pan más simple es el viejo John Redleigh. Viejo, diría. Viejo cuando tenía diez, perdido ya en la senilidad a los trece. Casado con una mujer sencilla a los veintidós; cumplió con el cupo paterno a los veinticinco. Leyó libros ocasionalmente; pensó pensamientos ocasionalmente. Ah, Dios, Redleigh, ¿no tienes más que poner en esta maldita máquina? ¿Eres tan rancio, plano, soso, intacto, insípido, inmóvil? ¿No tienes pesadillas, asesinatos secretos, drogas, o bebida en tu alma? ¿Te falla el corazón, perdido has el pulso? ¿Te rendiste a los treinta, o fuiste alguna vez algo más que una galleta seca, un pan sin mantequilla, vino peleón? Agradablemente sensual, pero nunca apasionado. Un buen marido, buen amigo, viajero lejano, sin preocupaciones, yendo y viniendo tan silenciosamente que ni el mismo Dios se dio cuenta nunca. Y cuando mueras, Redleigh, ¿sonará siquiera una bocina? ¿Aleteará una mano, llorará un alma, caerá una lágrima, se cerrará una puerta? ¿Qué da tu suma? Terminémosla. Aquí está, mira: cero. ¿Puso ahí esas cifras mi yo secreto? ¿Alimenta cero, obtén cero? Así yo, John Redleigh, me sumo a mí mismo.*



—Eh, tú —dijo Redleigh, mientras yo pasaba por delante de la puerta del

camarote del capitán.

—Señor —dije.

—No te inquietes. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar en el alcázar?

—Bueno, señor —dije, indicando con la cabeza la puerta del capitán—. Seis días. ¿No es demasiado tiempo encerrado, aunque sea el capitán? No puedo dejar de preguntarme... ¿Se encuentra bien? Siento la necesidad de llamar a su puerta.

Redleigh me observó durante un instante.

—Bueno, entonces...

Me acerqué a la puerta y llamé suavemente.

—No, no —dijo Redleigh—. Déjame enseñarte.

Y se acercó y llamó con fuerza con los nudillos.

Esperó un momento, y luego volvió a llamar.

—¿No responde nunca? —pregunté.

—Si supiera que el mismísimo Dios está aquí fuera, tal vez se asomaría a charlar. ¿Pero tú o yo? No.

De repente sonó una campana, una bocina, y por el intercomunicador habló una voz:

—¡Atención! Inspección del capitán. Que todo el mundo se presente en la cubierta principal. Todo el mundo, para inspección del capitán.

Y nos dimos la vuelta y echamos a correr.

Todos nos reunimos, los quinientos, en la cubierta principal.

—¡Alineaos! —ordenó Redleigh, desde la primera fila de la reunión—. Ahí viene, viene el capitán. ¡Atención!

Hubo un leve zumbido, una caricia de sonido eléctrico. que onduló como un enjambre de insectos.

La puerta de la cubierta principal se descorrió con su susurro, y apareció el capitán. Dio tres pasos firmes y lentos, y se detuvo.

Era alto, bien proporcionado, y su uniforme era completamente blanco. La gran maraña de su pelo era casi blanca, con ligeros rastros de gris.

Sobre los ojos llevaba un par de gafas opacas de visión de radar, donde danzaban rastros de pequeñas luciérnagas eléctricas.

Como un solo hombre, contuvimos la respiración.

Por fin, el capitán habló.

—Descansen.

Y, como un solo hombre, espiramos.

—Redleigh —dijo el capitán.

—Todos presentes, señor.

El capitán dibujó en el aire con las manos.

—Sí, la temperatura ha subido diez grados. Todos presentes, en efecto.

Se movió a lo largo de la fila, luego se detuvo y extendió una mano cerca de mi cara.

—Ah, aquí hay uno salido de la última hornada de jóvenes. ¿Su nombre?

—Señor —dije—, Ismael Hunnicut Jones.

—Dios, Redleigh —dijo el capitán—, ¿no es ése el sonido del desierto de la Montaña Azul o las dispersas colinas rojas de Jerusalén?

Sin esperar una respuesta, continuó:

—Bien, Ismael. ¿Qué ve usted que yo no vea?

Mirándolo, retrocedí y desde el fondo de mi mente, lleno de pánico, susurré:

—¿Quell?

De repente, supe que si cogía las oscuras lentes eléctricas de la oscura máquina del capitán descubriría unos ojos del color de la plata bruñida, de peces que nunca habían nacido. Blancos. «Oh, Dios, este hombre es blanco, todo blanco.»

Y en mi cabeza oí a Quell, una sombra en el aire:

—Hace algunos años el universo desprendió una inmensidad de años-luz de destellos fotográficos. Dios parpadeó y tiñó al capitán de este color de falta de sueño y terror.

—¿Qué? —exigió el capitán, pues había sentido nuestros pensamientos.

—Nada, señor —mentí—. Y no hay nada que yo pueda ver y usted no.

Esperé su respuesta, pero no hubo ninguna. En cambio, se volvió y regresó al frente del grupo.

—¿Cómo se dirige una nave en espacio? —preguntó.

La tripulación murmuró, y uno replicó:

—Con costuras tensas y trajes de oxígeno preparados, señor.

—Bien dicho —replicó el capitán, y continuó—. ¿Y cómo se trata a un meteoro?

Esta vez di yo la respuesta.

—Un parche de siete segundos y todos salvados, señor.

El capitán hizo una pausa ante mis palabras, y luego preguntó gravemente:

—Entonces, ¿cómo os tragaríais entero un cometa ardiente?

Silencio.

—¿No hay respuesta? —tronó el capitán.

Quell escribió en el aire de manera invisible.

—Aún no han visto ese tipo de cometas, señor.

—No los han visto —dijo el capitán—. Y, sin embargo, esos cometas vienen. ¿Redleigh?

Redleigh tocó una placa de control y una gráfica estelar descendió del techo ante nosotros. Era una obra de arte tridimensional, el sueño multitextual del universo de un cartógrafo.

El capitán extendió una mano ciega.

—Aquí está el universo en miniatura.

La carta estelar parpadeó.

El capitán continuó.

—¿Conseguirán sus ojos ver lo que los míos, perdidos hace tiempo, no pueden?

De las regiones de la Nebulosa de la Cabeza de Caballo, entre mil millones de fuegos, arde una luz especial. Ciego, siento su presencia.

Tocó el centro de la pantalla. En ese instante, un largo, enorme y hermoso cometa se iluminó ante nosotros.

—¿Toco el *maelstrom*, Redleigh? —preguntó el capitán.

—Sí, mi capitán —replicó Redleigh, mientras la tripulación susurraba ante la vasta belleza revelada.

—Más cerca. Más brillante —ordenó el capitán.

La imagen del cometa se convirtió en un inmenso espectro brillante.

—Bien —dijo el capitán—. No es un sol, ni una luna, ni un mundo. ¿Quién le dará nombre?

—Señor —dijo Redleigh, amablemente—. Eso es simplemente un cometa.

—¡No! —gritó el capitán—. No es simplemente un cometa. Es una novia pálida con un velo flotante que vuelve a la cama de su novio perdido. ¿No es hermosa? Un sagrado terror a la vista.

Permanecemos en silencio, esperando.

Redleigh se acercó y dijo:

—Capitán, ¿no es el cometa que pasó por primera vez ante la Tierra hace unos treinta años?

Y yo, recordándolo a medias, hablé y pronuncié su nombre.

—Leviatán.

—¡Sí! —dijo el capitán—. ¡Hable! ¡Otra vez!

—Leviatán —repetí, preguntándome qué estaba pasando—. El cometa más grande de la historia.

El capitán se apartó de la pantalla estelar y volvió su mirada ciega hacia nosotros.

—La química brutal del universo convertida en luz y pesadilla. ¡Leviatán!

—¿No fue el Leviatán, señor, el que apagó sus ojos? —dijo Redleigh, en voz baja.

Los hombres murmuraron y miraron con más atención a la hermosa bestia.

—¡Pero para darme una gran visión! —dijo el capitán—. ¡Sí! ¡Leviatán! Toqué el borde de su gran velo nupcial de un millón de kilómetros. Y luego esa blancura virgen, celosa de mi amorosa mirada, me robó la visión. Hace treinta, treinta años. Aún lo veo por dentro de mis párpados cada noche, un extraño de paso, tan lleno de milagros árticos, ese enorme trueno blanco de Dios. Corrí hacia él. Le ofrecí mi alma enfebrecida. ¡Y me rechazó! Y luego corrió, dejándome. Sin embargo, miren.

Tocó la gráfica tridimensional y el cometa volvió a brillar, haciéndose aún más grande.

—Leviatán regresa —dijo el capitán—. He esperado treinta largos años, y por fin ha llegado el momento. Y los he elegido a ustedes, señores, para que me acompañen en esta nave estelar para recibir a esa luz caída, que después de haberme condenado cierra ahora el ciclo para condenarse a sí misma. Pronto, alzaré mis manos (*sus*

manos) para dar ese golpe.

Los hombres se agitaron, pero no dijeron nada.

—¿Qué? —dijo el capitán—. ¿Silencio?

—Señor —intervino Redleigh—, ésta no es nuestra misión. nuestro destino. ¿Y nuestros seres queridos en la Tierra...?

—¡Lo sabrán! ¡Y lo celebrarán cuando hayamos desangrado a esa bestia y la enterremos en el cementerio de la Nebulosa Coalsack!

—Pero harán preguntas, señor —dijo Redleigh.

—Y nosotros responderemos a esas preguntas. Y completaremos nuestra misión. Después de habernos encargado del Leviatán. Debemos aprender la materia de la pura destrucción. ¡Miren al Leviatán! ¿Qué es? ¿Una cosa terrible escapada de la garganta de Dios cuando conoció la oscuridad en su sueño? ¿Convirtiéndose en maligno con el tiempo, cansado de la creación, revolvió Dios sus huesos y su mente y sus pulmones en un titánico ataque de tos para escupir este mal? ¿Quién sabe, quién puede imaginarlo o decirlo? Todo lo que sé es que esa antigua maldición y esa herida sangrante ahora aterrorizan el espacio y nos pisan los talones.

»Hablemos ahora con tranquilidad. Dondequiera que Dios esté ahora, hay primavera y dulces vientos. Pero con el Leviatán, todo muere y se desangra. Santo Dios, te adoramos. Pero tu antiguo mal viene para abatirme y hendir mis huesos e iluminar mis ojos muertos con su luz obscena. Así que la locura me da fuerzas para esta última noche. La locura se extiende a lo largo y a lo ancho. Una vez atrapado y muerto el Leviatán, regresaré con mi Dios.

Permanecemos allí de pie, como hechizados.

Redleigh se atrevió finalmente a preguntar:

—El infierno del que habla... ¿es ese infierno?

—Es la Muerte misma que viene a reabrir viejas heridas dijo el capitán—. Dios cuenta entre sus fuerzas con cuatro mil millones en la Tierra. Pero aquí está esa bestia para convertir el bien en mal. Dentro de un mes, esa criatura año-luz, en medio del Pacífico, sumergirá y asesinará a todo lo que vive en la Tierra.

—Pero, señor, nuestros científicos... —empezó a decir Redleigh.

—¡Están ciegos! —gritó el capitán—. ¡No, peor! ¡Pues incluso ciego, yo veo! En otras ocasiones, el Leviatán erró la Tierra por un millón y medio de kilómetros o más.

—Y esta vez —insistió Redleigh—, los cálculos indican que errará la Tierra por seis veces esa cifra.

—¿Sus expertos hablan de supervivencia? Yo hablo de Muerte —rugió el capitán—. Así vendrá nuestro funeral. Cambiado, arrastrado, puesto en nuevos rumbos por lejanos mundos oscuros más allá de nuestra visión, apagado por gravedades de malicia, el Leviatán se desvía ahora para condenarnos. ¿Es que no lo ve nadie, a nadie le importa?

En nuestras filas, nos agitamos incómodos. Lo que decía nuestro capitán parecía una locura y, sin embargo, se le veía tan seguro, tan fuerte.

—Debemos tener cuidado —dijo Redleigh finalmente—, si lo que dice es cierto.

—¡Sí, señor! —gritamos todos a una.

—Prueba, ahora, Redleigh —dijo el capitán—. Aquí están mis gráficos.

Sacó un fino disco de su chaqueta y lo tendió en la dirección de la voz de Redleigh.

—Computerice esto hasta donde usted o Dios puedan contar y luego más allá.

—Estudiaré sus cartas, señor —dijo Redleigh, gravemente.

—Rápido —dijo el capitán—. Escanee, estudie, *vea*.

Redleigh tomó el disco en sus manos.

—Aquí encontrará Destrucción —continuó el capitán—. Pero, si en lugar de eso encuentra serenidad, dulce paz y suaves excursiones... ¡si descubre en cambio el hermoso Cielo y el verde Edén, explique lo que dicen sus bellos datos! Encienda el ordenador. Si su música final es alegre, la aceptaré, y les llevaré de regreso hacia prados con yeguas y sementales y hermosas diversiones; sin rencores.

—Bien dicho, señor.

—¿Dónde está su mano? —dijo el capitán, tanteando en el aire.

—Aquí, señor.

El capitán la agarró.

—Ahora, atiendan. Aquí hay uno que ofrece su mano a mi mano. ¿Puedo pedir sus corazones y almas al resto?

—¡Aquí están! —dijeron todas nuestras voces.

—¡Y más! —añadí yo.

—¡A la orden! —exclamaron muchas voces.

El capitán siguió agarrando con fuerza la mano de Redleigh, sujetándolo mientras gritaba un último juramento:

—¡Las heridas de Cristo tragan cometas! Muchas gracias por ese dulce sonido. ¡Señores! La nuestra es una misión sagrada. No habrá nadie más grande en la historia de la humanidad, aunque nuestras arenas caigan eternamente a través de un cristal tan grande como el descanso de la Creación en la lejana Centauri. ¡Salvaremos nuestra Tierra! ¡Técnicos, estén alerta! Oh, señores, el Leviatán es una larga herida blanca sin curar en el espacio, una luz que apaga la luz. Sanémoslo para siempre. Preparen las alarmas. ¡El primer hombre que lo divise conseguirá paga doble durante el viaje! Escuadrones, rompan filas.

La tripulación corrió a sus puestos, todos menos Quell. Al notar que mi amigo no estaba conmigo, me detuve y me volví para ver cómo miraba al capitán con expresión de haber tenido una terrible revelación. También Redleigh advirtió la expresión de Quell, y permaneció en silencio junto al capitán.

El capitán, al advertir el silencio, dijo:

—Puede retirarse, Redleigh.

—Señor.

Y Redleigh se dio media vuelta y se marchó.

—¿Ismael? —dijo el capitán de pronto—. Puede retirarse.

—¡Señor!

Saludé aquellos ojos ciegos y empecé a alejarme, pero vacilé y me volví a mirar al capitán y a Quell.

El capitán sintió que Quell se acercaba. Y, sin embargo, Quell no quería mirarlo. El capitán alzó una mano para tocar el aire cerca de la extraña cara verde de Quell. Echó la mano atrás como si se hubiera quemado. Entonces se dio media vuelta y salió por la puerta de la cubierta principal y la puerta se cerró con un susurro.

Hubo un largo instante en que la cara de Quell se llenó de sombras de su propio futuro. No pude soportar verlo.

Y entonces oí las voces de la tripulación, procedentes de todas partes, una a una.

—El cometa Franciscus 12.

—El cometa Halley.

—El cometa del Papa Inocencio III.

—El cometa Gran India del 88.

—El cometa de Alcibíades.

Y en la gran pantalla estelar, uno a uno, vi gigantescas manifestaciones de cometas, meteoros, cúmulos de estrellas, todos los cuales flotaban en la oscuridad.

—¿Qué es un cometa, a fin de cuentas? —me oí decir a mí mismo—. Quién lo sabe, en realidad —me respondí—. Vapores universales. La poderosa indigestión de nuestro creador. ¿Quell?

Los pensamientos de Quell tocaron los míos.

—En mi mundo, esos cometas son conocidos como visitantes peregrinos, espectros viajeros, festivos fantasmas. ¿Ves? Nuestra historia tiene tantas tonterías románticas como la vuestra.

—Bueno, el capitán tiene sus motivos para buscar su cometa, y nosotros tenemos los nuestros —dije—. No hay nada como un acertijo.

—Un acertijo —dijo Quell—. Que se nos permita dormir esta noche. Tal vez, si dormimos, soñemos y en el sueño encontremos una respuesta. Un acertijo. Un acertijo.

Y fue en mitad de la noche, mientras dormía, cuando oí algo agitarse. Quell. Sentí su mente entrar en la mía y entonces, por fin, su voz:

—Que todos los hombres se levanten y escuchen.

Entonces, no sólo en mi mente, sino con su lengua, Quell dijo las sílabas que componen «Elías».

—Quell —susurré en voz baja.

Y entonces qué extraño fue, pues no fue la voz de Quell la que oí entonces, en mitad de la noche, sino la voz que hablaba en su mente. Era la voz de Elías, recordada.

—¡Ahora, escuchad esto! —dijo la voz que yo había oído por última vez en la catedral de la Tierra—: A bordo de esa nave, sumergidos en el espacio, llegará un

momento en que veréis tierra, un mundo en el horizonte, donde no hay ninguna tierra; encontraréis tiempo donde no hay ningún tiempo. Cuando los reyes antiguos devuelvan la carne a sus huesos y vuelvan a colocarse sus coronas.

—¿Qué es eso? —oí desde otra de las habitaciones del pasillo.

—Hacedlo callar, hacedlo callar —exclamó otra voz.

—No, esperad, esperad —susurré yo.

Y Quell continuó con la voz de Elías:

—¡Entonces, oh, entonces, la nave, el capitán de la nave, los hombres de la nave, todos serán destruidos! Todos menos uno.

—¿Todos? —dijo alguien.

—Menos uno —dijo otro.

—Todos serán destruidos —dijo Quell, con la voz de Elías.

Y entonces se sumió en el silencio y durmió.

Me volví pero no pude dormir, y sentí a mis compañeros de tripulación en sus cubículos, por todo el pasillo, insomnes hasta el amanecer.

El despertador de voz de cada camarote sonó y dio las horas y por fin, sin ningún amanecer, vimos en nuestras mentes un cometa fantasma que se alzaba como un humo espectral sobre el camastro del capitán, y el capitán gimió su propia muerte en sueños.



De la bitácora del primer oficial John Redleigh: *Datos que se remontan al año 400 antes de Cristo. Los rumores dicen que la muerte de Alejandro Magno fue predicha por la aparición del cometa Perséfone. El cometa Palestrina llegó en el año uno: bien pudo haber sido la Estrella de Belén. Sabemos esto, pero poco más. El principal material del cuerpo de un cometa es gas metano y nieve invernal, nieve invernal.*



Incapaz de dormir, me levanté y dejé mi camastro, atraído hacia el camarote del capitán. Desde el otro lado de la puerta sellada podía oír sus pesadillas dentro.

—No —lo oí gemir—. No, no, te digo. ¡Márchate! ¡Vete!

Una figura apareció en el pasillo: Redleigh. Me ocultó entre las sombras mientras el primer oficial llamaba a la puerta del capitán.

—¿Capitán?

El capitán respondió desde dentro.

—¿Qué? ¿Qué?

—Tiene usted una pesadilla, señor —dijo Redleigh.

La puerta se abrió y el capitán apareció allí, el pelo blanco y salvaje.

—Dios, soñé que caía, que caía en el espacio, eternamente. Déjeme recuperar mi alma.

—Hay que firmar la bitácora, señor —dijo Redleigh.

—¿A las cuatro de la falsa mañana? Bien, Redleigh, algo que me distraiga de mis pesadillas. Iré con usted a firmar. ¿Cómo van los ordenadores de la nave?

—Arden, señor, por el exceso de uso.

—¿Viene a demostrar que estoy equivocado?

—Ha dicho usted que tenía razón, señor —contestó Redleigh—. Lo demostraré.

El capitán salió de su camarote, y yo me oculté aún más en las sombras, aunque él no podía verme. Echaron a andar por el pasillo, hacia la cubierta principal, y los seguí.

—Le conozco, Redleigh. No tiene corazón para esta caza, ¿verdad?

—Si por «caza» se refiere a nuestro trabajo cartografiando estrellas y explorando mundos...

—¡No, no! ¡Aquí! —dijo el capitán mientras emergía a la enorme cubierta principal, casi vacía ahora, y señalaba a la pantalla estelar. La imagen tridimensional flotaba brillante en el aire.

—¿Qué sabe del paso de oscuros planetas y cometas brillantes?

—Creo que deberá enseñarme, señor —dijo Redleigh.

—Y lo haré —dijo el capitán—. Aquí hay un millar de millares de cartas estelares, selladas, canalizadas, agrupadas. Pase sus manos por esta extensión. Toque la larga marca del cometa Halley; sienta el calor del cometa de Aliostro Menor. Aquí, la profunda noche planea todos los circuitos y murmullos de Dios, todos sus largos pensamientos. Dios sueña la Alegría: aparecen verdes tierras. Dios sufre tormentos: el Leviatán surge del enorme portal de su ojo y su boca lunáticas. ¡Corre hacia aquí! Conozco un medio de atacarlo de frente, rápido, seis semanas antes de que destruya la Tierra. Debemos movernos deprisa para sorprenderlo.

—¿Sorprenderlo? —Redleigh dio la espalda a las gráficas que flotaban tan brillantes en el aire—. No se puede sorprender a un cometa, señor. No vive ni siente.

—Pero yo sí vivo, yo sí siento —dijo el capitán.

Redleigh se encogió de hombros.

—Y entrega las cargas de su conocimiento a algún gran niño errante, un accidente universal que recorre los mundos, sin hogar durante toda la eternidad. Yo...

—Continúe —dijo el capitán.

—Señor, si es como dice el reverendo Colworth, si todo el espacio es una carne con nosotros; si todos los mundos, soles y criaturas son extensiones de un territorio, una voluntad que todo lo comprende; entonces, ese espectro del que habla, señor, ese cometa, ese gran monstruo aterrador no es sino un murmullo del propio Dios. No su enfermedad y desesperación, sino Su brillante voluntad que ilumina la noche universal. ¿Se alzaré contra ese aliento?

—¡Si retorció mi alma y me cegó, sí! Escuche el sonido que hace a esta misma hora, más allá.

El capitán extendió una mano y tocó una pantalla. Un telar de energía tejió inmensos sonidos por toda la nave.

Asintiendo, el capitán continuó.

—Ése es el aliento del que hablaba. Es una cosa fría. Es todos los cementerios de la historia llevados de algún modo al espacio, y en su mortaja de años-luz, más de diez billones de almas perdidas de hombres suplican su liberación. ¡Yo, nosotros, vamos a rescatarlas!

—Ese sonido es una cosa inane, señor, mera química nacida del caos, ora lanzada por esta Estrella, ora por aquella otra. Bien puede detener su propio corazón antes que tratar de parar ese gran latido pálido.

—¿Pero y si se paran ambos a la vez? —dijo el capitán—. ¿No será mi victoria sobre eso tan grande como su victoria sobre mí? Hombre pequeño, gran destrucción viajera... ambos pesan lo mismo cuando la escala es la muerte.

—Pero si vence —dijo Redleigh, lleno de silenciosa desesperación—, habrá vencido usted a su propia carne, capitán, que Dios le ha entregado.

—¡Esta carne me ofende! —exclamó el capitán—. Si todo es uno, Dios manifestándose en los minerales, la luz, el movimiento, la oscuridad o el hombre sensato, si ese cometa es mi esencia hermana que viene a poner a prueba mi paciencia de Job, ¿no es blasfemia que intentara primero vencerme? Si yo soy la carne de Dios, ¿por qué fui abatido y quedé ciego? ¡No, no! Esa cosa está perdida y es maligna. Su gran rostro flota en el abismo. Tras su mirada sin mente siento la sangre que engrasa los mecanismos de la pesadilla y el pozo. Y si percibo todo esto en el hombre quemado por el fuego del infierno, en el tiburón caníbal de dulce boca ensangrentada, o en la enorme máscara blanca cegadora que corre entre las estrellas para asustar a los hombres y empujarlos a impulsos mucho menos que humanos, más que los huesos y almas que puedo soportar, he de atacar. No me habléis de blasfemia, señor. Intentó desayunarme. Yo me lo cenaré esta noche.

—Oh, Dios —susurró Redleigh—. Oh, que Dios nos ayude entonces.

—Lo hace —respondió el capitán—. Si somos sus materiales vivos, entonces convirtámonos en el músculo de su brazo, extendidos para detener esa bestia de años-luz. ¿Abandonará ésta, la más grande de las cacerías?

—Lo haré —murmuró Redleigh—, e iré a comprobar mis ordenadores, señor.

Redleigh se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo cuando el capitán dijo:

—Entonces está tan loco como yo. No, más loco. Pues yo desconfío de la «realidad» y su madre necia, el universo, mientras que usted une su inocencia a aparatos falibles que pretenden finales felices. Acuéstese con máquinas, y despertará *castrato*. Dulce Jesús, todavía ocupará la silla del Papa. Semejante inocencia me estremece los huesos.

—Señor —respondió Redleigh—. Estoy contra usted. Pero no me tema. Que el

capitán se guarde del capitán. Protéjase de usted mismo... señor.  
Y de nuevo Redleigh se volvió, y esta vez se marchó.

## CAPÍTULO 4

Retrocedí y regresé a mi camarote, profundamente perturbado. Apenas dormí las horas que quedaban hasta el amanecer, y en cambio me revolví en mi camastro, agitado, mientras Quell yacía impertérrito, soñando quién sabe qué sueños alienígenas.

Con la primera campanada, me levanté y me dirigí a la cubierta de comunicaciones. Allí encontré al tripulante Small, inclinado sobre su consola.

—¿Sabe que un cohete se alimenta a si mismo en el espacio? —preguntó.

—¿Se alimenta? ¿Qué quiere decir?

—Chapotea —explicó—, como un gran pez en corrientes de vibración solar, rayos cósmicos, radiaciones interestelares. Siempre hambrientos, nosotros (esta nave) buscamos banquetes de gritos y alaridos y ecos. Me siento aquí, día sí y día también, sintonizando las grandes corrientes del espacio que nos rodea. La mayor parte del tiempo, todo lo que oigo son variaciones de sonido anónimo: zumbidos y estática y vibración. Y de vez en cuando, por accidente... ¡Escuche!

Tocó un contacto y del altavoz de la consola llegaron voces, claras voces humanas. Volvió su rostro hacia el mío, una extraña luz brillaba allí...

Escuchamos emisiones que se habían dirigido a multitudes en la Tierra, a los oídos de gente doscientos años atrás. Churchill hablaba y Hitler gritaba y Roosevelt respondía y las muchedumbres rugían; había partidos de fútbol y béisbol de tardes largamente perdidas. Se alzaban y caían, entraban y salían, como olas oceánicas de sonido.

—Ningún sonido, una vez emitido, se pierde del todo —dijo Small—. Todos quedan atrapados en las nubes eléctricas, y con un contacto, si los encontramos, podemos volver a capturar esos ecos de tristes guerras olvidadas, largos veranos y dulces otoños.

—Señor Small —dije—. Debemos atrapar esas emisiones para poder oírlas una y otra vez. ¿Hay más? ¿Qué ha encontrado?

—Hemos encontrado una fuente de los días más jóvenes de la Tierra. Voces de siglos pasados. Extraña gente de radio, fantasmas de risas, charadas políticas. Escuche.

Small jugueteó con el dial de la consola una y otra vez. Oímos el momento en que el *Hindenburg* estalló en llamas. Lindbergh aterrizó en París en 1927. Alguien llamado Dempsey luchaba contra alguien llamado Tunney en 1925. Las multitudes

chillaban de horror, las turbas aplaudían. Y entonces todo empezó a desvanecerse.

—Los hemos dejado atrás —dijo Small.

—¡Vuelva! —exclamé—. Esa es nuestra historia.

En la consola sonó otra voz:

—Esta tarde en el número 10 de Downing Street, el primer ministro Churchill...

El capitán entró en la cubierta.

—Señor —dijo Small—. Hemos encontrado una Fuente de los días más jóvenes de la Tierra. Voces de siglos pasados. Extraña gente de radio, fantasmas de risas, charadas políticas. ¡Escuche!

—Sí, sí —dijo el capitán, casi con tristeza. Y entonces, de repente—: Small, Jones, dejen eso ahora. No hablan más que a sí mismos. Nosotros no podemos jugar, ni reír, ni llorar con ellos. Están muertos. Y nosotros tenemos una cita con lo real.

Small extendió de nuevo la mano hacia el dial de la consola, mientras una última voz anunciaba:

—¡Línea conseguida! ¡Mantle a salvo en la primera!

Entonces, silencio.

Me toqué la mejilla para secar una lágrima. «¿Por qué lloro?», me pregunté. Esas voces no eran mi gente, mi tiempo, mis fantasmas. Y, sin embargo, una vez vivieron. Su polvo se sacudía en mis oídos, y no pude detener mis ojos.

De repente, por el intercomunicador de la nave, retumbó una voz:

—Alerta azul. Todos los puestos a la escucha. Avistamiento. Sector estelar CV7. Avistamiento. ¡Alerta azul!



Quell y yo nos encontrábamos frente a su pantalla, aturdidos ante lo que veíamos allí.

—Santo Dios —dije—. ¿Qué es eso?

—Una luna —contestó Quell.

—Sí. Pero qué luna. Parece tan vieja. Mucho más vieja que la nuestra, cubierta de pueblos, ciudades, antiguos jardines. ¿Cuánto tiempo crees que llevará esa luna dando vueltas sola en el espacio?

Quell consultó su panel de instrumentos, y amplió la imagen.

—Diez mil veces un millón de años —dijo—. Oh, qué hermoso, qué hermoso... las torres, las ventanas enjoradas, el solitario y desierto patio lleno de polvo.

Y entonces oímos la voz de Redleigh.

—¡A la espera! Disminuimos velocidad.

Y entonces la voz del capitán cortó:

—¡Señor Redleigh!

—¡Señor! Esta luna es muy antigua y hermosa. Nuestra misión es explorar, encontrar, informar.

—Sí, Redleigh, puedo oírlo en su voz. Es un hermoso mundo errante y perdido, una belleza antigua, un extraño de paso, pero debemos dejarla atrás. Reemprenda el rumbo.

Y por el intercomunicador llegó la voz:

—Reemprendemos a toda velocidad. Alerta azul cancelada.

La imagen de la luna perdida, que había sido proyectada en todas las pantallas de la nave, empezó a borrarse.

—Perdida de nuevo —dijo Quell.

Y una vez más, la nave fue rodeada por el negro espacio.

## CAPÍTULO 5

De la consola de Small llegaban tenues voces, embozadas en estática, desde inenarrables kilómetros de distancia:

—*Lightfall 1* llamando a *Cetus 7*. Aquí *Lightfall*. De regreso tras doce años de misión. *Cetus 7*, ¿me recibe?

«Dios mío —pensé—, otra nave espacial.»

La voz de Quell tocó mis pensamientos.

—Imposible. En todos estos miles de millones de kilómetros de espacio, ¿cuáles son las posibilidades de encontrar...?

—¿Otra nave espacial? —pregunté en voz alta.

—Aquí *Lightfall 1* —repitió la voz—. ¿Hacemos un alto el fuego, *Cetus 7*?

Los hombres corrían a la cubierta principal desde todas partes, congregándose alrededor de los monitores.

—*Cetus 7*, solicitamos permiso para aproximarnos, conectar y subir a bordo.

—¡Sí! —exclamó la tripulación.

—¡No! —tronó el capitán.

—*Cetus 7*, por favor, responda.

El capitán ordenó a Small que abriera un canal de comunicaciones con la otra nave.

—*Lightfall 1* aquí *Cetus 7*. Permiso denegado.

—*Cetus 7*... por favor, confirme: ¿permiso denegado? ¿Le he entendido bien?

—Me ha entendido —respondió nuestro capitán.

—¡Pero mis hombres, capitán, escúchelos!

Y por el canal de comunicaciones abierto oímos un grandioso clamor en la otra nave, a unos pocos miles de kilómetros de distancia.

—Malditos necios con sus juegos infantiles —dijo nuestro capitán—. No hay tiempo. ¡No hay tiempo!

—¿Tiempo? —dijo la voz de *Lightfall 1*—. ¡Por el amor de Dios, si todo lo que hay aquí es espacio! Dios tiene tiempo de sobra. ¿Y yo? Estoy lleno de muchos años de vagabundeo y noticias de estrellas extrañas y cometas terribles.

—¿Cometas? —exclamó nuestro capitán.

—¡El cometa más grande del universo, señor! —dijo el comandante de la *Lightfall 1*.

—Permanezca entonces a la espera —dijo nuestro capitán—. Permiso para subir a

bordo.

Vimos en las pantallas cómo la *Lightfall 1* se acercaba. Ambas naves extendieron brazos mecánicos y se estrecharon mutuamente como amigas. Hubo un golpe sordo cuando la conexión se completó, y una hora más tarde el capitán de la *Lightfall 1* subía a bordo de la *Cetus 7* y saludaba.

—Soy Jonás Enderby, de la *Lightfall 1*.

Salió de la cámara estanca, y tras él aparecieron una docena de miembros de su tripulación: oscuros, claros; varones y hembras; bajos, altos; humanos y alienígenas. Les ofrecimos una sonrisa de bienvenida, ansiosos por oír su historia.



Más tarde, en el comedor común, el comandante Enderby alzó un vaso en dirección a nuestro capitán, con quien estaba sentado a la mesa central.

—A su salud, señor. No, a la mía. Dios mío, han pasado nueve meses desde la última vez que tomé una copa de verdad. ¡Tengo un antojo! ¡Y ese antojo es la bebida!

El comandante de la *Lightfall* bebió.

—¡Más! —exigió.

—Más, sí —dijo nuestro capitán—. Y luego hable.

—¿Quiere oír hablar de cometas? —dijo Enderby de la *Lightfall 1*.

—Estoy esperando —respondió nuestro capitán, con una luz brillante destellando en sus ojos.

Todos nos acercamos un poquito más, tanto como permitía el protocolo, para escuchar.

-Dios me vomitó en la cara —dijo Enderby—. Aún no estoy limpio. Pues fue el más grande, el más largo, el más brillante...

Nuestro capitán interrumpió.

—¿El Leviatán?

Enderby se quedó boquiabierto.

—¿Lo conoce?

—¿Lo ha localizado, entonces?

—¡Localizado, demonios, me dejó blanco y me rompió los huesos! Apenas escapé con vida.

—Ah —exclamó el capitán—. ¿Lo oye, Redleigh?

—No pretendo estirar el chiste —continuó Enderby—. Me probó, señor. Nos tragó a mí, a mi nave y a mi tripulación de un gran mordisco hambriento. ¡Vivimos dentro del Leviatán!

—¡Dentro! ¿Oye eso, Redleigh? ¡Dentro!

El comandante de la *Lightfall 1* continuó.

—Hace que parezca divertido, señor.

Nuestro capitán se levantó, todo silencio de piedra.

—No pretendía ofenderlo. Yo, más que nadie, sé bien...

—¡Y fue divertido! —continuó Enderby—. ¿Qué otra cosa puede hacer uno cuando está bien metido en las profundidades del vientre de la bestia? ¡Bailamos un rigodón en las tripas del Leviatán!

—¡Y sin embargo... están *aquí*!

—¡Señor, no pudo digerirnos! Lo envenenamos con risas. Por todo su interior subimos, caímos, volvimos a caer, abrumados por el Destino, histéricos por el baile. ¡Disparamos nuestras risas como cañones a su corazón!

El capitán se estremeció.

—¿Risas? ¿Bailes? —se preguntó.

Y Enderby, de la *Lightfall 1*, se tocó el ojo derecho.

—¡Sí! Aunque antes de que nos atrapara con sus fauces, estropeó mi visión y me mató este ojo. ¿Ve? Puro cristal irlandés forjado. ¡Cristal! Lo juro. ¿Lo saco y jugamos a las canicas?

—No, no. Déjelo estar —dijo nuestro capitán con un suspiro—. Le creo.

—Ya veo que sí —respondió Enderby—. El Leviatán me cegó una vez, pero sólo hizo la mitad del trabajo. Habría destruido mi otro ojo de haber tenido oportunidad. ¡Pero creamos tal tumulto que el Leviatán se mareó y nos escupió de vuelta a las estrellas!

Nuestro capitán agarró a Enderby por el brazo.

—¿*Dónde*?

—A quince millones de kilómetros más allá de la órbita exterior del tránsito de Saturno.

—¿Oye eso, Redleigh? —exclamó nuestro capitán—. ¡Siga su curso!

—¿Curso? —el capitán de la *Lightfall 1* se echó a reír. ¿Qué curso? ¿Cree que sabe lo que está haciendo, adónde va? ¿Cómo puede el caos ser planeado, planificado, *tener un curso*? ¿Dónde está esa ginebra? Necesito otro trago.

Redleigh dio un paso adelante y la sirvió.

—Mis cartas son acertadas y precisas —dijo el capitán, agarrando el brazo de Redleigh y derramando la ginebra al hacerlo—. ¡Iré a recibir a ese espectro!

—¿Por recomendación mía? —dijo Enderby, asombrado—. ¿Hice que pareciera demasiado bonito? Demonios —sacudió la cabeza—. Por las bromas y las chanzas y las canciones chistosas. Por el Leviatán y por usted, señor. Ojalá le divierta su mal genio y le escupa. Dios quiera que pueda escupirlo.

—Debemos ponernos en marcha, y ahora —dijo el capitán, la frente brillando súbitamente por el sudor—. ¡Todo el mundo a cubierta!

Enderby se levantó y dijo:

—Pero capitán, ¿no podemos quedarnos un poco más? A mi tripulación le sentaría bien pasar un poco más de tiempo con caras nuevas, nuevos amigos, noticias de casa. Estamos cansados, y secos como la arena.

—Mi sed es más grande —tronó el capitán—. Debemos marcharnos.

Enderby apuró su vaso y lo depositó de golpe sobre la mesa.

—¡Al infierno con usted, señor! Cumpla su misión de locos, si eso es lo que elige.

Enderby se levantó, e indicó a su tripulación que lo siguiera. Recorrieron los pasillos hasta las compuertas estancas, se pusieron sus trajes y se fueron.

Momentos más tarde, la *Lightfall 1* y toda su tripulación se habían marchado, perdidos de nuevo en el espacio sin sonido.

## CAPÍTULO 6

En la profundidad de la falsa noche, nuestro capitán recorría los pasillos de la zona de dormitorios. Quell escrutó su mente y me dijo sus palabras en susurros:

—¿Qué, fingiendo dormir? Hacedlo, y morded vuestras amargas lenguas, que me odian por aguaros la fiesta. Pero si Cristo caminara por el espacio esta noche...

Y Quell, hablando con su propia voz, añadió:

—No Cristo. Sino uno de sus pastores perdidos.



A la mañana siguiente, Redleigh nos llamó a Quell y a mí a la consola de comunicación de Small. Allí nos reunimos con el tripulante Downs.

—Esta comunicación tuvo lugar anoche —dijo Redleigh, e hizo un gesto a Small, quien tocó un contacto en su consola. Prestamos atención, y al principio oímos la habitual estática y los pulsos del espacio, y por fin una voz empezó a hablar.

—Aquí la nave estelar *Raquel* —dijo una voz lejana—. Astronave teológica *Raquel*, la nave de Pío el Vagabundo, llamando a *Cetus 7*. Responda, *Cetus 7*.

Y el capitán, tras conectar, dijo:

—Aquí *Cetus 7*.

La quejumbrosa voz de Pío llenó el aire.

—¿Han visto a la deriva un pequeño cohete-salvavidas? Una tormenta espacial se lo llevó. Había cinco sacerdotes en él, siguiendo a ese cometa...

—¿El Leviatán? —preguntó el capitán.

—¡Sí! —respondió el capitán de la *Raquel*—. ¡Sí! Mi hijo, mi único hijo, buen hijo de Dios, iba en ese cohete. Intrépido, curioso. La Gran Novia Blanca, lo llamaba. Fue a buscar la es— tela de la Novia Blanca, con otros dos hombres buenos. Y ahora lo estoy buscando. ¿Me ayudarán?

—No tengo tiempo, señor —dijo nuestro capitán.

—¡Tiempo! —exclamó el capitán de la *Raquel*—. He perdido toda mi vida. Tiene que ayudarme.

El capitán volvió a hablar.

—¡Apártense! Voy a redimir a su hijo. Dios le ayude, capitán.

El capitán de la *Raquel*, mientras su voz se apagaba, dijo:

—Dios le perdone, capitán de la *Cetus 7*.

Y la grabación cesó. Los cinco nos miramos, aturcidos por la conversación.

—¿Así que la *Raquel*, llorando por sus hijos perdidos, se retiró y nosotros nos dirigimos hacia qué, la aniquilación? —dije yo.

Mis compañeros desviaron la mirada, inquietos.

—Señor Redleigh —dijo Quell—, ¿nos ha mandado llamar?

A lo lejos, una compuerta se abrió y en algún lugar, arriba, sin que lo viéramos, sentimos el extraño paso magnético del capitán.

Downs miró hacia arriba y dijo:

—¿Es sobre él?

—Él, y más —contestó Redleigh—. Es sobre nubes de antiguos tiempos de radio que hablan con acertijos, que dejamos pasar. Compañeros astronautas cansados y solitarios. Naves de sacerdotes que nos negamos a rescatar. Trabajos por hacer...

—Pero, señor, el capitán nos ha dicho que este cometa es nuestro *trabajo* —interrumpió Downs.

—Bueno, aquí están las cartas del capitán —dijo Redleigh—. Leviatán golpeará la Tierra, ¿verdad?

—Sí —reconocimos todos—. Claro, por supuesto, sí.

—Aquí está la Tierra —dijo Redleigh, señalando la carta—. Downs, ilumine su sustancia. Ahora, vamos a iluminar al Leviatán, aquí. Movamos la Tierra y la luz blanca en su camino, aquí, y veamos cómo viajan. El ordenador suma y hace la cuenta. ¡Ahí!

La gran carta estelar se encendió. Vimos nuestro planeta Tierra. Vimos el cometa. La Tierra se movía. El Leviatán se movía. El universo giraba. El Leviatán se abalanzaba por el espacio y la Tierra giraba alrededor del sol.

—Ahí, miren —dijo Downs—. ¡Un curso de colisión! ¡El cometa *destruirá* la Tierra! Tal como dijo el capitán.

—No, no lo hará —dijo Redleigh.

Y mientras contemplábamos cómo se desplegaba la gran carta estelar, el enorme cometa pasó de largo sin alcanzar la Tierra.

—¿Ven? Ahí va —comentó Redleigh—. El cometa continúa su trayecto, dejando a la Tierra intacta.

Vimos perderse al cometa.

Redleigh desconectó la carta.

—Los capitanes no mienten —intervino Downs.

—No lo hacen a menos que estén locos —respondió Redleigh—. Entonces mentir es toda la verdad que conocen. ¿Quell?

Miramos a Quell, que se agitó incómodo.

—Quell lo sabe —dijo Redleigh—. Quell, estos hombres se están abogando. Dales aire.

Quell permaneció en silencio con los ojos cerrados y cuando habló, lo hizo sólo para sí mismo.

—Oh, padres del tiempo, perdonadme. Venid —hizo un gesto, atrayéndonos a sus brazos arácnidos—. Dejadme agrupar vuestras mentes. Así. Y así.

Sentimos abrazar nuestras almas. Alzamos la cabeza. Quell nos había reunido y unido al alma y la mente y la voz del capitán.

En la cubierta superior de la nave, bajo las estrellas, oímos gritar a nuestro capitán:

—¡Creo que veo!

Nos sentimos conmocionados, pues lo oímos con claridad, aunque era imposible desde tan lejos.

Quell sacudió la cabeza y se retiró, y la voz del capitán se desvaneció.

—Quell —insistí—. ¡Continúa! Por favor. Tenemos que oír.

Quell nos reunió de nuevo a su alrededor. Había fuego en sus ojos y sus extrañas mejillas verdes. La voz del capitán volvió a hacerse fuerte mientras se movía a través de Quell.

—Sí, casi creo que sí. Mundos lejanos, largamente muertos, rompen estos ojos con visiones vivas, una vez, y otra vez, y otra, y dicen: «¡Vivimos! ¡Recordadnos! Oh, pensad en nosotros. ¡Perdonad nuestros pecados! Celebrad nuestras virtudes, a través de la carne y la sangre, y la dulce voluntad de la sangre desaparecerá. Y con ella esa desesperación llamada esperanza, que nos despierta al amanecer. ¡Recordadnos!»

»Os recuerdo, aunque no os conocí. Vuestra antigua situación inspira, vuestra pesadilla no se olvida... La mantengo aquí, unida ala mía propia; a vuestros fantasmas de clamor doy carne y hueso; vuestro espíritu guerrero mueve mi brazo para golpear; habláis en mi mediodía e instruís mi noche.

»Igual que vosotros venís a mí, yo iré a otros mundos un día, cuando las acciones de esta noche, las cosas que decimos y hacemos en este escenario solitario, dentro de un millón de años a partir de esta hora se rompan y florezcan en alguna orilla lejana, donde gente como vosotros alzará la cabeza, y mirará, y conocerá de nuevo nuestra pérdida, el despertar de la vida o el bostezo de la muerte.

Y de nuevo, silenciosamente, nuestro capitán continuó:

—Así nosotros, como ellos, pasamos, fantasmas eternos, llamando a los portales, tirando de las puertas, contando nuestras acciones, volviendo a prometer antiguos sueños, bienvenidos o no bienvenidos. Sin embargo continuamos, año-luz tras año-luz, y nadie más allá lo sabrá. Así ellos y los suyos, y nosotros y los nuestros daremos sombra a la eternidad, dos películas proyectadas sobre pantallas opuestas y nada y nada y nada intermedio.

»Esta noche yo seré asesino o asesinado. Pero allí, atrapado y transportado en tormentas de luz, aún no he nacido.

»Oh, Dios, quisiera ser ese niño, para empezar de nuevo y, al empezar, conocer la paz de un clara mañana de bautismo.

Quell nos dejó ir, bajando los brazos, los ojos cerrados.

—Oh, Dios... —dijo Redleigh, emocionado y angustiado.

—Dios, sí —dijo Small—. Basta, basta. Tiene que parar.

Quell tomó aire, y de nuevo nos llegó la voz del capitán.

—¡Mediodías eternos pedí, oh, Señor! Medianoche eterna, mi recompensa. ¡Oh, blancura! Mi pálida y errante lujuria. ¡Oh, espíritu temido, preséntate! Esta vez no viraré. ¡Mi rumbo se mantiene fijo más allá de las gravedades! Perpetuo como los mundos que giran alrededor del sol, así arde mi alma en una trayectoria.

»¡Ciego, mi cuerpo sufre y es un solo ojo! Tejeré un eclipse que te ensombrezca a ti que te atreviste a ensombrecerme. Tu velo nupcial será tu mortaja. Obligaré a tu telaraña sin mente a estrangularte. ¡Leviatán! ¡Leviatán!

Sentimos sus manos extenderse para agarrar y sujetar y matar.

Y, por fin:

—¿Puedo hacer esto y mis fuegos?

Quell citó, con su propia y cansada voz:

—Fuegos.

Y nosotros guardamos silencio, allí de pie, y el capitán no dijo nada más.

## CAPÍTULO 7

—¿Bien? —dijo por fin Redleigh.

Y Downs alzó la cabeza y miró a los ojos al primer oficial y dijo:

—Ha sido una escucha ilegal, infrecuente, criminal. ¡No tenemos ningún derecho!

—¿Se trata de peligros *infrecuentes*!

—¿Se amotinaría usted, señor? —dijo Small.

Redleigh dio un paso atrás, con una expresión aterrorizada en el rostro.

—¿Amotinarme?

Quell interrumpió.

—Él se... *haría cargo*.

Y respondimos en silencio, con nuestros propios rostros aterrorizados.

—¿No acaban de oír lo que hay en su corazón, lo que pretende hacer? —dijo Redleigh.

—Lo hemos oído —replicó Downs—. Pero esos pensamientos del capitán que hemos tomado *prestados*... ¿en qué difieren de los nuestros? Todos los hombres son asesinos poéticos en el fondo de su alma, avergonzados de dejarlo ver.

—¿Nos está pidiendo que juzguemos *pensamientos*! —dijo Small.

—¿Juzguen entonces acciones! —respondió Redleigh—. El Leviatán viene. Estamos cambiando nuestro rumbo para recibirlo. Alguien ha manipulado el ordenador: hace veinticuatro horas decía una cosa, ahora dice otra.

—Y lo mismo pasa con las máquinas —dijo Downs—. Las sumas astronómicas están bien, pero la sangre es mejor. La carne es más fácil. La mente y la voluntad son excelentes. El capitán es todo eso. El ordenador no sabe que yo vivo. El capitán sí. Mira, ve, interpreta, decide. Me dice adónde ir. Y como es mi capitán, yo voy.

—Derecho al infierno —dijo Redleigh.

—Entonces que sea al infierno —Downs se encogió de hombros—. El lugar de nacimiento del cometa. El capitán tiene a la bestia en su visión. Yo también odio a las bestias. Mi capitán me despierta con ¡*No!* Y yo soy su eco máspreciado.

—¿Y yo! —dijo Small.

—¿Quell? —preguntó Redleigh, volviéndose hacia el alienígena verde.

—He dicho demasiado —respondió Quell—. Y todo es del capitán.

—¿Ismael? —dijo Redleigh.

—Yo tengo miedo —respondí.

Downs y Small se apartaron.

—¿Podemos retirarnos, señor Redleigh?

—¡No! Dulce Jesús, les ha cegado también a ustedes. ¿Cómo puedo hacerles ver?

—Ya es tarde para eso, Redleigh —dijo Small.

—¡Pero verán, maldición! Voy a ver al capitán. Ahora. Deben quedarse atrás si no conmigo. Lo oirán de su propia boca.

—¿Es una orden, señor?

—Lo es.

—Muy bien —dijo Small—, a la orden, señor.

—Y a la orden yo también, supongo —dijo Downs.

Y los tres tripulantes se marcharon, y Quell y yo los seguimos, escuchando el extraño pulso electromagnético del capitán, cerca pero lejos.

## CAPÍTULO 8

—Señor Redleigh, han venido a amotinarse.

El capitán nos había permitido entrar en su camarote y estaba allí de pie, frente a nosotros, sus extraños ojos parecían mirarnos.

—Señor —dijo Redleigh—. El simple hecho es que...

El capitán lo interrumpió.

—¿Sencillo? La temperatura del sol es de veinte mil grados. Sin embargo, quemará la Tierra. ¿Sencillo? Desconfío de la gente que viene con hechos sencillos y luego predica calamidades. Ahora, Redleigh, escuche. Le entrego el mando de esta nave.

—¡Capitán! —exclamó Redleigh, sorprendido.

—Ya no soy capitán. Usted recibirá el reconocimiento por el grandioso destino que le aguarda.

—No deseo ningún destino —dijo Redleigh.

—Cuando lo conozca, lo deseará. ¿Viene con hechos? Márchese con algo más que eso. ¿Quién ha visto un cometa de cerca?

—Nadie señor, excepto usted.

—¿Quién ha tocado la carne de un cometa?

—Una vez más, nadie que conozcamos.

—¿Qué tiene un cometa para que corramos a recibirlo?

—Al grano, capitán.

—¡Al grano! Vamos como pescadores con nuestras redes. Vamos como mineros a una profunda y espléndida mina de minerales a la vez puros y preciosos. Ese banco de peces, que es el Leviatán en el espacio, es sin duda el mayor tesoro de todos los tiempos. Lancemos en él nuestras redes y sacaremos milagros de peces, puras energías que avergonzarán a los milagros en Galilea. Abriremos las puertas de esa enorme casa de tesoros y tomaremos lo que se nos antoje. Debe de haber diez mil millones de minas, de un brillo tan intenso que les quemará los ojos. Esos negros diamantes caen del espacio cada noche, todas las noches, durante todas nuestras vidas, y no queman nada. Nosotros recogeremos esa lluvia. Guardaremos sus lágrimas más brillantes para venderlas en los mercados más preciados. ¿Quién dice no a esto?

—Yo no... todavía —dijo Redleigh, alerta.

—Entonces absorberemos el mismo aliento de ese gran espectro. Su aliento es

hidrógeno y mezclas de vapores tan ardientes que iluminarán civilizaciones enteras para los hijos de nuestros hijos. Esa energía, contenida, controlada, recolectada, guardada, liberada, creará maravillas atómicas para nuestra raza y producirá maravillas aún mayores como recompensa. Veo raras cuentas bancarias que nos permitirán retirarnos a todos pronto, para dedicarnos a la locura.

—¿Locura?

—La locura del placer y la buena vida y la dulce comodidad. El aliento y el cuerpo del Leviatán son suyos para cambiarlos por dinero y crédito. En cuanto a mí, pido algo sencillo: déjenme su alma. ¿Bien?

—Si ese es el tipo de lluvia que cae del espacio —dijo Downs—, me bañaré en esa lluvia.

—¡Sí! ¡Como los niños se bañan en las lluvias de primavera!

Y yo pensé: «Me ha ganado su poesía, pero no sus hechos.»

El capitán se volvió hacia Quell.

—Buen Quell, usted lee mi mente —dijo—. ¿No se pierden el buen tiempo y la lluvia y las monedas de plata acuñadas en una nueva hierba alta?

Y Quell no tuvo ninguna respuesta.

—¿Redleigh?

—Maldito sea, señor.

—No tanto maldito como salvado —respondió el capitán—. La salvación me atrapa. Escuchen su sonido. ¿Small? ¿Downs?

—¡Sí, señor! —dijeron ambos.

—¿Quell? ¿Ismael?

Una pausa.

—Su silencio es afirmativo.

Y, volviéndose hacia Redleigh, el capitán dijo:

—¿Dónde está ahora su motín?

—¡Los ha comprado usted, señor! —dijo Redleigh.

—Puje, entonces, y vuelva a comprarlos —respondió el capitán.



Más tarde, en la intimidad de mi propio camastro, hice la siguiente entrada en mi diario personal: *Hemos huido de viejas voces de radio, nos hemos alejado de lunas perdidas con ciudades perdidas, nos hemos negado a compartir alegres bebidas y buenas risas con solitarios hombres del espacio, e ignorado a raros sacerdotes en busca de sus hijos perdidos. La lista de nuestros pecados se hace cada vez más larga. ¡Oh, Dios! Debo escuchar; pues, al espacio, ver qué más hay allí, qué otros crímenes podríamos cometer por ignorancia.*

Solté el diario y toqué un mando de la radio de la habitación. Al principio no

hubo nada más que fría estática y luego llegó la música, una sinfonía más extraña que nada que hubiera oído jamás.

Subí el volumen y escuché con los ojos cerrados.

El sonido de la música hizo que el dormido Quell se agitara. La apagué, y desde su lado de la habitación llegó la voz de Quell, urgente.

—Vuelve a encenderla, rápido.

Volví a tocar el mando y la música regresó. Era hermosa, un réquiem para que los vivos fueran llorados como los muertos.

Sabía que atormentaba a Quell, pues su mente ahora abrazó la mía.

—Oh, escucha —susurró—. ¿Lo oyes? Música de mi lejano mundo.

—¿Del tuyo? ¿A miles de millones de kilómetros de distancia? ¡Oh, Dios!

—Dios, en efecto —dijo Quell—. Música que ha viajado hasta aquí desde mi galaxia, y más allá. Esa es la música del sufrimiento y la muerte del padre de mi padre.

La música continuó sonando, sombría y fúnebre.

Sentí las lágrimas picotearme los ojos sin motivo alguno. y Quell continuó:

—La elegía que mi abuelo compuso para su propio funeral, su gran lamento.

—¿Por qué lloró por sí mismo? —me pregunté en voz alta.

Entonces Quell extendió una mano invisible y con una mente invisible le habló a Downs.

—Downs —dijo—. ¿Puede dejar un momento sus tareas en la nave y hacer para mí un traje espacial?

—Lo haría, señor, si supiera cómo —fue la respuesta de Downs.

—Yo lo dibujaré y le daré el patrón —dijo Quell—. Venga aquí ahora.

—¡Quell! —dije, alarmado—. ¿Qué es todo esto?

Me incorporé, y vi a Quell sentado ante su mesa, su extraña mano dibujando una extraña forma en la pantalla del ordenador que tenía delante.

—Ahí está —dijo Quell—. El traje espacial adecuado, decorado con símbolos de mi mundo perdido.

—¿Va a ser entonces su ataúd? —dijo Downs cuando entró en nuestra habitación y miró el diseño de Quell.

—Todos los seres que visten trajes espaciales habitan ataúdes futuros de su propio uso y forma. Este no es sino más sombrío. Córtelo de la noche, suéldelo con sombras.

—¿Pero por qué? —quiso saber Downs—. ¿Por qué quiere un traje de muerte?

—Escuche —le instó.

Subí la música de otro mundo. Downs escuchó y sus ojos temblaron y sus manos empezaron a moverse.

—Dios, miren mis dedos. Es como si tuvieran una mente propia. Lo provoca esa elegía. Oh, Quell, buen Quell, supongo que no puedo sino hacer este traje terrible.

—Quell —interrumpí—, esa música ha estado en el otro lado del universo y ha vuelto. ¿Por qué llega aquí, ahora?

—Porque es el momento adecuado.

—¡Quell!

Pero permaneció allí sentado, silencioso, mirando a la nada en su postura fija.

—Quell —insistí— Escúchame.

Downs me puso una mano en el hombro.

—No le oye.

—¡Tiene que sentirlo que estoy pensando! —repliqué.

—No —dijo Downs—. He visto cosas así antes. Ya sea entre los nativos de los mares perdidos de la Tierra o en el otro confín del espacio, es lo mismo. La muerte le está hablando.

—¡No escuches, Quell! —dije. Y le cubrí con las manos las orejas, lo que fue una estupidez, pues como bien dijo Downs:

—Su cuerpo entero oye. ¿Cómo impedirá eso?

—¡Así! —grité—. ¡Así!

Rodeé a Quell con mis brazos y lo agarré fuerte, muy fuerte.

—Déjelo —dijo Downs, en voz baja—. Es como intentar insuflar vida en el mármol blanco de una tumba.

—¡Lo haré! —dije—. ¡Oh, Quell, soy Ismael! Tu amigo. Maldición, Quell, te pido, no, te *exijo*... que lo dejes ¡En este mismo instante, déjalo! Me enfadaré contigo, si esto continúa. ¡No volveré a hablarte de nuevo! Yo, yo...

Y aquí me detuve, pues no podía respirar.

—Lloraré.

Me sorprendieron mis lágrimas y me retiré para verlas caer en mis palmas abotargadas. Extendí las manos ante Quell, mostrándole aquellas lágrimas.

—Quell, mira, por favor, mira —supliqué.

Pero Quell no lo vio.

Traté de pensar qué debía hacer.

Y entonces me volví y golpeé el mando de la consola de radio. La lejana música funeraria murió.

Miré a Quell y esperé. Un eco de la música quedó flotando en la habitación.

—Todavía la oye —dijo Downs.

De repente, rompiendo el silencio, un cuerno, una bocina, una campana y una voz:

—¡Alerta roja! ¡Todos a sus puestos! ¡Alerta roja!

Me di la vuelta y eché a correr, siguiendo a Downs por el pasillo hacia la cubierta principal.

Cuando llegué a mi puesto, encendí las luces de la pantalla multinivel que tenía delante. Una pauta de luz atómica, de muchos colores, se desplegó ante mis ojos.

—¿Qué es esto? —me pregunté en voz alta.

Redleigh se situó detrás de mí, y formuló la pregunta.

—¿El Leviatán?

El capitán se acercó con su pulsante sonido eléctrico.

—No. El gran cometa está más allá, todavía a cierta distancia. Envía un mensajero para advertirnos. Dispara una tormenta de gravedades, remolinos atómicos, lluvia de polvo de meteoros, bombardeos cósmicos, explosiones solares. No le presten atención. No es más que una mera mota de polvo comparado con el Leviatán.

Sintonicé los sensores de mi consola, y era tal como el capitán había dicho. En algún lugar, casi fuera de nuestro alcance, lejano pero acercándose con rapidez, había un titán de inimaginable tamaño y poder.

Nuestra nave tembló.

## CAPÍTULO 9

El temblor se volvió más convulsivo, la luz de la pantalla más errática. El sonido aumentó, pero sabíamos que no era el inmenso sonido que haría el Leviatán cuando llegara.

—Capitán —dijo Redleigh—. Permiso para retroceder. Nos destruirá.

—De frente, señor Redleigh —dijo el capitán—. Simplemente nos está poniendo a prueba.

La tormenta en la pantalla se alzó y cayó y volvió a alzarse. Y entonces, un súbito silencio.

—¿Qué? —preguntó Redleigh.

—¡Qué, qué, en efecto! —dijo el capitán.

—Se ha ido —informé, comprobando de nuevo mi pantalla, incrédulo—. La tormenta que corría por delante del cometa ha desaparecido. ¿Pero qué hay del propio Leviatán?

Hice algunas comprobaciones más, buscando entidades hostiles en la vasta expansión en torno a nuestra nave.

—¡El cometa! ¡Ha desaparecido también! Los sensores ya no lo detectan.

—¡No! —dijo el capitán.

—Sí. Según las lecturas, todo el espacio a nuestro alrededor está vacío.

—Gracias a Dios —dijo Redleigh, casi para sí.

—¡No, yo digo que no! —aulló el capitán—. Mis ojos no ven nada. Sin embargo... tiene que estar ahí. Casi puedo tocarlo. Lo *siento*. Es...

Una voz familiar le interrumpió.

—Se ha ido —dijo Quell, en voz baja, contemplando en la pantalla del ordenador el vacío del espacio—. Se ha ido.

—¡Quell! —grité—. ¡Has vuelto! Gracias a Dios.

Quell no dijo nada.

—¿Quell, qué ha pasado ahí fuera? —pregunté.

Quell avanzó lentamente.

—La música funeraria... se ha ido. Nuestro cementerio viajero, ido. El cometa, la pesadilla, todo... ya no están.

—Sí —dije yo—. ¿Pero por qué?

Quell guardó silencio.

—¡Explíquelo, hombre! —chilló el capitán.

Finalmente Quell apartó la mirada de la pantalla y nos habló.

—Esa tormenta ha herido al Tiempo. Hemos doblado una esquina de la Eternidad. La materia misma del vacío, el abismo se ha... dado la vuelta... átomo sobre átomo... molécula sobre molécula... partícula sobre partícula se han invertido... Yo lo sentí... así.

Y Quell extendió una mano como si su mente hubiera huido.

—¡No puede ser! —me oí decir.

—¡Eso digo yo! —exclamó el capitán, incrédulo.

—El espacio dice lo contrario —respondió Quell, tranquilamente—. La tormenta nos ha cogido y nos ha lanzado dos mil años atrás. El pasado se ha convertido en nuestro presente.

—Si esto es ahora el pasado, ¿qué año es? —dijo Redleigh.

Quell lo pensó unos instantes.

—¿Antes de Colón? Sí, desde luego. ¿Antes del nacimiento de Cristo? Lo más probable. ¿Antes de que vuestro César construyera sus calzadas romanas por los páramos de Britania, o Platón hablara o Aristóteles escuchara? Tal vez. Esa gran estrella, la bestia, se apiada de nosotros.

—¿Se apiada? —dijo el capitán—. ¿Cómo puede decir eso?

Quell escrutó el espacio con ojo y mente.

—No quiso luchar con nosotros. En cambio, nos ocultó profundamente, para no verse obligado a destruirnos. Nos ha dado una oportunidad, un camino para alejarnos. Eso, señor, es piedad.

—¡No la quiero! —dijo el capitán.

—Elías —susurré.

—¿Qué? —el capitán se volvió hacia el sonido de mi voz.

—Elías. El día antes de despegar de la Tierra. Elías dijo...

—¿Qué dijo? —exigió el capitán, impaciente.

—«Sumergidos en el espacio, llegará un momento en que veréis tierra; un mundo en el horizonte, donde no hay ninguna tierra, encontraréis tiempo donde no hay ningún tiempo. Cuando los reyes antiguos devuelvan la carne a sus huesos y vuelvan a colocarse sus coronas...»

—¿Ha llegado ese momento? —preguntó Redleigh.

Y Quell respondió:

—Sí, ahora. Mirad. Y... *sentid*.

Terminé de citar las palabras de Elías:

—«¡Entonces, oh, entonces, la nave, el capitán de la nave, los hombres de la nave, todos serán destruidos! Todos menos *uno*.»

Todos menos uno, pensé, mientras el capitán estallaba de ira.

—¡Necios, malditos necios! —gritó—. ¡No queremos este pasado, no aceptaremos estos años antiguos! ¡No nos ocultaremos en pirámides ni huiremos de plagas de langosta para escondernos, no nos postraremos bajo las túnicas de Cristo!

Plantaremos cara.

Se dio media vuelta y se dirigió al ascensor.

—¡La compuerta, abridla! ¡Aunque ciego, avanzaré y encontraré al monstruo yo solo!

## CAPÍTULO 10

La mente de Quell salió de la nave para encontrar al capitán, solo.

Y aunque yo no podía ver, oí, y lo que el capitán finalmente dijo fue:

—¿Qué? ¿Nada? ¿Todo tranquilo, perdido, gastado? ¿Se acabaron la caza, el viaje y el objetivo? Eso es lo que más me aterra: ¡ya no hay objetivo! A partir de ahora, ¿para qué sirve el capitán? ¿Qué hace, si el tiempo y las circunstancias reducen todas las montañas a una llanura aburrida e interminable, una larga y desolada tarde de invierno, sin siquiera té ni pan sencillo que la ilumine?

»Oh, Cristo, pensar en mediodías inanes que no tienen final, o que terminan en cháchara, rancias hojas de té en una taza que no hablan de asesinatos ni de sangre, y por eso no hay vida alguna... eso me rompe los huesos. El sonido de la hoja de un libro al pasar me rompería la espalda. Una mota de polvo ardiendo a la luz del sol arrasaría mi alma. ¡Las cosas sencillas que se esconden en salones demasiado limpios, demasiado silenciosos, que yacen en camas bien hechas y sonríen sonrisas idiotas! Oh, volveos. Esa paz es una prensa que aplasta vuestra alma.

»Y sin embargo... Dios, *siento*... el universo mismo me llena en esta hora de tranquila alegría. Sin que yo lo vea, un pequeño fuego se apaga, pero otro se aviva. Es la medianoche de mi corazón; sin embargo, un nuevo sol me recuerda que en algún lugar a un millón de años-luz, un niño se levanta de la cama en una fría mañana de agua de pozo; ahora llega el circo, una vida ha comenzado, con animales y banderas y luces multicolores y brillantes. ¿Le negaría yo ese derecho, su alegría al levantarse para echar a correr y saludar al espectáculo? ¡Lo negaría, lo *negaría*!

»Pero no, ah, Dios, seguramente no. Me resquebraja el corazón pensar en él vencido por la edad, ¿pero le avisaría para que no vuelva la página y dejar comenzar la vida?

»¡Lo haría! ¡Nuestra propia vida es un pecado contra sí misma!

»Pero entonces, una vez más, guardaría mi lengua y le dejaría jugar. Ve, niño, le aconsejaría, a algún mundo lejano. Comienza el día, disfruta de tus placeres capturados. Oh, conoce el deleite. No te preocupes por mí. Yo me quedo aquí con mi noche.

De repente, Small apareció detrás de mí y extendió la mano sobre mi hombro para ajustar algunos controles de la consola. La pantalla cobró vida, y vimos al capitán en el casco, unido a la nave por un fino cable. Redleigh, vestido del mismo modo para el espacio y atado a la nave también, flotaba unos cuantos metros por detrás del capitán.

Llevaba un arma en la mano pero, tras su mascarilla respiratoria, podía leerse la indecisión en su rostro. La mente de Quell se movió, buscando, y tocó la mente del buen Redleigh y en sus pensamientos leí:

—Cuando habla así, ¿qué debo hacer? ¿Destruir o no destruir? Y aunque su locura más inconstante se mueva adelante y atrás, de la luz a la oscuridad, mi propia cordura vacila. Lo mataría. Y sin embargo, no lo haría.

—¡Leviatán! —gritó el capitán al negro vacío que lo rodeaba—. ¡Preséntate! ¡Tienes que estar aquí!

Oí su respiración jadeante en el silencioso vacío, mientras esperaba una respuesta que no iba a llegar.

—Oh, Dios —continuó—. Dame, oh, devuélveme tan sólo una millonésima parte de todas las visiones de mi juventud. Restaura mi vista. ¡Durante sólo un instante en esta larga noche, dame la fuerza que da la visión para terminar esta acción, ver la oscuridad con estos ojos, conocer entonces la blancura por la muerte, hacer justicia con estas manos! ¡Devuélvemela, oh, te lo pido, humildemente suplico, gimo, rezo!

Con estas palabras el capitán giró, como si fuera a caer en la gravedad cero del espacio, como si el peso de todo lo que había dicho fuera excesivo.

—¡Capitán! —exclamó Redleigh—. ¡No!

—Pero sí... se me ha concedido —el capitán se esforzó por enderezarse—. ¡Espera, se me ha concedido! Mi visión es clara. El universo se muestra. ¡Puedo ver! ¡Las estrellas! ¡Dios mío, los miles de millones de estrellas, las estrellas!

Y al decir esto el capitán lloró.

Redleigh, al ver las mismas estrellas, habló para sí.

—Oh, gracias, Dios, por los milagros que enseñan. Sin embargo, me pregunto, ¿aprenderá?

—¿Quién es? —dijo el capitán—. ¿Redleigh? ¿Es usted? ¿El rostro de mi *amigo* visto por fin?

Extendió una mano y casi tocó el visor del casco del primer oficial.

—Es el rostro de un amigo —respondió Redleigh—. Y este amigo dice: vuelva. Aún hay tiempo. El tiempo vuelve a nosotros. Su vista está curada. ¿Qué más puede pedir? Es un signo, un milagro. Es un verdadero regalo que se le hace, señor. Ahora, aprovéchelo.

—Lo haré —dijo el capitán—. Déjeme beber primero. Déjeme mirar. Oh, Redleigh, es como fresca agua cristalina. Es algo claro y frío, este don de volver a ver. Oh, Dios, el universo es bellamente extraño. Lo he deseado durante treinta años. Mi sed no puede saciarse. Déjeme mirar. Déjeme permanecer verdaderamente alerta. Déjeme abrir los ojos de par en par, allí, y más y más.

Hubo una suave pulsación de luz verde y amarilla en el monitor ante nosotros, un lejano sonido de campanas y gritos de olas y multitudes murmurando.

Escuché con atención.

—Quell —pregunté—. ¿Qué ocurre?

—El tiempo gira sobre sí mismo —dijo Quell.

—¡Mire, y *sienta!*—dijo el capitán.

Y Quell contó todo lo que sentía y veía.

—El nudo se afloja... el gran Tiempo se desata. Los años se invierten. Hemos regresado. El Leviatán nos devuelve nuestro tiempo y nuestros años. Estamos en 2099.

—2099 —dijo el capitán—. Redleigh, ¿lo oye?

—¡Sí, capitán, sí!

—¡Estamos una vez más en nuestra hora adecuada! Dos regalos, señor Redleigh. El regalo de ver y el regalo de largos años de regreso.

—Dios es generoso, capitán. Ha corregido el calendario y tocado sus ojos.

—Ojalá fuera eso cierto.

—¡Lo es!

—No, sólo lo parece —dijo el capitán—. No Dios, sino la bestia, ha hecho estas ofrendas. Me soborna para que me aparte. Me agasaja con banquetes de visiones para enmendar mi alma y alejarme. Esa materia está estropeada. Si es preciso, ahora me coseré los ojos o me los arrancaré con mis propias manos. No acepto sobornos. No hay trato. No me quedo. Si se me ha dado tiempo, lo usaré para hacer planes. Si se me ha devuelto la vista, la usaré para marcar el lugar donde enterraré a mi enemigo. ¡Leviatán, tus regalos serán una espada en tu pecho!

—¡Capitán, es mejor escapar!

—¿Adónde? ¿Correr a la Tierra y por el camino invertir de nuevo el tiempo para que nos saluden los huesos de Carlomagno o podamos morir con César, ensangrentados en su foro?

—¡Por los huesos de Cristo! Espíritu de Dios, oh, dame fuerzas para apretar este gatillo.

El arma que llevaba Redleigh apuntaba ahora directamente al capitán.

—Nunca lo hará.

—¡Ojalá pudiera...! —dijo Redleigh—. Qué hermoso sería desembarcar en casa e ir con simples cavernícolas a una cueva, vivir una vida que no se pareciera tanto a una pesadilla como ésta, acostarme con dientes de sable, Dios mío, y *descansar* un rato.

—Descansaremos, señor Redleigh, en el corazón muerto del cometa.

—Comprendo —dijo Redleigh—. Ahora estoy muerto. Déjeme retirar el arma. Aquí viene el Leviatán, para recoger mis huesos. ¿Lo saludo, capitán, con usted?

Hubo una gran luz, un sonido inmenso, un fantástico destello y un resplandor que se aproximaba.

Y Quell repitió:

—Para recoger mis huesos.

## CAPÍTULO 11

—¿Señor?

Quell adoptó la posición de firmes cuando Downs entró en la cubierta.

—Señor, su traje está terminado —el ingeniero le tendió un traje hecho de un rígido material negro.

—Muchas gracias —dijo Quell—. Es un bello trabajo.

Downs dio un golpecito en el caparazón de metal.

—Me siento tentado de morir y ponerme yo mismo el maldito atuendo.

—No se vaya muy lejos —dijo Quell—. Puede que todavía se cumpla su deseo.

—¡Quell! —dije yo.

Quell se envaró, alerta, y se volvió hacia mí.

-Lo has oído todo.

—El capitán ha recuperado la vista, pero está más ciego que antes.

—Y nosotros compartiremos su ceguera —dijo Quell— ¡Mira!

La deslumbrante tormenta de luz creció tras mis ojos, donde Quell la había colocado. De igual modo, estalló en las pantallas por toda la cubierta.

—¡A toda la tripulación! —ordenó el capitán—. ¡Trajes de emergencia! ¡Prepárense y sitúense junto a los salvavidas! ¡Redleigh, adentro! ¡Toda la tripulación! ¡Toda la tripulación!

La tripulación corrió dando gritos ansiosos.

«Oh, sí —dije para mis adentros—. El cometa se acerca. Y es un gran terror blanco y sagrado que llena el universo y engulle cada estrella. ¡Y mira, Dios mío, mira! ¡La tripulación! Corren como lo hacen los niños en sus juegos.»

—Escucha sus pensamientos —dijo Quell, indicando a la gente que corría locamente a nuestro alrededor—. Te doy permiso. Esa sangre caliente corre por sus venas. ¡Oye cómo corren de verdad!

Tocó mi frente y sus pensamientos fluyeron en los míos. Sentí y oí el alarido, el grito de alegría, el glorioso gemido y las exclamaciones de los hombres que corrían hacia la perdición.



El capitán apareció entre nosotros y todos se volvieron hacia él, los rostros arbolados de expectación.

—¿Han visto alguna vez cosa igual? —dijo el capitán—. Oh, Dios, ese fuego, más brillante que diez millones de soles. Todos a sus puestos.

—¡A la orden, señor! —gritó la tripulación como un solo hombre.

—Ahora —dijo el capitán por radio a la tripulación ya ataviada con sus trajes—, en cada nave salvavidas, conozcan los motores de destrucción. Cébense en mi hambre para devorar a esta cosa... ¡háganla suya! En cada nave hay un rayo más poderoso que ningún láser de fuego infernal. Más ancho, más largo, más rápido, más certero. ¡Usen esa potencia! Mortifiquen a la bestia. Arrásenla. ¿Salvavidas Uno, bajo el mando del tripulante Downs?

—Aquí Downs —exclamó el hombre—. ¡Salvavidas Uno preparado!

—¡Lancen!

Oí la primera nave despegar, llevándose a Downs y compañero.

—¡Salvavidas Dos! —gritó el capitán—. ¡Tripulante Small!

—Aquí Small —respondió una voz—. ¡Salvavidas Dos... preparado!

—¡Lancen!

Conmoción, y Small y su voz y su compañero se perdieron.

—Señor Redleigh —dijo el capitán, volviéndose hacia su primer oficial—. La tercera nave es suya. Úsela bien.

—¡Señor! —dijo Redleigh.

—Quell —dijo el capitán. Y vi que Quell se había puesto su traje negro—. Quell, vaya usted con Redleigh. Ismael se quedará conmigo, aquí en la nave principal. Preparados para el lanzamiento del Salvavidas Tres.

—Quell —dijo Redleigh, mientras los dos se preparaban para dejar la cubierta principal—. Lleva puesto su traje de muerte.

—Me viene bien, señor Redleigh, me viene bien.

—¿Habrá espacio para mí?

—La muerte tiene un ataúd grande —dijo Quell—. No nos rozaremos.

—Muy bien —dijo Redleigh—. Entonces, a la nave.

Quell se volvió hacia mí antes de marcharse, como para decir algo.

—Quell, déjame ir contigo —dije—. ¿Capitán? Debo pedir...

Pero Quell me interrumpió.

—No. Quédate. Y vive. Vivirás hasta ser muy viejo. Yo, que veo más allá, te digo esto. Sé viejo, Ismael. Sé feliz. Querido amigo, adiós.

—Oh, Quell —susurré—. Deja tu mente conmigo, para que podamos ser amigos hasta el final.

Sentí sus pensamientos; su mente permaneció en efecto en mis oídos y en mi cabeza.

—Mi mente es tuya —dijo Quell mientras se marchaba—. Tuya.

Unos momentos después, el capitán ordenó:

—¡Lancen el Salvavidas Tres!

—¡Salvavidas Tres lanzado! —dijo la voz de Redleigh por el intercomunicador.

Conmoción. Quell y Redleigh fueron catapultados al universo.

—Ismael, acérquese —dijo el capitán.

—¡Señor!

—Vuelan. Allí, vea cómo avanzan los salvavidas.

En la pantalla del ordenador vimos las naves, ya muy lejos de nosotros, y oímos sus voces, mezcladas. Y en aquellas naves solitarias iban Quell, Redleigh, Small y Downs. Sus voces decían:

—Nave Uno, a toda velocidad. Nave Dos, toda. Tres, en el blanco.

—¡Oh, Ismael, mire! —dijo el capitán—. ¡Eso es todo el continente antártico, todo blanco, lanzado de algún modo al aire universal para sacudir nuestra visión! ¡El Leviatán!

—¡Es demasiado! —grité—. ¡No puedo mirar!

—Deje que quemé sus ojos, como quemó los míos. ¡Aún tendremos manos para apagarlo!

—¡Quell! —grité.

Pues oía música: la música de los antepasados de Quell, la elegía funeraria de su abuelo. Estaba en la mente de Quell de algún modo, venía a mí.

—Te oigo, joven amigo —respondió la voz de Quell, a muchos kilómetros de distancia.

—¡Oh, Quell, esa música!

—Sí —dijo Quell—. El Leviatán ha aprendido esa tonada... y la toca bien.

Y entonces la música no sonó sólo en mi cabeza, sino que comenzó a surgir de los altavoces de la nave: ondas fuertes, graves, melancólicas.

—¡Detendré ese sonido! —dijo de pronto el capitán—. ¡Mataré a ese rey! Naves Uno y Dos... ¡destruyan! ¡Nave tres, destruya! ¡Redleigh, destruya!

Y la voz de Redleigh, al unísono con las otras, repitió:

—¡Destruyan!

La música llegó a un crescendo, vibraciones y sonidos inmensos. Aumentó y subió y cayó.

«Destruir y ser destruidos», dije para mí, recordando. Me volví hacia el capitán. —Oh, señor, nuestras naves son demasiado pequeñas. ¡Ese cometa las destruye! Veo los huesos de los hombres, como con rayos X. Las armas de rayos láser que apuntan no son más que cerillas contra esa gran mano de fuego que se cierne sobre ellos como un puño.

Vi cómo los salvavidas Uno, Dos y Tres desaparecían.

—Allí —susurré—. Apenas veo. Mi visión se desvanece. Las naves caen una tras otra, arrancadas sus pieles, revelados sus esqueletos metálicos, los hombres lanzados a una radiación infinita. Meteoros destellantes... todos engullidos... se desvanecen.

—No, buen Ismael —fue el leve susurro de Quell—. Hemos desaparecido, pero cada uno ha sido lanzado a un bucle diferente del Tiempo.

—Los hombres del Salvavidas Uno -pregunté—, sus armas silenciadas, ¿adónde

fueron?

—Nuestro amigo Downs ha sido enviado a la muerte, tal vez —dijo el susurro de Quell—, y enterrado con Ricardo, loco rey perdido, en su llanura verde, su corona y su sangre arrojadas a sus pies.

—Los hombres del Salvavidas Dos aún siguen girando. Caen, desaparecen, ¿dónde?

—En Illinois. Qué extraño —fueron las mudas palabras de Quell.

—En Illinois, cerca de la tumba donde duerme Lincoln. ¿Y Redleigh? Quell, ¿qué hay de él?

—Aún está aquí. No sabemos adónde vamos. Este cometa nos lleva. ¡El *tiempo* es su arma!

Me volví hacia el capitán.

—El tiempo —dije—. El cometa los ha lanzado a través del tiempo. Quell dice que el tiempo es su arma.

—¡También es la mía! —respondió el capitán—. Mi tripulación dispersa, mis armas perdidas y sin embargo, aún me queda un arma enorme, a bordo de esta nave. ¡El tiempo! ¡El tiempo lo es todo! También yo he creado un ingenio que, como el Leviatán, puede retorcer el tiempo como un trompo. Ahora, con esta enorme máquina, usaremos el poder del cometa contra sí mismo. Como en el Oriente, caeremos y llevaremos a nuestro asesino con nosotros, usando todo su peso para derrotarle. A esa boca que nos habría tragado le haremos jadear y volverse. ¿Qué hay más grande que el Leviatán? ¡La Eternidad! ¡El vacío! ¡El oscuro abismo! ¡La materia *entre* las estrellas! Esa es la boca que uso. Mi ingenio abrirá un agujero en el espacio y hará caer al Leviatán dentro.

Y en ese instante, nuestro capitán tocó algunas teclas de la consola del ordenador principal y los motores de nuestro cohete latieron llenos de histeria.

—¡Leviatán! —gritó el capitán—. ¡Al encuentro del Leviatán! ¡Destrucción, buscad la destrucción! ¡Cometa, ve tu imagen reflejada! ¡Aniquilación, *conoce* a la aniquilación!

Todo el universo a nuestro alrededor se estremeció. Oí la voz de Quell mientras se desvanecía entre las estrellas.

—Oh, Ismael.

—¡Quell!

La voz del capitán sonó con fuerza en aquel último gran sonido, y en ese momento final gritó:

—¿Qué? ¿Mi nave perdida también? ¿Su carne arrancada? ¿Sus huesos diseminados? ¿Y estoy ciego de nuevo? ¡Entonces, ciego, me agarro a ti! Muerte, me enfrento a ti. ¿Dónde está tu corazón? Oh, allí, ahora allí... Lo sofocaré. ¡Oh, maldito y temible Leviatán, se reduce a *esto*!

Hubo una explosión final, un gran estallido de fragmentos de nave, humanos perdidos, y rayos salvajes. Y yo, lanzado hacia arriba, floté en mi traje por encima del

naufragio, rodeado de espejismos, sueños, motas, sombras, estrellas.

Perdido, sí, todo perdido, pensé. Por el largo pozo negro del universo, su velo de novia arrastrando penas y desesperaciones, celebrándose a sí mismo, un misterio sin mente siempre en movimiento, pero... espera... ¿desaparecido ahora del todo? Perdidas todas las naves; todos los hombres, grandes, pequeños, locos o cuerdos; el capitán con ellos, locura enloquecida. ¿Abrió el agujero, ese enorme agujero en la eternidad del que hablaba, e hizo caer dentro al Leviatán? ¿Se han perdido para siempre? ¿O regresará el Leviatán?, me pregunto. ¿Regresará dentro de treinta años y traerá consigo a todos aquellos que le habrían matado?

Dentro de muchos años, ¿saldrán mis compañeros y el monstruo del abismo? ¿Regresarán como uno solo por fin, la presa y el cazador, el temido y el temeroso, la locura y el sueño de locura, juntos para siempre a través de los siglos por venir? ¿Estará todo aquí, pasará todo de largo cuando la Tierra sea vieja y alce los ojos para mirar al Leviatán: nuestras naves, nuestra tripulación, nuestro capitán, un cortejo infinito para el fantasma espectral?

Una sombra oscura flotó cerca, girando lentamente. La reconocí como el traje funerario de Quell.

—¡Quell!

Extendí los brazos y agarré el traje, y al girarlo lo encontré vacío. Le hablé al espacio vacío.

—No, sólo el cascarón, la concha. Mi buen amigo, perdido. Oh, Quell.

Abracé el traje vacío y la música funeraria perdida de los antepasados de Quell sonó una vez más en mis oídos.

Solo, floté con el recuerdo del buen Quell, que había ido a reunirse con los cometas y sus dioses. Floté así, sin rumbo, agarrado al traje, una extraña balsa salvavidas, sabiendo que el aire de mi traje se acabaría pronto. «¿Dentro de cuánto? —me pregunté—. Un día, tal vez dos, ¿hasta...?»



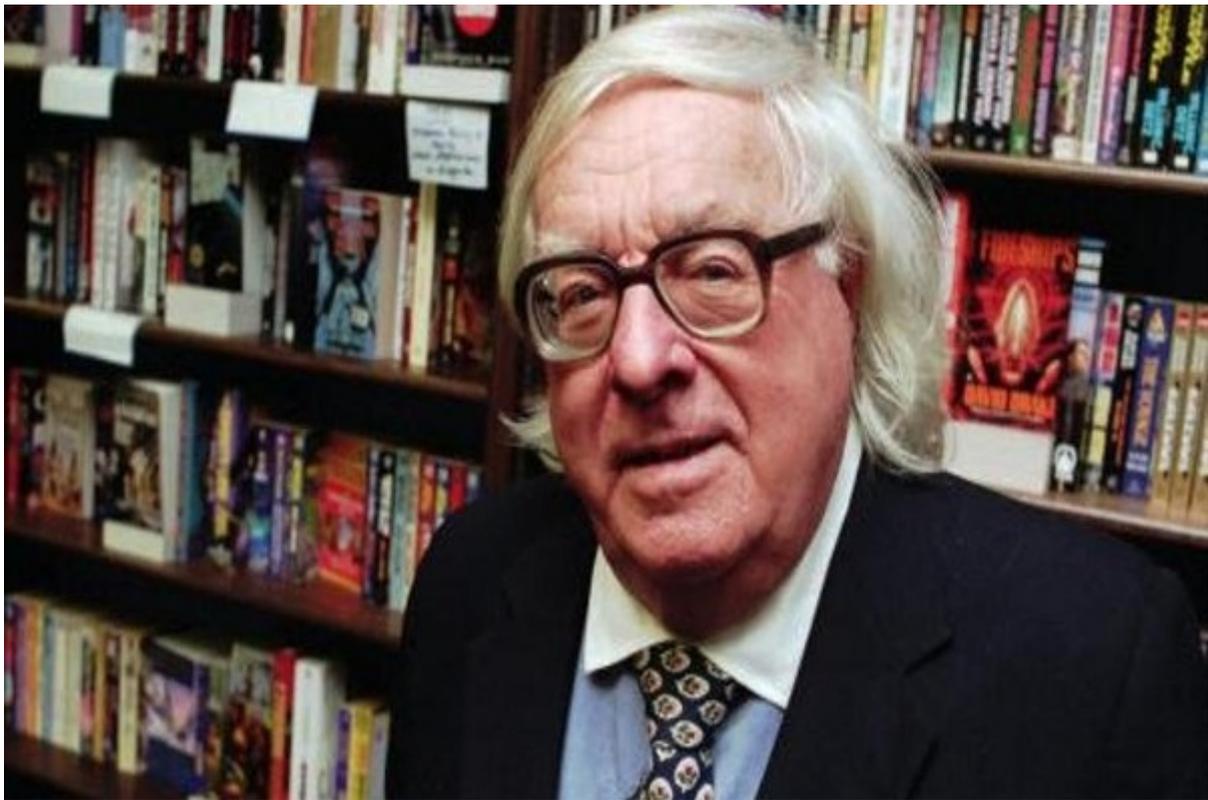
Por encima vi una luz, y oí una voz a través de la estática.

—Astronave *Raquel*, aquí la astronave *Raquel*...

Una nave, de paso, investigando el naufragio, viene a recogerme por fin. La *Raquel*, que en la larga búsqueda de sus hijos perdidos encuentra a otro huérfano. Suelto el ataúd. Dejo que el recuerdo de Quell vaya a su cementerio de años-luz.

El drama ha terminado. Sólo queda uno. Solo yo, Ismael, estoy aquí para contar esto.

—Astronave *Raquel* en espera. Le vemos. Suba a bordo. Suba a bordo.



RAY BRADBURY (Ray Douglas Bradbury; Waukenaun, Illinois, 1920 - Los Ángeles, California, 2012). Novelista y cuentista estadounidense conocido principalmente por sus libros de ciencia ficción.

Alcanzó la fama con la recopilación de sus mejores relatos en el volumen *Crónicas marcianas* (1950), que obtuvieron un gran éxito y le abrieron las puertas de prestigiosas revistas. Se trata de narraciones que podrían calificarse de poéticas más que de científicas, en las que lleva a cabo una crítica de la sociedad y la cultura actual, amenazadas por un futuro tecnocratizado. En 1953 publicó su primera novela, *Fahrenheit 451*, que obtuvo también un éxito importante y fue llevada al cine por François Truffaut. En ella puso de manifiesto el poder de los medios de comunicación y el excesivo conformismo que domina la sociedad.

Ray Bradbury se graduó en la escuela secundaria en 1938, y se ganó la vida como vendedor de periódicos hasta 1942. Comenzó a escribir desde niño, pero publicó su primera historia en 1938, en una revista de aficionados. Adquirió la certeza de lo que sería su estilo cuando compuso *The Lake*.

En 1943 dejó el trabajo de vendedor de periódicos y se dedicó a escribir a tiempo completo, publicando en diversos medios numerosos relatos breves, hasta que en 1950, con la aparición de *Crónicas marcianas*, comenzó su ascendente fama literaria. En sus páginas, que relatan los intentos de los terrestres por colonizar el planeta Marte, se reflejan las angustias y ansiedades que existían en la sociedad norteamericana de la década de los cincuenta, ante el peligro de una guerra nuclear.

Considerados un clásico de la ciencia ficción, este conjunto de relatos interdependientes recoge no sólo las vicisitudes de la colonización del planeta Marte sino también la caída de su civilización, abarcando un período comprendido entre 1999 y 2026. Los marcianos poseen notables poderes telepáticos, lo que causa graves contratiempos a las tres primeras expediciones. La cuarta aporta al planeta la varicela, que contagia a los indígenas y acaba con su resistencia.

A continuación, se desarrolla la obra colonizadora, que aporta al planeta los aspectos más negativos de la cultura occidental. Sólo un mexicano, que conserva las esencias de su cultura indígena, consigue establecer una auténtica comunicación con un marciano que, a su vez, es depositario de las tradiciones desplazadas por la hegemonía de los colonizadores. Éstos han degradado a tal punto la civilización autóctona que en uno de los relatos un marciano utiliza sus poderes telepáticos para divertir a los nuevos amos adoptando las personalidades que le solicitan. También los negros estadounidenses establecen asentamientos para huir de la discriminación. Finalmente, el planeta casi se despuebla porque una amenaza bélica en la Tierra induce a los colonos a regresar. Los pocos que permanecen en Marte se convierten en los «nuevos» marcianos.

En 1951 publicó uno de sus libros mayores, *El hombre ilustrado*, compuesto por varios relatos de naturaleza fantástica, y dos años más tarde otro de los más representativos, *Fahrenheit 451* (título que alude a la temperatura en que los libros empiezan a arder). *Fahrenheit 451* narra la historia de una ciudad del futuro dominada por los medios audiovisuales, en la que se acosa el individualismo, están prohibidos los libros, y los bomberos, brazos ejecutores de un Estado totalitario, son los encargados de quemarlos. Al margen de la sociedad, un grupo de hombres recluidos en los bosques decide memorizar textos enteros de filosofía y literatura para preservar la cultura.

Esta fábula moralizante ha sido considerada como una gran obra antiutópica y acaso premonitoria, y fue llevada al cine por François Truffaut. En el relato de Bradbury se exponen de forma minuciosa las razones de la prohibición de los libros en boca del jefe de bomberos, Guy Montag. Frente a sus argumentos se expone el punto de vista de un profesor que aconseja a Montag y que pone de relieve las características positivas de la lectura. De este modo se desarrolla una reflexión que se enriquece con referencias a los clásicos.

Bradbury advierte de los peligros y las amenazas que incumben a una sociedad enteramente automatizada, olvidada de los valores tradicionales de la cultura, y próxima al exterminio atómico. Consigue climas sardónicamente alucinantes en cuentos como *There will come soft rains* (1950), donde una casa robotizada prosigue realizando los movimientos programados, en un mundo carente ya de vida, hasta su postrer quema liberadora, o en *The Veldt* (1950), donde otra casa automatizada, casi

dotada de vida propia, masacra, con la complicidad de los niños, a los padres de éstos.

Pero Bradbury no sólo cultivó la ciencia ficción y la literatura de corte fantástico, sino que escribió también libros realistas e incluso incursionó en el relato policial. Su prosa se caracteriza por la universalidad, como si no le importara tanto perfeccionar un género como escribir acerca de la condición humana y su temática, a través de un estilo poético.

Precisamente por este rasgo algunos críticos no lo consideran un escritor de ciencia ficción como tal y les resulta difícil catalogarlo en uno u otro campo de la literatura. Como ejemplo de ello suelen citarse relatos breves, muy sutiles y tiernos, como *Casa dividida* y *El robo del siglo*, o la poética novela *El vino del estío*. Además del problema de una guerra atómica, de la censura en un mundo por venir y del peligro implícito en las técnicas y la ciencia, trató temas más cotidianos como el racismo, el miedo a la muerte, el amor y la infancia.

Escribió también guiones de cine, como el de la película *Moby Dick*, de John Huston, así como guiones para series televisivas como *Alfred Hitchcock presenta* y *La dimensión desconocida*. En 1963 se publicaron sus obras teatrales, reunidas bajo el título *The Anthem Sprinters*. Sus relatos cortos han sido incluidos en más de 700 antologías. Aparte de los mencionados, son también muy conocidos títulos como *El árbol de las brujas* o *Cementerio para lunáticos*.

# Notas

[1] Summerton = Summer Town, Ciudad del Verano. (*N. del t.*) <<